
Un
Desafío
irresistible
ELEANOR RIGBY

Un desafío irresistible

Novela corta de *Malos Partidos*

Eleanor Rigby

© 2025, Eleanor Rigby

Título: *Un desafío irresistible*
Primera edición: octubre de 2025
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: H. Kramer
Maqueta: Elena Salvador

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Una pasión con todas las de ganar.
Una apuesta con todas las de perder.

Al arrogante **Charles Witherow** le ha sido encomendada una tarea para la que ni está ni quiere estar preparado: hacerse cargo de la dirección de la escuela de señoritas de lady Mabry. Ni en sus más locos sueños se le habría ocurrido pensar que hallaría inspiración, además de un divertimento único, en **una alumna insolente… a la par que desesperantemente cautivadora.**

Gracias al programa de becas del colegio, la huérfana **Bluebell Corrin** ha podido acceder a la élite del mundo. Lejos de mostrarse agradecida por la oportunidad, no desaprovecha la ocasión de sacarle las canas verdes al propietario, quien **representa el clasismo que ella tanto desprecia… así como la gallardía que admira en su fuero interno.**

Serán sus diferentes maneras de pensar y sus respectivos orgullos lo que les lleve a **establecer una apuesta**: si Bluebell no encuentra un marido rico que justifique la concesión de la beca durante su primera temporada, Charles tendrá la excusa perfecta para retirar su patrocinio de por vida a las jóvenes subvencionadas.

Claro que dicha apuesta no especifica qué marido rico pueda ser ese… ni que no pueda acabar siéndolo él.

Capítulo 1



Escuela de señoritas de lady Mabry
Arlington Abbey, Canterbury
Marzo de 1839

—¡Diviértete!

Ese fue el colmo de cinismo con el que lord Reginald Witherow se despidió de Charles, el hermano menor a costa del que le gustaba divertirse. En todo el trayecto hasta su destino, la pobre víctima no había podido apartar de su mente la sonrisa burlona y el gracioso movimiento de deditos con el que Reggie había acompañado lo que parecía más una sentencia de muerte que un consejo.

Que se divirtiera, le había dicho. Y se lo había dicho muy a sabiendas de que lo que le esperaba en la finca de Arlington Abbey era una escuela de señoritas.

La antítesis del entretenimiento.

Claro que nada de lo que había salido un rato antes de la boca del despendolado de Reggie había sonado mucho mejor.

Mientras Charles pudo posponer el momento de marcharse al matadero, ambos parientes estuvieron departiendo a propósito de sus recién adquiridas obligaciones con sendas copas de champán delante. En un gesto de pura socarronería, Reginald había insistido en descorchar la botella de las ocasiones especiales, porque ¿cómo iba a desaprovechar la oportunidad de brindar por la desesperación de su pariente más directo?

—¿Por qué rabias tanto, CharChar? —le había chinchado el mayor llenándole la copa hasta el borde. A Reggie le habían enseñado modales y, antes de eso, le habían inculcado la importancia de dejar que fuesen los sirvientes los que se encargaran de tareas mundanas tales como alimentarlo y darle de beber, pero a solas le encantaba comportarse como un marinero irlandés. Lo demostró que él bebiera de la boquilla sin pudor alguno y despatarrado en un canapé—. Sabes que históricamente, a falta de un título nobiliario, los

segundos hermanos de las familias artistocráticas emprendían la carrera eclesiástica, ¿verdad? Que tú no solo no tengas que vestir la sotana para darle un sentido a tu vida, sino que hayas heredado una magnífica finca con hectáreas cultivables, es un lujo insólito por el que deberías estar agradecido.

Charles podría haber replicado desde varios ángulos, porque si por algo era conocido, era por su capacidad para la argumentación. Por ejemplo, podría haberle comentado que lo único cultivable en aquellas hectáreas de campo era el cerebro de las jovencitas de entre quince y dieciocho años a las que acogía la escuela, y que, en su opinión, aquel era de antemano un terreno baldío en el que no merecía la pena plantar ninguna semilla intelectual. También podría haberle recordado que la herencia provenía de nada menos que de la abuela de ambos, la titánica y tiránica lady Mabry, una mujer que en vida lo había despreciado tan profundamente que no debía caber la menor duda de que aquello era un regalo envenenado.

Acabó por descartar estas dos réplicas debido a su carácter redundante —Reggie estaba al tanto de todo— y, en su lugar, se decantó por mencionar sus reticencias personales, lo único de lo que Charles era responsable:

—Preferiría pasar el resto de mi existencia impartiendo misas dominicales que dándole un sentido, como dices tú, entrevistando a las futuras damas de la nación.

—Entonces quizá deberías rechazar la herencia, porque hasta suenas como un hombre de Dios. Apuesto a que a ellos tampoco les entusiasma la idea de pasar el día entero entre yeguas lozanas —se había reído Reggie, despatarrado en el asiento—, sobre todo a los curas católicos, condenados de por vida al celibato. ¿Puedes imaginarlo?

Y fingió un estremecimiento.

Charles se había planteado con mucha seriedad quitarse el muerto que le habían colgado pasando la obligación al pariente más próximo. Si no había cedido a ese primer impulso, se debía a una razón muy simple: la difunta lady Mabry habría podido confirmar desde los infiernos en los que estaría ardiendo que era un cobarde, un pusilánime y nunca había merecido la oportunidad que se le dio

de crecer en el seno de una familia noble. Y lo peor era que Charles habría tenido que estar de acuerdo con ella, porque nada había más burgués que sacar el dinero de una institución tan tradicional y conservadora como la escuela de marras para ponerlo en una empresa en auge, como la construcción de los ferrocarriles o las siempre rentables minas de carbón.

Más allá de que el sino de un verdadero aristócrata fuese cargar a cuestas con los bienes y obligaciones anexionados al apellido familiar, Charles pretendía demostrarle a la insufrible vieja, además de a sí mismo, que había interiorizado los valores del buen caballero: en lugar de deshacerse de la institución a través de una honorable compraventa, iba a sabotearla desde dentro con la fría elegancia patricia que había caracterizado a lady Mabry.

¿Qué comportamiento había más señorial que ese? Aparecerse por allí de higos a brevas, mirar por encima del hombro a las señoritas, criticar el buen hacer de las maestras, y, sobre todo, llevar a cabo cambios drásticos que condujeran a la decadencia de la institución.

Un clásico de la nobleza.

La medida que pretendía erradicar en su primera visita era la que más aberrante le había parecido nada más enterarse de por qué la escuela estaba tan bien considerada entre el pueblo llano: las dos subvenciones anuales que se concedían a muchachas de familia humilde para que gozasen de las mismas oportunidades matrimoniales que las jóvenes de alta cuna. En otras palabras, se les regalaba formación de elevada alcurnia y se las proveía de un necesario mecenazgo durante la temporada londinense.

La promesa de financiar la educación de los pobres había atraído a los padres con empleos honestos, convirtiendo la escuela en una de las más prestigiosas durante el incipiente reinado de Victoria. Charles estaba decidido a destruir su reputación empezando por ahuyentar a las aspirantes, a las que le tocaría entrevistar en persona esa infame mañana de lunes.

Porque no, no era suficiente con que fuera lunes.

Descendió del carruaje con la sonrisa divertida de Reggie aún grabada en el pensamiento. En lugar de arrancar a andar hacia el

glorioso edificio escolar, permaneció en pie sobre la tierra húmeda por las lluvias recientes oteando alrededor sin ningún interés real. El desdén le arrugó el labio superior. Aquella era una mueca que Reginald tendía a imitar en las noches festivas para hacer las delicias de sus invitados.

Arlington Abbey era una finca bendecida por el clima razonable de Canterbury. El interés turístico que despertaba la ciudad, que durante el Medievo fue punto de peregrinaje, insuflaba vida a los caminos y tierras vecinas. Podría sacarles provecho una vez la escuela quebrara. Se imaginaba viviendo allí y asomándose al balcón principal para contemplar los cultivos y animales que llenarían de oro sus arcas.

El dinero no era su prioridad más inmediata, pero lo disfrutaba como la bendición de una gitana: nunca estaba de más en los tiempos que corrían.

Como cabía esperar, algunas de las maestras a su servicio habían estado aguardando la llegada del nuevo propietario formando una fila militar en el porche del edificio. El poco favorecedor uniforme consistía en un vestido de merino marrón con la manga abullonada hasta el codo y el escote cerrado a medio cuello. Solo unos ribetes blancos en los puños y el borde del torso y el corsé que afinaba la cintura salvaban la prenda de asemejarse a la túnica de un fraile franciscano.

Charles se acordó de una de las muchas y desafortunadas proclamas que Reggie hacía cuando andaba bebido, que eran nueve de cada diez veces que lo veía:

—Las mujeres peor vestidas son las que esconden los más cuantiosos tesoros, CharChar.

Debía de estar en lo cierto. Aunque su hermano fuera el hazmerreír de los círculos masculinos por perseguir a los peores adefesios de la ciudad, era, a su vez, el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra. Algo tendrían que ver sus gustos cuestionables en el milagro de su buen humor.

—Bienvenido, milord —se adelantó a saludarlo quien solo podía ser la directora. Además de la insignia jerárquica que lucía en el ojal, la delataba el aura de dignidad de las mujeres con rasgos de

carácter masculinos, en este caso la iniciativa y la falta de miramiento—. Nos hemos estado comunicando mediante carta. Soy Madeline Lacraft. Celebro que haya podido llegar a tiempo para participar en las entrevistas. Creo que así se hará una idea precisa de los valores de la institución.

Charles se limitó a reconocerle el entusiasmo con un asentimiento. Sin entretener formalidades y con varios pares de ojos curiosos escudriñándolo con reparo, siguió su camino hacia el refugio de la escuela bien agarrado al puño de su bastón. Ignoró la tímida petición del mayordomo de tomar su abrigo para recalcar sin palabras que no pretendía quedarse mucho tiempo y, tras valorar con un vistazo la riqueza del recibidor, se giró a donde sabía que encontraría el rostro perplejo de la directora.

Le dieron ganas de enarcar la ceja.

¿No había tratado nunca antes con un noble? Y en el caso negativo, ¿no había oído hablar de la arrogancia aristocrática?

—¿Dónde se llevan a cabo dichas entrevistas?

—En el ala de visitas, milord. —Le indicó con un ademán el pasillo de la izquierda—. La tercera puerta conduce a una salita con papel de pared azul conectada con el espacio que funge de sala de espera. ¿No querría que le explicara antes en qué consiste la prueba de acceso? Las preguntas que hacemos, lo que valoramos en las aspirantes, lo que...

Charles ya había reemprendido la marcha cuando la miró por encima del hombro.

—Dejaré que sean mis corazonadas las que equilibren la balanza en favor o en contra de las jóvenes. —Pausa deliberada—. Estoy seguro de que no cuestionará mi afinado instinto.

Si alguna vez hubo un deseo en la señorita Lacraft por agradar al patrón, este se diluyó junto con el brillo de sus ojos en cuanto comprendió que no estaba allí en son de paz. La expresión apacible fue sustituida por una de legítimo recelo, pero se cuidó de protestar asintiendo con las manos entrelazadas en el regazo.

Podía figurarse la impresión que estaba transmitiendo: una muy parecida a la que él se llevó siendo niño del elegante caballero que un buen día se presentó ante su madre exigiendo ver al pequeño

Charles. Nunca olvidaría cuánto le impactó tropezarse con un metro ochenta y cinco de frac impoluto y mirada de acero cuando tan solo acudía al saloncito en busca de su único juguete, un desmadejado muñeco de trapo que su madre le había remendado con cariño en mil y una ocasiones. El desconocido lucía, si no las mismas prendas que él vestía más de veinte años después, unas muy similares: chaqué gris marengo entallado a la cintura de lana peinada y sin forro, perfectamente apropiado para los ramalazos de baja temperatura que acechaban a principios de marzo; capa de cachemira elegantemente reposada sobre los hombros, chistera de copa media, guantes de gamuza y zapatos Oxford, todo esto rematado por el bastón de rattan pulido que era más un símbolo de estatus que un apoyo necesario.

El pequeño Charles sintió miedo al toparse con la clase de presencia imponente que no se veía en el olvidado a la par que superpoblado barrio de Covent Garden. Pero también deseó ser como él, y en él se había convertido a base de martillo y cincel.

Quien hubiera conocido a su padre, el marqués de Tottenham, y le hubiera visto a él cruzar el umbral de la salita azul con la arrogancia de quien iba por el mundo perdonando la vida de insolentes y desgraciados, habría creído que la resurrección era posible. Charles fue la viva imagen del difunto aristócrata cuando arrojó el sombrero a un lado con la impaciencia del dios que debía estar en todas partes a la vez, conquistó el respaldo de la silla que con toda seguridad ocuparían las aspirantes depositando ahí su capa y tomó asiento en el que se le antojó el sillón principal, aquel al que la muchacha habría de dirigir indefectiblemente su mirada si no quería que la acusaran de grosera o, peor, de introvertida.

La directora entró poco después escoltada por tres maestras. Una de ellas tenía un marcado sobrepeso y unos anteojos descansaban sobre la nariz más pequeña del mundo. Otra trataba de ocultar bajo una cofia virginal lo que le era imposible disimular con el vestido, y esto era unas formas voluptuosas del todo indecentes para una maestra escolar. La tercera era esbelta y dirigía sin tapujos contra él la mirada más fría y juiciosa que hubiera tenido que enfrentar nunca.

Suerte que las miradas no eran como las herencias nobiliarias y uno podía ignorar que las recibía tan solo apartando la vista.

Charles abrazó el respaldo del cómodo sillón y suspiró como si llevara largas horas sufriendo una espera injusta. Tuvo la gentileza de no hacer comentarios impertinentes en tanto que las maestras ocupaban el resto de asientos para ejercer de jurado.

Así le habían explicado que funcionaban las entrevistas: la directora y las tres que impartían las materias de mayor relevancia —Etiqueta y Decoro, Costura y Lengua y Literatura— formaban un comité de expertos para valorar el potencial de las jóvenes humildes que podrían —o no— recibir la gracia de la subvención.

Por supuesto, la última palabra tras la deliberación la tendría el propietario de la escuela, y se aseguraría de que se le oyera alto y claro; tan alto y tan claro que su determinación resonaría durante los años contados que le quedaban a las profesoras en el puesto.

Capítulo 2



Charles estuvo a punto de tomar su sombrero y marcharse cuando la directora desplegó la lista de aspirantes. Alcanzaba la friolera de veintisiete muchachas. Sabía que era una cifra irrisoria en comparación con la cantidad de mujeres de familia pobre que poblarían no ya Inglaterra, sino solo Canterbury, pero si cada entrevista se alargaba más allá de los diez minutos estaría allí enclaustrado hasta que el reloj marcara la hora del almuerzo.

Ya se le estaba atragantando el faisán y todavía ni se lo habían servido.

Aunque había acariciado la posibilidad de manifestar su disconformidad con bufidos, chasqueando la lengua y poniendo los ojos en blanco, durante la primera hora procuró adherirse a la mínima cortesía. Alivió los miedos de la directora renunciando a intervenir y dejando que fuesen las veteranas quienes desplegaran su batería de preguntas, la inmensa mayoría absurdas en opinión de Charles.

¿De dónde viene usted, señorita Tal? ¿Qué espera conseguir con la educación que aquí se imparte, señorita Cuál? ¿Podría contarnos qué le ha enseñado hasta ahora su institutriz o la escuela campestre de la que viene, señorita Quien Sea?

No era necesario someterlas al ridículo de hacerlas caminar por el salón para comprobar que tenían un buen equilibrio; verlas entrar y tomar asiento en la silla bastaba para decidir si unos años en Arlington Abbey servirían para convertirlas en damas de postín o, por el contrario, el material era tan defectuoso ya de base que no merecía la pena perder el tiempo. Entre entrevistas, una doncella entraba para disponer sobre la mesilla un nuevo servicio de té. La directora invitaba a cada aspirante a llenar las tazas de los miembros del jurado y la suya misma para seguir valorando, se suponía que en secreto, las habilidades de la muchacha.

Para cuando habían completado la mitad de la lista, Charles estaba tan exasperado que podría haberle gritado a la joven que derramó media tetera en la bandeja de plata.

No habría podido apiadarse de los nervios que les debilitaban las muñecas ni aunque hubiese querido. Había llegado a Canterbury teniendo muy clara la opinión que le merecía aquella patética fantochada, y si bien sabía que las criaturas no eran sino víctimas de un sistema aberrante, odiaba que estuvieran tan mentalmente limitadas que no solo fueran incapaces de verlo, sino que para colmo interpretasen aquella limosna como una oportunidad única.

Estaba convencido de que lady Mabry había tenido muy presentes sus sentimientos hacia el proceso de la creación de la dama ideal a la hora de establecer quién heredaría la escuela. La podía imaginar sonriéndose con malicia, frotándose las manos, incluso, mientras redactaba el testamento reclinada en su sillón preferido, acariciando a la vez el puño del bastón que completaba su disfraz de monarca absolutista.

Un disfraz muy fiel a la verdad.

Él replicaba la imagen de la anciana acariciando el suyo, solo que en un afán por distraerse y aplacar el perverso impulso de atacar a las jovencitas. Lo disuadía que sus edades oscilaran entre los trece y los dieciséis años, en ningún caso más de dieciocho, y que se presentaran secando las palmas húmedas de sudor en sus vestidos de áspero calicó o mezclas caseras de *linsey-woolsey*.

Eran patéticas y en el fondo eran conscientes de ello, por lo que ¿para qué molestarse en recordárselo?

—Pone usted más nerviosas de la cuenta a las jovencitas, milord —comentó la maestra de Costura con una sonrisa. En el curso de las horas, Charles había podido aprender en contra de su voluntad las identidades de sus compañeras de tribunal: aquella, la de los anteojos y la debilidad por el dulce, respondía al nombre de Sarah Reeves—. ¡Apuesto a que las pobres esperaban a un dueño entrado en años y aquejado de somnolencia en lugar de un príncipe de cuento!

—Sarah —la reprendió la profesora de Literatura, y no sin razón.

Era evidente que la dulce señorita Reeves no había cumplido aún un par de aniversarios en la escuela, así como tampoco había interiorizado la prudencia que llegaba con la soltería crónica. Los suyos eran la clase de comentarios que solo podían perdonarse viniendo de una niña que empezaba a hablar.

Charles decidió ignorar la apreciación, si bien en el fondo no le quedaba más remedio que validarla. Más de una había puesto los ojos como platos en cuanto había alzado la vista hacia el miembro masculino del jurado. La que había podido disimular la impresión, había terminado por delatarse de maneras aún más perjudiciales de cara al escrutinio: a una joven de Liverpool se le había caído la taza en la alfombra, otra venida de York había sufrido un ataque de tartamudez paralizante y la pobre criatura de la localidad vecina se había levantado y se había marchado después de comprender, pasados los cinco minutos más tensos de su vida, que no lograría separar los labios ni siquiera para pronunciar su nombre.

Cierto era que Charles había llegado allí sin tratar de anticiparse, aunque fuera por curiosidad, al curso de las entrevistas. Pero aun sin haber albergado expectativas, se las estaban apañando para defraudarle.

Su irritación alcanzó tal punto que, nada más tacharon a la número diecinueve, se puso en pie con la determinación de marcharse.

Por desgracia, la puerta que conectaba la salita de espera con el mismísimo averno se abrió en ese preciso momento. Resultaba que ni él mismo estaba tan seguro de su importancia como para caer en la grosería de dejarla allí con un palmo de narices. Volvió a sentarse —o más bien a dejarse caer, desganado— con el labio arrugado en una mueca en la que convergían el aburrimiento y el desdén. Fue un gesto del que la recién llegada se percató tras lanzar un vistazo fugaz a cada uno de los miembros del tribunal.

Él no se dio cuenta, pero ella mantuvo la mirada sobre su arrogante señoría durante un segundo de más, y no precisamente maravillada por su gallardía.

Charles alzó la barbilla mientras se arreglaba los puños de la camisa con tal de ocupar las manos. El movimiento se fue

ralentizando hasta detenerse por completo nada más hacer contacto visual con la nueva aspirante, que aún no había cruzado la mitad de la estancia y ya le estaba devolviendo la mirada con una franqueza mordaz.

Caminaba sin prisa pero también sin elegancia, como un esgrimista que midiera ya de lejos los puntos débiles de su oponente. Era muy alta para tratarse de una mujer. Con toda seguridad había dado el estirón antes de que su padre cobrara por la última cosecha, de ahí que su vestido exhibiera con descaro una escueta porción de tobillos. Al menos había tenido la decencia de cubrirlos sustituyendo los escarpines habituales por unas botas que la hacían parecer una dama que por las noches se convertía en un asaltador de caminos, en un jinete encapuchado, en un mercenario; en algo que exigiera cierta destreza y valentía, porque diestra y valiente fue su manera de alcanzar la silla, sentarse y erguirse como el acusado que nunca pediría perdón por vivir como se le antojaba.

—Señorita Bluebell Corrin —se presentó antes de que la directora despegara los labios.

Tres palabras había pronunciado y las tres habían sonado raudas y crudas como un disparo. Charles reconoció en su manera de hablar el acento West Riding que le había oído a los comerciantes del norte industrial.

El jurado, Charles incluido, esperó un «Agradezco la oportunidad de estar aquí», un «Encantada de tratar con ustedes»; cortesías mínimas a las que las previas aspirantes le habían acostumbrado el oído. Sin embargo, de sus labios finos pero con el arco de Cupido perfilado no brotaron nuevos sintagmas. Se había presentado ante ellos casi como si esperase que la reconocieran por el nombre, igual que un héroe legendario exigía en las tabernas un servicio preferente en honor a sus gestas.

—Bienvenida a Arlington Abbey, señorita Corrin. Le habla Madeline Lacraft, la orgullosa directora de esta institución —abarcó el espacio con un ligero aspaviento—. De derecha izquierda, tiene usted a la maestra de Costura, la señorita Sarah Reeves; al propietario de la escuela, lord Charles Witherow; a la señorita Lavinia Vallans, maestra de Lengua y Literatura, y a la señorita

Clémentine Poitier, la maestra de Etiqueta y Decoro. Imagino que viene usted de muy lejos. Puede servirse una taza de té, si lo desea.

—Estoy bien, gracias —contestó. Más allá de que la cadencia norteña fuera seca por naturaleza, su manera de dirigirse a los demás estaba influida por la desconfianza—. Imagino que ustedes tampoco andan sedientos —añadió después de inclinarse hacia delante y echar un vistazo a las hojas residuales de las tazas del tribunal—. Si se beben una taza cada vez que entra una aspirante, apuesto por que les estaría torturando sirviéndoles una más.

La directora le sonrió amistosamente.

Charles solo la miraba con fijeza y en silencio. Hasta la actividad de su cuerpo había suspendido, olvidando respirar y parpadear.

—Muy observadora. —Madeline buscó su nombre en el pergamino que contenía su información personal—. Se presenta usted al programa de subvenciones junto con su hermana pequeña, la señorita... Marigold Corrin. ¿Ha crecido usted con más hermanos aparte de Marigold? ¿Viene de una gran familia?

—Solíamos ser mi padre, mi hermana y yo, pero mi padre ya no está entre nosotros. Fue mi tía materna, la señora Corrin, la que nos instó a mandar una solicitud.

—¿Y por qué no la instó antes de que cumpliera usted los veinte años que debe de tener? —La voz de Charles restalló como un látigo antes de terminar de decidir si quería o no inmiscuirse en la entrevista. El inesperado impulso le hizo vacilar, perplejo, después de oírse, pero la duda no le duró demasiado—. Me imagino que la encantadora señora sabría leer y localizaría en el reglamento una de las escasas imposiciones: que las aspirantes no tuvieran más de dieciocho años en el momento de la matriculación.

La suma de los segundos que Bluebell estiró antes de dirigirle la mirada con intención reprobadora consiguió que Charles se sintiera reprendido. Tenía los ojos rasgados de tan almendrados, detalle que no ayudaba a conferirle ternura a su expresión; si acaso la tornaba desconfiada y seductora.

Era expresiva de un modo que incomodaba.

—Solo se le ocurrió considerarlo cuando mi padre falleció llevándose consigo nuestra fuente de ingresos —respondió con

aplomo—. Le pido disculpas por el pésimo sentido de la oportunidad del señor Corrin, milord. Coincido con su señoría en que debería haber muerto antes de que yo cumpliera la mayoría de edad para hacerle a usted esta entrevista mucho más fructífera.

Charles no contuvo su asombro ante el exabrupto. Ya le había desconcertado la compostura de mosquetero con la que se había adueñado del salón, pero la confirmación de que no le tenía miedo o respeto a nada —no a él, al menos— terminó de convencerle de que debía ponerla en su sitio antes de que se tomara nuevas libertades.

—¿A qué se dedicaba su padre, que ha heredado usted una señalada insolencia? ¿Vendía patentes milagrosas a voz en grito en plena calle? ¿Escribía en *The Satirist*?

—Era el dueño de un taller textil de peinado de lana en Halifax. Como podrá imaginarse, estaba tan acostumbrado a lidiar con los comentarios desafortunados de los impertinentes con los que comerciaba que algo de ese ingenio se me pegó.

Charles la castigó con una sonrisa gélida.

—Sospecho que también se le pegará algo de su mala suerte, porque no creo que su entrevista llegue muy lejos si intenta convertirla en un pulso para ver quién es más fuerte.

Bluebell sacudió la cabeza lentamente. Con el movimiento, los dos bucles ni rubios ni del todo castaños que le enmarcaban la cara le rozaron las pálidas mejillas.

Un pensamiento distraído se filtró en la mente de Charles.

Aquella era una mujer que no conocía el sonrojo.

—No se trata de ver quién es más fuerte, sino quién es más avispado, y no necesito establecer un pulso para demostrar lo que salta a la vista.

Charles volvió a levantar las cejas, esta vez más irritado que perplejo. Por un momento tuvo la impresión de que estaba soñando y no se hallaba allí; de que lady Mabry no había muerto y el asunto de la herencia había sido una pesadilla. Luego se preguntó si Reginald no le habría gastado una broma pesada infiltrando a una doncella de lengua viperina en el proceso de selección. Habría sido su estilo. Pero algo le decía que Bluebell Corrin no se habría dejado

sobornar por un aristócrata para sacar de sus casillas a otro de menor rango.

Ese mismo algo le decía, para mayor concreción, que Bluebell Corrin no se dejaba sobornar por nada ni se doblaba ante nadie.

—¿Y no le gustaría empezar a demostrar que tiene, también, un mínimo decoro? La entrevista no se alargará de por vida y, por lo que llevo visto, no parece usted un dechado de virtudes.

Bluebell lo desestabilizó sonriendo por primera vez desde que había llegado. Fue una sonrisa que no le llegó a los ojos, vacíos de emoción si no hubiera sido porque en ellos ardía el fuego de los vengativos.

Era imposible que hubiese decidido odiarlo al cabo de cinco minutos en la habitación. No, claro que no. Ella había entrado ya con el corazón consumido por las llamas de la rabia, y aquel era un fuego tan antiguo que se le ocurrió que había nacido fruto de una desavenencia entre dioses. O eso o alguien le había causado un daño irreparable.

Charles reconocía a los de su clase de un primer vistazo, y «con los de su clase» se refería a las criaturas que habían crecido con la sombra de la injusticia pisándole los talones.

—Es curioso que sea un hombre que ha olvidado levantarse al ver entrar a una dama en el salón el que cuestione los modales ajenos.

—Yo no he visto a ninguna dama —contraatacó con una satisfacción pueril. Se lo había puesto en bandeja—. En todo caso, a una mujer con la ingenua pretensión y las dificultades materiales y temperamentales —recalcó tras mirarla de arriba abajo— de llegar a serlo algún día.

Esta vez fue el turno de Bluebell de fingir sorpresa.

—Entonces no solo el caballero no entiende la etiqueta básica, sino que tiene la grosería de airear su clasismo sin pudor alguno. Puedo entender que en un tribunal deba haber tantas opiniones como personas existen —abarcó con un movimiento de mano a las silenciosas maestras—, pero ¿qué tanto ha de pesar de cara a la decisión final la valoración de un sujeto con, digamos... una perturbación de las facultades morales?

Aquel comentario sobrepasaba por mucho los límites de la descortesía. Pero aunque en Charles primaba la perplejidad por la actitud que la señorita había desplegado —así como el deseo de cortarla de raíz—, se descubría incapaz de echarla de allí sin más.

Ponerla en su lugar se había convertido en una cuestión de vida o muerte.

—Ya que pregunta, le diré que pesa más que ninguna. Le recuerdo que está hablando con el heredero de la institución, señorita Corrin.

Ella desvió la vista hacia el borde de la manga larga de su vestido floral. El corazón se le agitó victorioso de pensar que la había avergonzado por fin, pero solo estaba ventilando su indiferencia para asestar el golpe definitivo:

—Me podía imaginar que estaba usted aquí por los méritos de sus antecesores y no porque haya demostrado ser un ejemplo de las bondades cristianas.

Charles se enderezó bruscamente.

—Es usted una insolente.

Ella cabeceó como si lo sopesara, en lo absoluto ofendida.

—Yo me considero, más bien, una mujer justa. Mis padres me enseñaron a replicar las actitudes de quien tengo enfrente; si no recibo más que juicio, juicio es lo que tendrán.

—Y ya se ve lo lejos que ha llegado con la educación... inusual que ha recibido.

—Tan lejos que ahora respiro el mismo aire que usted —continuó ahuecándose los bucles, distraída—, y puede interpretar esto como desee. Yo todavía estoy decidiendo si es un honor con el que Dios me bendice o la prueba fehaciente de que tarde o temprano todos pagamos por nuestros pecados.

—Seguro que el que ha cometido usted es el de la soberbia. ¿No la han informado de lo que aquí se viene a hacer, señorita Corrin?

Ella volvió a apuñalarlo con aquella mirada afilada.

—¿Le han informado a usted, milord? Porque en ninguna parte de la carta que recibí se explicitaba que mi función sería agachar la cabeza mientras se denigra a mi estirpe, empezando por mi difunto padre —rugió con una frialdad sobrecogedora—. Entiendo que el

examen de carácter funciona en ambas direcciones: ustedes miden si soy digna de una matrícula gratuita y yo valoro si ustedes me despiertan la suficiente admiración como para someterme a su programa educativo. Por lo que llevo visto, y si es usted quien ha establecido los principios de la escuela, no parece que aquí vaya a aprender nada que no haya aprendido estando en el mundo. Se puede apreciar que ya sé hacerme valer ante los presuntuosos y los fantoches. Incluso ante los que son ambas cosas.

Charles interpretó la última acusación como un inesperado giro de guion que exigía de su parte una respuesta grave. Le sostuvo la mirada a la joven, ya sin abrigar la esperanza de avergonzarla con el eco de sus propias palabras. Su desprecio hacia ella no se había desvanecido, pero ahora ardía dentro de él con una connotación distinta.

Le había picado la curiosidad.

Capítulo 3

—Márchense de la habitación —ordenó Charles en voz alta y clara.

—¿Disculpe? —vaciló la directora.

—Abandonen la sala —repitió sin apartar la vista de Bluebell—. Quiero entrevistarme a solas con la señorita Corrin.

—Eso sería indecoroso —se negó la señorita Vallans—. Impropio de usted y perjudicial para la reputación de la joven.

—No creo que sea más perjudicial de cara a la entrevista que la actitud que ha estado exhibiendo desde que ha puesto un pie aquí, además de que nadie tendrá por qué enterarse de esta excepción si ustedes cumplen su parte cerrando el pico. Ahora, váyanse.

—Milord...

—No voy a repetirlo más.

La directora postergó el momento de levantarse, manifestando así su opinión con una elegancia que Charles tuvo que halagarle en secreto. La señorita Vallans apretó los labios en desacuerdo y procuró que le quedase bien claro marchándose airadamente. La señorita Reeves solo había palidecido, mientras que la francesa de la cofia, fiel a su misteriosa promesa de silencio —no había abierto la boca en las últimas horas—, se limitó a lanzarles una mirada evaluadora.

Tuvo que determinar que no existía peligro, porque cerró la puerta para dejarlos a solas.

El aire pareció espesarse cuando la señorita Corrin y él volvieron a mirarse a los ojos.

Charles no cambió de postura. Se sentía perseguido y juzgado por aquel rostro curado de espanto. Creyó que moviendo una sola pestaña estaría denotando una debilidad que no podía ni quería permitirse con ella. Pero sí que inspiró hondo, llenándose los pulmones de un oxígeno contaminado del veneno que habían vertido el uno sobre el otro.

—¿Quiere oír una valoración objetiva que esté a la altura de los principios de esta institución? —dijo Charles sin cambiar de expresión. Ella no asintió ni se pronunció de ningún modo. Solo le sostuvo la mirada—. Camina usted con los hombros muy rígidos y los brazos lánguidos, con una pose defensiva que es antónimo directo de la distinción que aquí se pretende promover. Si fuera bonita, se le podría disculpar la osadía con la que se conduce, pero nada en su aspecto resulta lo bastante destacable para justificar una subvención económica: es demasiado alta, angulosa y anodina. Un hombre podría perdonarle su falta total de elegancia, así como su mediocridad física, si al menos se mostrara obediente. Por desgracia, es usted un animal obtuso que hace pésimo uso de su ingenio dedicándose a denostar al prójimo en lugar de, por la cuenta que le trae, procurar sonar encantadora. Más allá de que mis simpatías no descansen ni remotamente cerca de su espacio en el mundo, supe que era una aspirante sin futuro en la escuela en cuanto me miró a los ojos. Ninguna mujer que se precie de llamarse dama se dirigiría a un hombre, y menos a un hombre de alta alcurnia, replicando la enemistad feroz que un Capuleto reserva hacia un Montesco.

Un largo silencio se instaló entre los dos. Fue por decisión voluntaria de Bluebell, pues por lo que la joven llevaba demostrado, si su deseo hubiera sido dejarlo en paños menores con una réplica inmediata, su agilidad mental se lo habría concedido.

—Y, sin embargo —remató ella al cabo de un rato—, se ha expuesto usted al riesgo de que le fuercen a desposar a este animal obtuso con tal de quedarse un rato a solas con él.

—Riesgo muy remoto. Casi exiguo —recalcó él—. Y eso únicamente denota que tiene usted una habilidad única para irritar a los hombres, cualidad que no se busca ni en las alumnas de esta escuela ni en las esposas del futuro.

—Lo que denota es que tengo el don de trastocar, cuando no anular, la compostura masculina; don que me ha llevado a convertirme en la única mujer a la que le ha dirigido usted la palabra de entre las diecinueve a las que había entrevistado ya. Es un don que desprecia porque no lo entiende y porque saca al monstruo que lleva dentro —añadió—, pero otros caballeros que sufran el mal de la

altivez en mucho menor grado o hasta sientan debilidad por los animales obtusos podrían encontrarlo un rasgo encantador.

—Solo los animales obtusos se casan con animales obtusos, señorita Corrin, y aquí casamos a las damas con aristócratas de primera clase. Le sugiero que regrese a la granja en la que se habrá educado y busque allí un partido a su altura.

La boca le supo a mentira nada más zanjar el asunto, porque la cruda verdad era que conocía a más de un tipo con debilidad por las excentricidades femeninas y, aunque no lo conociese, la sabiduría implícita en el comentario de Bluebell le había llamado tanto la atención que se sentía inclinado por averiguar a quién podría cazar con la trampa de su carácter.

Nunca le confesaría a nadie cuánto se alegró de que ella no se rindiera.

—Míreme a los ojos y dígame la verdad. ¿Cree que un trabajador noble y humilde pero desgraciadamente analfabeto de la presunta granja en la que me he educado sería un partido a mi altura?

Charles podría haberla provocado alegando que desconocía si ella era también analfabeta. Podría incluso haberle preguntado quién estaba cayendo en un arrogante clasismo ahora, aun si era obvio que ella había sacado a colación el analfabetismo desde la objetividad y no con intención burlona.

No lo hizo porque lo había pillado.

Por supuesto que no sería un partido a su altura. Poco importaba que Charles no tuviese la menor idea de los estándares que barajaban las patronas y casamenteras: daba por hecho que Bluebell Corrin se aburriría con un marido que no retara su intelecto. Y, por desgracia, un granjero hastiado del trabajo en el campo que tomaba esposa para procrear y cerciorarse de que alguien lavaba sus calzones sucios no tendría el tiempo ni el ánimo para saciar las inquietudes de una mujer fundamentalmente aventurera.

Porque una mujer tenía que amar la aventura y el peligro implícito en ella para retar a un hombre de su categoría.

—¿Por qué trata de convencerme a su manera manipuladora de incluirla en el programa? —inquirió en lugar de contestar a la pregunta—. Es obvio que no quiere convertirse en una alumna

becada, o de lo contrario se habría mordido la lengua durante la entrevista. Aun a riesgo de envenenarse —apostilló con maldad.

—Sí, es casi tan obvio como que usted desprecia la labor de evaluar a las aspirantes —le sorprendió contraatacando.

A Charles se le escapó una risa nasal.

—Usted cree saberlo todo, ¿verdad?

—Solo me preocupo de saber lo que conviene a mis intereses personales.

—¿Y cuáles son sus intereses personales?

—Que mi hermana pequeña sea admitida en la escuela —respondió sin vacilar.

—Entonces no solo pretende que la subvencione a usted, sino también a su hermana... quien imagino que no por su juventud será menos apasionada en sus odios que la primogénita. ¿Debo preocuparme de que me arroje el té a la cara cuando le toque su turno?

Bluebell se irguió con una solemnidad que Charles reconocería en cualquier parte: se asociaba con la lealtad familiar, la única clase de lealtad que era inmortal y podía bajar del pedestal hasta a la criatura más soberbia.

Por eso iba ganando la discusión, comprendió. Porque tenía un objetivo noble.

—En absoluto. Marigold es una delicia para los sentidos.

—No me diga —fingió sorprenderse levantando las cejas—. ¿Y cómo afronta usted su clara desventaja frente a ella?

—No la afronto; la disfruto, pero imagino que esta mentalidad es impensable para un hombre cuya cordura depende de creerse el centro del universo.

Charles estuvo a punto de reírse sin tintes sarcásticos.

Dios santo. La encontraba diabólicamente divertida.

No dudaba que esto pudiera acarrearle problemas en el futuro.

Se la quedó mirando a caballo entre el recelo y la inevitable admiración. No era solo que tuviese el valor de enfrentarse a él siendo poco más que una huérfana demasiado mayor para aspirar al marido más mediocre de su pueblo del norte; era que no titubeaba al hacerlo, era que creía de veras en sus posibilidades, era que no

estaba falseando su puesta en escena y tampoco la había preparado de antemano para causarle una impresión inolvidable... aunque fuera negativa.

Bluebell era así y no había intentado ser nada distinto ni siquiera para impresionarlo, aun siendo esto lo único que le concedería el privilegio de formarse en la escuela.

—Respóndame a una pregunta. Después le daré a conocer mi veredicto.

—He venido a responder preguntas, ¿no? —se burló ella sin perder aún la rigidez corporal.

—¿Qué la ha ofendido tanto de mi temperamento, que estaba decidida a avasallarme antes incluso de que abriera yo la boca?

Ella respondió sin pensarlo y sin agachar la barbilla.

—Me sorprende que no sepa que su presencia corporal es tanto o más elocuente que las palabras que escoge, milord. El modo en que está sentado ya grita a los cuatro vientos que no nos respeta ni por el simple hecho de ser humanas.

—¿Esa es su respuesta?

—No, mi respuesta es la siguiente. Me ha ofendido que volviera a tomar asiento cuando me vio entrar. Estoy segura de que una parte de usted estaba convencida de que iba a pasarlo en grande a mi costa.

Era perspicaz. En gran medida había recuperado su puesto porque marcharse de una sala cuando una mujer acababa de pasar era de una falta de educación sin precedentes. Pero ella le había revelado una razón que él había querido obviar, lo que de nuevo subrayaba que era la más inteligente de los dos: había visto en Bluebell Corrin algo diferente. Un elemento mágico. Un fuego irresistible.

—Las becaré a su hermana y a usted con una condición que de seguro encontrará coherente —dijo transcurridos unos segundos. Se inclinó hacia ella apoyando las manos entrelazadas sobre el regazo —. Tendrá que demostrarme todo aquello de lo que lleva jactándose desde que ha entrado por la puerta: que es tan poderosa con sus dones y sus insolencias que puede convencer a un hombre de casarse con usted. Y tendrá que hacerlo antes de que termine la

temporada social que está por comenzar. Si antes de que acabe agosto no se ha comprometido con un caballero que responda a los elevados estándares de la escuela, ni su hermana ni usted seguirán en el programa y, además, utilizaré su ejemplo para determinar que las subvenciones son un fraude y las eliminaré de raíz.

Bluebell enarcó una ceja.

—Así que pone sobre mis hombros la responsabilidad de salvar el futuro de todas las alumnas que podrían financiar su educación. Qué elegante.

—Como me dijeron no hace mucho tiempo, replico las actitudes de quien tengo enfrente —la parafraseó—. Si recibo desafíos, desafíos tendrán por mi parte.

Bluebell aceptó su contraataque respondiendo con un breve silencio. Su mirada insondable no solo no atenuó la ausencia de palabras, sino que convertía la nada en una amenaza escalofriante. Charles rehusaba aceptar que la presencia de una mujer pudiera alterarlo. Se dijo que era la confirmación del reto lo que le hacía hervir por dentro, pero no podía negar que había en la vehemencia de la señorita Corrin una entereza admirable y contagiosa.

Se levantó del asiento y se cuidó de alisar las arrugas que se le habían formado en la falda.

—Espero que no pretenda asistir a la boda solo para asegurarse de que cumplo mi palabra. No se me ocurriría invitarle al día más feliz de mi vida.

Charles contuvo una expresión de triunfo al sobreentender que se subía al barco. En esta ocasión sí la imitó levantándose también, tal y como el decoro exigía a los hombres. No obstante, no la acompañó hacia la puerta; abrigaba la sospecha de que, si cruzaba la línea invisible que los había mantenido a cada uno en un hemisferio de la habitación, quebraría alguna suerte de equilibrio cósmico y sucumbiría a una devastación para la que no estaba preparado.

Se limitó a señalarle la salida con la mano sin perder la expresión burlona.

—No se me ocurriría, señorita Corrin, y me sorprende que se le haya ocurrido a usted. ¿O no se ha dado cuenta aún de que la finalidad es pasar en su presencia el menor tiempo posible?

Capítulo 4

—¿No piensas contarme cómo lo has conseguido?

Cansada del interrogatorio de su hermana pequeña, que llevaba extendiéndose desde el amanecer, Bluebell frenó en seco en el pasillo. Pretendía obedecer su obligación de primogénita reprendiéndola por metomentodo, así como habría hecho su madre, pero nada más coincidir con sus vibrantes ojos azules, ojos que apenas le cabían en la cara redonda, toda intención reprensiva se disolvió como por arte de magia.

Marigold la había estado persiguiendo igual que una cría a mamá pato por todo el edificio desde que supiera de su inclusión en el programa, y de entonces ya se habían cumplido veinticuatro horas. Más allá de que la menor de las Corrin fuera de por sí una criatura preguntona hasta el aborrecimiento, Bluebell podía entender el porqué de su interés: lord Charles Witherow había determinado que las hermanas serían las beneficiadas por la beca sin antes entrevistarla. Esto había extrañado a la totalidad del profesorado y también a la beneficiada, que se había quejado del nepotismo alegando cuánto le habría gustado deslumbrarlo con sus respuestas preparadas.

—Empieza a ofenderme que dudaras por un momento de mis habilidades retóricas, Poppet. La verdadera pregunta es por qué no iba a conseguirlo, no cómo lo he hecho.

—¿Habilidades retóricas? Querrás decir habilidades manipulativas —subrayó Marigold. Su carita de princesa bien podía engañar a los incautos, pero en presencia de su única familia se mostraba tal cual era en realidad: una jovencita con tanta malicia como arrestos. El diablo le había dado una apariencia inofensiva para asegurarse de que todos cayeran en su red de araña—. ¡Oh, vamos! ¡No actúes como si no te conociera! ¡Estoy segura de que lo que sucedió en esa habitación es una historia que merece la pena contar!

—Y te la contaré —le prometió. Se dio la vuelta para continuar la marcha—, pero cuando estemos a solas y no nos presionen deberes más acuciantes. Recuerda que lo importante no es que nos hayan concedido la subvención, sino sacarle provecho. Más te vale demostrar en estas primeras clases que no se equivocaron eligiéndonos.

—Conque ahora es «eligiéndonos» y no «eligiéndote» —señaló Marigold con regocijo—. ¿Ya no te excluyes de la aventura matrimonial?

Bluebell suspiró.

—Por insólito que parezca, yo también tengo un interés personal en contraer nupcias, Poppet. A lo mejor no fantaseo con desposar a un hombre atractivo, romántico y profundamente enamorado de mi carácter explosivo, como es el caso de la soñadora señorita Marigold. —Como su hermana caminaba ahora su lado, no le costó darle un gracioso toquecito en la punta de la nariz. Ella la arrugó en una mueca adorable y se rio—. A lo mejor, de hecho, me conformaría con que mi futuro esposo no pasara los cincuenta años y conservara la dentadura en un noventa por ciento... Bueno, podía aceptar un ochenta o un setenta y cinco si la podredumbre no le afectara a los incisivos, caninos y premolares, que son los que se exhiben en una sonrisa —se corrigió con un cabeceo permisivo—, pero, en fin, mi deseo más convencional es el de toda muchacha que se precie; a saber, el de dejar de ser una carga para tía Gertrudis convirtiéndome en una carga para mi marido. Así como Dios manda —atajó con una solemnidad que hizo carcajearse a Marigold.

Como a Bluebell se la podía acusar de temeraria e insolente, mas nunca de estúpida, sería justo decir que era muy consciente de que había estado cerca de sabotear dicha oportunidad durante la entrevista.

No había dejado de fruncirle el ceño al recuerdo desde que la directora formalizara la matrícula. Era incapaz de entender qué bicho le había picado la mañana anterior. Había acudido a la escuela con la intención de obtener la beca a cualquier precio, convencida de que la alternativa sería pasar el resto de su vida cuidando de una

anciana amargada que las odiaba, y si bien el propietario de la institución se había excedido en sus groserías ya de entrada, ¿acaso ella no había tolerado desaires aún peores? ¿No estaba curada de espanto y, lo que era más, sabía reaccionar a un desaire para quedar por encima sin perder la elegancia?

Había terminado por justificarse con que los nervios le habían jugado una mala pasada. Seguía siendo humana y Charles Witherow había tocado su punto débil.

¡Se había atrevido a mencionar a su padre! ¿Cómo no iba a ponerlo en su lugar? Bluebell era leal a los suyos como un perro rescatado de la calle. Si estaba en juego el honor del difunto señor Corrin, entonces con sumo gusto sacrificaría su futuro y la buena opinión que el pomposo propietario tuviera de ella.

—Procuraré no decepcionarte —le prometió Marigold con una sonrisa entusiasta. Se había ruborizado del gusto de imaginar unos años en la escuela.

Bluebell se casaría porque era su obligación y casi dando las gracias porque existiera una ruta distinta a languidecer como solterona en una casa con las ventanas tapiadas, pero Marigold estaba verdaderamente ilusionada no ya con la idea de encontrar al hombre perfecto, sino con las actividades y el conocimiento que prometía la institución. Bluebell había salvado con éxito la primera prueba; el obstáculo crucial que representaba el aristócrata, pero no seguiría teniendo tanta suerte si no contenía su lengua.

Se hizo la promesa de llevar la prudencia por bandera a partir de entonces y siguió a Marigold pasillo abajo. La pequeña lo recorrió dando saltitos de alegría hasta el aula de Etiqueta y Modales, un amplio espacio decorado como un salón de visitas.

Nada más echar un vistazo a los rostros saludables y aniñados de sus cinco compañeras, la desazón embargó a Bluebell. ¿Qué edad tendrían aquellas chiquillas? ¿Quince? ¿Dieciséis años a lo sumo? Sabía que la escuela de señoritas no acostumbraba a aceptar a mayores de edad si no era para proporcionarles exclusivamente acompañamiento en su temporada debut, pero no había esperado que la directora les asignara la clase de las más jóvenes.

Recordó lo descriptivo que lord Charles Witherow había sido a la hora de criticar su manera de caminar y un ánimo sombrío empañó su determinación.

¿Tanto saltaba a la vista que no había recibido educación alguna más allá de aprender a leer, escribir, unas nociones básicas de historia y toda la literatura que había caído en sus manos gracias a los amistosos trueques de su padre?

—Bienvenidas, señoritas —las saludó la maestra. La reconoció como uno de los miembros del jurado de la entrevista. llevaba la misma cofia blanca con el borde de encaje pegado a la frente, por la que no asomaba un solo pelo rubio. Al menos debía de ser rubia, porque sus cejas casi se confundían con la porcelana de su piel y tenía los ojos de un azul cristalino que parecía transparente—. Tomen asiento en alguno de los huecos libres y procederemos con la primera lección. Por desgracia, no será la primera del curso —se disculpó con Bluebell con una mirada franca—, sino la primera de las cinco con las que os prepararemos para el baile de este próximo sábado. Les estaba recordando a las compañeras que la semana previa al debut tendemos a celebrar una pequeña fiesta con familiares y amigos de las alumnas. Así el profesorado examina si ha habido una correcta asimilación de las lecciones y vuestra parentela puede hacerse una idea de los avances en vuestra educación.

—Pero nosotras no seremos presentadas en la capital este año, ¿verdad? —preguntó una joven con voz temblorosa.

Bluebell se giró a mirarla con una expresión cálida pintada en la cara, segura de que se beneficiaría de un par de amistades nuevas. Su semblante casi se transformó en una mueca de espanto al toparse con un rostro salpicado de manchas oscuras, así como las manos y el poco cuello que su recatado vestido dejaba a la vista.

Aunque en un primer momento le chocó la proliferación de lo que a todas luces era una condición enfermiza, no tardó en diferenciar lo llamativo de las manchas de los bonitos ojos castaños y la dulzura de su voz. Sintió compasión inmediata por ella. Nunca se había cruzado con una persona que padeciera aquel problema físico concreto, pero de allí de donde Bluebell venía se había relacionado con numerosos sujetos con la cara picada por la viruela y hasta con

zonas faciales quemadas. Pero ahí donde los hombres imperfectos podían salir a la calle y soñar con el amor, las mujeres con algún defecto visible eran condenadas al encierro.

No era insólito que una niña adoleciese de un problema cutáneo; tan solo que la hubieran acogido en una institución fundamentalmente clasista.

Se alegró de que el programa de becas no fuera la única medida inclusiva que la escuela había implantado.

—No, claro que no, Prim. Solo las alumnas que este año cumplen dieciocho años... y la señorita Bluebell Corrin, aquí presente —añadió con una sonrisa escueta que escondía mucho más de lo que mostraba. Le dio la impresión de que la maestra se apiadaba de ella al proseguir—: Aunque la señorita Lacraft, la directora, estaba dispuesta a tenerla un año aquí con nosotras para perfeccionar sus modales, milord ha insistido en que por edad le correspondería debutar tan pronto como fuera posible. Mencionó que estaba usted de acuerdo, y como cabeza de la institución que es, nos hemos visto obligadas a ceder.

Bluebell se resistió a arquear las cejas con asombro.

No llevaba en Arlington Abbey ni veinticuatro horas y ya se estaba dando cuenta de que ella no era el único carácter especial. Si incluso una profesora con raíces francesas y cofia se atrevía a insinuar que estaba en desacuerdo con el hermano de un marqués, era obvio que estaban a favor de una educación liberal.

—Como solo disponemos de una semana y media antes de viajar a la capital —prosiguió la señorita Poitier—, dedicaremos algunas horas de nuestro tiempo de ocio a las lecciones de repaso individual. Nos las arreglaremos para que esté usted tan presentable como sea posible. Ahora comenzaremos la clase grupal. Por favor, diríjanse a la estantería y escojan un volumen de al menos trescientas páginas.

Bluebell estuvo a punto de lanzar un grito al vacío.

«No, por favor. Cualquier cosa menos pasear con libros sobre la cabeza».

Por desgracia, su intuición se cumplió. Fue cuestión de minutos que el grupo de señoritas, su hermana incluida, empezara a moverse por el espacio como un ajetreado hormiguero. Algunas mantenían el

libro sujeto sobre la testa con las dos manos, pero otras demostraban un manejo natural para cuidar el equilibrio y, orgullosas de su hazaña, se atrevían a colocar un segundo y hasta un tercer tomo en la coronilla.

Bluebell tardó en incorporarse a la tarea visiblemente avergonzada. Había cumplido veinte años el diecinueve de enero y había pasado los doce meses previos sacando adelante las tareas físicas y balances de gastos de una casa que no era suya. También preocupándose de que ni a su hermana pequeña le faltara cariño ni a su tía le pasaran factura las habituales recaídas de histeria. Todo esto lo había logrado ella sola, luchando en secreto contra el inefable dolor del luto. Había visto y vivido situaciones límite que escandalizarían no ya a las tiernas muchachas que danzaban por el salón entre risitas, sino a la maestra que las vigilaba realizando las pertinentes correcciones. ¿Y ahora se suponía que tenía que bajar el ritmo inhumano que había llevado hasta entonces?, ¿olvidar que sabía lo que era ser una mujer responsable a cargo de una vivienda y una familia para hacer equilibrismos con una novela de Daniel Defoe?

Era ridículo.

Pero obedeció. Se plantó *Robinson Crusoe* sobre la cabeza y, procurando moderar el acceso de vergüenza que, más que ruborizarla, la había hecho palidecer, trató de seguir la línea recta que trazaba el dibujo de la alfombra.

Se convenció de que la prioridad de aquella actividad era una buena señal.

Si lo único de lo que tendría que preocuparse en el futuro era caminar con la espalda recta, bendito fuera su destino.

Viendo que no se le daba del todo mal, sustituyó *Robinson Crusoe* por *Clarissa, o la historia de una joven dama*, una de las novelas más largas de la historia de la literatura inglesa, y prosiguió con la vista fijada prudentemente en el suelo que iba pisando.

—Pensaba que la lección de hoy consistía en cultivar el buen caminar, pero ya veo que me equivocaba y es la clase de buscarse las puntas de los pies —comentó una voz masculina—. Incluso si su

preferencia fuera un marido de baja estatura, señorita Corrin, me temo que no encontrará nunca a uno que le llegue por los tobillos.

Bluebell alzó la barbilla instigada por el vuelco que le dio el corazón. Debería haber imaginado que un sujeto interesante había interrumpido el devenir de la clase; las alumnas seguían riéndose por lo bajo, pero con ese tinte de coquetería reservado para embelesar a los hombres atractivos. Por desgracia, se había concentrado tanto en la tarea que toparse de frente con el caballero le supuso una breve conmoción.

Cualquiera habría pensado que presentaría un aspecto menos imponente ahora que no juzgaba su valía desde su asiento entre el tribunal. Cuánto se equivocaba. Aun recostado bajo el umbral de la puerta y jugando distraído con el puño del bastón, se erguía ante ella con la clase de orgullo insolente que se obtenía a costa de humillar a los demás. Bluebell apenas había pasado unos minutos en su presencia y ya sabía que lord Charles Witherow amagaba sonrisas que insinuaban una burla y que estaba acostumbrado a persistir en sus miradas directas hasta que su interlocutor, debilitado, agachaba la cabeza. Entonces se anotaba un nuevo triunfo.

No iba a tener esa suerte con ella, pero no porque no se sintiera intimidada. Bluebell había tratado con comerciantes de todos los estratos sociales y de cuantas naciones existían; no obstante, la figura del aristócrata cosmopolita no había aparecido en su mapa hasta coincidir con Charles. Lo había despreciado antes incluso de verlo despatarrado con aire apático ante la silla vacía en la que habían sido cercenados los sueños de decenas de muchachas sin recursos; ¿cómo no hacerlo, si había visto salir corriendo entre lágrimas a varias de las aspirantes?, ¿si las que habían podido formular palabra habían confesado haberse sentido minúsculas, insignificantes, bajo la mirada fría del propietario?

Aun y con todo eso, Bluebell no había podido reprimir un acceso de fascinación al ver en Charles algo que no había visto nunca antes: el garbo y distinción de un hombre que no solo había nacido con privilegios, sino que para colmo era descaradamente apuesto.

Bluebell no apartó el libro de su cabeza al mirarlo a la cara con llaneza. No iba a concederle el gusto de saberla abochornada

después de convertirla en el hazmerreír en su primera lección. Tampoco lo hizo por otra razón más sencilla, y es que le temblaban las muñecas por una combinación de antipatía e inevitable deslumbramiento.

Charles esperó su réplica con las cejas enarcadas y una expectación que no podría haberle resultado halagadora por el tinte sarcástico que dejaba traslucir. Apostaba por que era incapaz de reírse si no lo hacía a expensas de los demás.

—Ni tampoco encontraré uno que me llegue a la suela del zapato —contestó ella—; por eso ando cuidando por dónde piso, no vaya a ser que sin querer aplaste la dignidad de un pobre inocente. Claro que no todos los caballeros que he conocido son inocentes.

Al ladear la cabeza con fingida curiosidad, un grueso rizo negro le cayó entre los ojos.

—¿Y no será eso porque el ladrón cree que todos son de su condición? Uno suele ver en los demás el reflejo de sí mismo.

—¿Por eso ha visto usted en mí a alguien digno de humillar? —contraatacó con los ojos entrecerrados—. Es mi primera lección y estoy aprendiendo, milord. Que se burle de mi inexperiencia denota que quizá usted también necesite unirse a la clase; a la lección de modales básicos, al menos.

Lo sugirió en voz alta para acto seguido girarse hacia la maestra, como pidiéndole permiso para incluir al propietario en la clase. La señorita Poitier se había sumido en el silencio inquieto que merecía un intercambio feroz como aquel. Nadie allí se atrevía a desafiar a Charles, y menos delante de un grupo de niñas impresionables. Suerte que eran tan jóvenes que, las que no se distraían con el atractivo del recién llegado, interpretaban las pullas como un signo de que tenían confianza para bromear el uno con el otro. Cualquier otra explicación atribuida al intercambio habría sido escandalosa.

—Yo que usted me preocuparía más de lo que denota mi propia inexperiencia y no las conclusiones que otros saquen sobre ella: a fin de cuentas, que tenga que aprender a andar con veinte años está más allá del decoro racional.

—Me parece infinitamente más vergonzoso que deban enseñarme a tratar con educación a las mujeres que a mover las piernas con un

libro sobre la cabeza. Pero imagino que usted se refiere al ejercicio con semejante holgura porque le sería fácil hacernos una demostración de excelencia.

No esperaba que Charles mordiera el anzuelo. Ora estaba más aburrido de la cuenta, ora la odiaba tanto que no le importaba ponerse en ridículo si a cambio podía sacarle los colores. Por desgracia, Bluebell se había equivocado al asumir que lo avergonzaría haciendo una exhibición: Charles cogió la novela que ella había estado sujetando con la cabeza y se la colocó en la coronilla con la misma elegancia que si fuera un sombrero y, bajo la atenta mirada de las presentes, se paseó entre las alumnas sin que el libro temblara siquiera. Cuando se lo devolvió con expresión neutra —le había sido tan fácil que la hazaña no merecía ni una sonrisa triunfal—, ni un solo pelo de la cabellera se había dado por aludido: ni los rizos peinados hacia atrás se le habían aplastado ni ninguno había osado sobresalir electrificado por la fricción.

—Veamos cómo su deseada ejemplificación la ha inspirado —la invitó. Bluebell aceptó a regañadientes la novela de Richardson e inspiró hondo para imitarlo. Ni siquiera había dado un paso al frente cuando él, cruzado de brazos a un lado del salón, advirtió—: La mirada alzada, señorita Corrin.

A oídos de Bluebell llegó el coro de risitas de sus compañeras.

Aunque estaba muy por encima de preocupaciones banales como la opinión que tuvieran de ella un grupo de niñas, odió que Charles la estuviese avergonzando frente a un público influenciable.

Irguió la barbilla y volcó en él su desdén.

—¿Por qué? ¿Acaso hay algo que merezca la pena ver?

El aristócrata interpretó su provocación como un menosprecio hacia su físico. No solo fue obvio que estaba muy orgulloso de su apariencia, sino que no tenía por costumbre recibir desdenes de aquella índole, porque hizo una mueca y se aferró al mango del bastón para decir:

—Me parece a mí que tiene usted unas cuantas lecciones que aprender antes de enfocarse en la postura, señorita Corrin. Seguro que la maestra coincide conmigo en que un correctivo para amansar a la fiera que lleva dentro no estará de más. ¿Por qué no deja el

libro donde estaba y se va un rato al rincón de pensar? Con suerte la ilumina alguna idea que no haga peligrar su matrícula en la escuela.

Bluebell fue rápida deshaciéndose del libro y dirigiéndole una reverencia burlona.

—Con mucho gusto, milord —dijo sin apartar la vista de él.

Momentos más tarde se estaba encaminando con la espalda recta al fondo del salón, en concreto a la esquina donde más de una vez la habían castigado los maestros de la infancia.

—De cara a la pared —le llegó la indicación de Charles—. A ver si ahí sí encuentra algo que merezca la pena mirar.

Capítulo 5



Bluebell esperó a haberse girado hacia el papel decorativo para desahogar su rabia cerrando los ojos. Las alumnas seguían riéndose, aunque ahora con razonable confusión, y no porque les preocupara la situación de la nueva compañera, sino porque ya no estaban seguras de que estuviesen acompañando adecuadamente el humor de Charles.

A Bluebell no le extrañó que despidieran al aristócrata unos minutos más tarde. Si no podía entretenerse a costa de sacarle las canas verdes a ella, ¿para qué perder el tiempo en una lección de etiqueta? Era evidente que odiaba al género femenino y no soportaba hallarse en su presencia.

Agradeció los primeros minutos de correctivo porque le permitieron calmarse. Luego se llenó de rabia otra vez. No andaba sobrada de tiempo para aprender a conducirse con la elegancia requerida en una velada de clase alta, y además de no poder practicar, tampoco podía girarse para ver qué correcciones aplicaba la maestra.

Su furia solo fue a peor con el transcurso de la clase, sobre todo cuando la señorita Poitier se acercó a ella y le expresó en tono mortificado:

—Milord ha exigido que el castigo se alargue hasta la noche. Vendré a buscarla a las siete y media, antes de la hora de cenar. Hasta entonces, le sugiero que sea obediente y no altere la postura. —Pausa—. Intente no encararse con milord, señorita Corrin. Nunca podremos ganarle a un hombre en una situación de poder, ¿entiende? Por no mencionar que le conviene gozar de sus simpatías...

Bluebell no contestó, aunque no por falta de impulso. Esperó a que la maestra hubiese cerrado la puerta del aula para mascullar por lo bajo una imprecación, y después otra, y así sucesivamente hasta aligerarse de pesos el alma.

No tan en el fondo estaba de acuerdo con la señorita Poitier. Le convenía gozar de sus simpatías, sí, aunque solo fuera para que la creciente enemistad no repercutiera en el futuro de su hermana. Por desgracia, Charles había estado condenado a convertirse en la némesis de Bluebell incluso si hubiese sido un santo. Una mujer orgullosa no podía perdonarle a nadie su superioridad respecto a ella, fuera esta una creencia personal alimentada por la inseguridad o un hecho incontestable, y Charles era subjetiva y objetivamente superior. A simple vista, a primera conversación y desde un punto de vista monetario.

Por más que intentase humillarlo, nunca lo conseguiría. A él le bastaría con avanzar una de sus piernas infinitas dando un paso al frente, erguirse sobre su casi metro noventa de estatura y mirarla a través de las pestañas más tupidas que hubiera visto para contrarrestar su agravio y, encima, hacerla quedar como un vil insecto que había tenido la osadía de quedarse pegado a la suela de su calzado.

Bluebell podría haber aprovechado su soledad para tomar asiento y descansar las piernas, pero sostener el castigo se había convertido en una cuestión de principios. No quería ser obediente, sino desafiar con su terquedad el padecimiento al que la había condenado, que muy pronto descubrió que no era moco de pavo.

Estaba acostumbrada a ir de un lado para otro cuando ayudaba a su padre, fuera trasladando los pedidos del taller a la casa del demandante o atrayendo nueva clientela, pero atender quehaceres era tan entretenido pese a la exigencia física que el día se pasaba volando y no se percataba del dolor de piernas hasta que se tumbaba.

Había una diferencia abismal entre pasear por calles atestadas de vida y permanecer inmóvil en una postura. Esto último parecía desafiar el devenir del tiempo.

Lo único que Bluebell podía oír en su soledad era el tictac del reloj de pared. Estaba convencida de que de pronto podían caber tres días enteros en una hora.

Para cuando llevaba ocho horas con la mirada orientada hacia la pared, Bluebell había dejado de sentirse las pantorrillas, tenía el

cuello rígido por la tensión y notaba las plantas de los pies tan hinchadas que habría ganado un par de centímetros de estatura. Aunque estaba muerta de cansancio, su mente no había dejado de trabajar instigada por el látigo del diablo del hombro para maldecir una y mil veces a lord Charles Witherow.

Tenía la herida de la rabia en carne viva cuando la puerta se abrió cuarenta y cinco minutos antes de la hora estipulada.

—Espero que haya podido reflexionar sobre su comportamiento, señorita Corrin. Con un poco de suerte habrá llegado a alguna conclusión favorable.

Bluebell se envaró al oírlo.

Aun desorientada por el largo rato que había pasado en la única compañía de la cadencia de su respiración, todo su ser reaccionó con violencia a su llegada. Dio media vuelta con la boca ya abierta para proferir un insulto que su magnífica señoría no habría oído jamás en su vida de abolengo, pero él la calló con frialdad:

—No le he dado permiso para girarse.

Bluebell apretó los labios.

—¿Para quién sería favorable mi supuesta conclusión, milord? ¿Para usted o para mí?

—Tampoco le he dado permiso para hablar.

Le habría gustado desafiarlo de nuevo. No obstante, comprendía que, por lo que llevaba de día —y de experiencia escolar también—, no tenía derecho a provocarlo de nuevo y obedeció con el cuerpo tenso de rabia. Estaba tan consumida por la intensidad del sentimiento que fue un milagro que escuchara la proximidad de sus pasos por encima del palpitar de su corazón. Se aferró a los puños para contener las malas palabras que su lengua ansiaba escupir, y todo para solo jadear, sobresaltada, cuando Charles utilizó el bastón para golpear la pared a unos centímetros de su rostro.

—Pensaba que era usted más lista de lo que demostraba con su total y absoluta falta de prudencia, y que esto último se debía a una mala educación con posibilidad de mejora —le oyó decir muy cerca de ella. Bluebell alargó el cuello más si cabía—, pero quizá deba empezar a valorar que estoy tratando con una necia sin redención posible.

—¿Llama necios a todos aquellos que no responden a sus agravios con una disculpa abochornada, o solo a los que puede permitirse castigar contemplando una pared, y esto es, ejerciendo abusos de poder? Mi falta de prudencia puede solventarse con un par de lecciones de modales, milord, pero para desprenderme de mi dignidad tendrá que recurrir a correctivos considerablemente más extremos que este. Y no le puedo prometer que vayan a servir.

—Del trabajo de desprenderse de su dignidad ya se encarga usted solita, ¿o cree que alguna de las muchachas que han presenciado nuestro intercambio de pullas se ha marchado pensando que quien ha quedado en evidencia he sido yo?

—No subestime la inteligencia de las mujeres. Que no se manifiesten con la vehemencia que me es propia en contra de su tiranía no significa que no tengan una opinión sobre usted. Una no muy favorable —lo parafraseó con retintín.

—Desde luego eso es lo que yo consideraría inteligencia femenina: que tuviesen una opinión negativa pero se cuidaran de expresarla como hace usted. Veo que no le ha servido de nada el rato a solas y en efecto exige un correctivo extremo. Gírese.

Bluebell vaciló, y no por temor al castigo de categoría superior que prometía la severidad de su tono, sino intimidada por su cercanía y la incómoda revolución de emociones que le suscitaba mirarlo a los ojos. Pero lo hizo sin otro remedio, y, tal y como había supuesto, aquella molesta fibra sensible a la belleza se le retorció en el estómago.

Él había tenido que inclinarse para orientar el rostro en su dirección, un rostro sorprendentemente atezado para tratarse de un hombre que no se habría expuesto al sol jamás sin una sombrilla bordada cubriendo su aristocrática cabeza. Sobre el hoyuelo de la barbilla prominente, la pronunciada curvatura de unos labios mullidos; justo encima, una nariz que parecía el corte limpio de una operación quirúrgica, recta y discreta; y, luego, los ojos, unos ojos grandes pero almendrados de una tonalidad de verde oscuro que le recordaba a un bosque de pinares en invierno.

Siendo testigo de tan gloriosa belleza, Bluebell no podía sino sentirse pequeña, fea y mediocre.

Y lo odiaba.

Charles inspiró hondo y tomó el bastón entre las dos manos en posición horizontal.

—Tengo entendido que las maestras utilizan una regla de madera en estos casos.

—¿En qué casos, milord? ¿En los casos en los que un hombre se siente ofendido con las inofensivas burlas de una jovencita y debe proteger su dignidad a base de golpes?

—En los casos en los que una joven abusa de la oportunidad que se le ha concedido.

Bluebell abrió mucho los ojos.

—¿Cuándo se ha dado tal caso? Esta mañana estaba practicando la lección de la señorita Poitier, es decir, sacando el máximo provecho de mi matrícula gratuita, cuando un tipo malencarado ha decidido molestarme. Que el tipo malencarado resulte ser un miembro de la directiva o la nobleza no cambia la gravedad de su abuso: yo he sido la perjudicada al perder toda una clase mirando la pared. Además, ¿cómo pretende que encuentre marido si solo dispongo de diez días para aprender todo lo que una joven tarda años en asimilar?

—Su pregunta parte de un problema de base, que es que yo no pretendo que encuentre marido. Pretendo justamente lo contrario.

Bluebell jadeó.

—¡Y lo dice sin el menor género de bochorno!

—¿Le recuerdo en qué consiste el reto? Usted intenta casarse o, al menos, comprometerse en los próximos tres meses de temporada. Si no lo consigue, gano yo con lo que eso conlleva: suprimir el programa de subvenciones. No me gusta perder, señorita Corrin.

—No mencionó en ningún momento que fuera a sabotearme para alcanzar la victoria.

—Tampoco mencioné lo opuesto.

—Ya veo. Conque esta es la grandiosa caballerosidad de la que se jactan los aristócratas de la capital —ironizó, fulminándolo con una mirada juiciosa—. Si lo llego a saber antes, me ahorro la travesía al sur. En el norte de Inglaterra ya estaba rodeada de trapaceros. No me hacía falta conocer la galantería envenenada de estos lares.

Él esbozó una sonrisa venenosa.

—La diferencia es que la trapacería resulta encantadora viniendo de los tipos con dinero.

—No, milord. La diferencia es que la trapacería de los tipos con dinero es un defecto del carácter que nace del aburrimiento, de la maldad o de ambos; en cambio, la trapacería de los pobres es un rasgo necesario para su supervivencia.

—Y supongo que eso lo sabe muy bien porque usted misma ha recurrido a las fullerías típicas del vendedor ambulante. —Charles enarcó una ceja inquisitiva. Le dio la impresión de que un destello de interés surcaba su mirada, casi como si hubiera pretendido conducir la conversación hacia ese punto: al que le permitiría conocerla—. ¿Qué otra cosa podría explicar su carácter defensivo y desahogado, sino que haya compartido con su padre la vocación?

—Procuraba ayudarle a optimizar las ventas, si es lo que me está preguntando. No se me caen los anillos por admitir que he trabajado cuando la economía familiar me lo ha exigido. Es más; me alegro de haberme curtido en el mundo del comercio, que solo es un reflejo a menor escala del mundo a secas. De lo contrario, ahora no sabría defenderme de la arrogancia de un aristócrata.

—Pero sabría cómo comportarse en la alta sociedad. Lástima que no se puede desandar lo recorrido, ¿no, señorita Corrin? Si no, tendría la posibilidad de conquistar a un hombre sin necesidad de fingir ser alguien que no es.

—¿Cómo había dicho usted esta mañana? ¿«El ladrón cree que todos son de su condición»? Que usted sea incapaz de verle el encanto a una mujer que no se deja avasallar no significa que no existan los hombres que sueñan con una compañera justa y no con una esclava muda.

—Los hombres que sueñan con una compañera no son los que se prendarían de usted, señorita Corrin. El único que desearía a una mujer de su temperamento sería un sujeto al que le aquejan fantasías de dominación.

Él mismo terminó la frase de manera abrupta, casi con el aliento interrumpido, contrariado por la sonoridad que inevitablemente tenía una oración con la palabra «deseo».

Aunque joven e inexperta, Bluebell no era ninguna ignorante y percibió con claridad el cambio de atmósfera, levísimo pero lo bastante erótico para obligarla a tragar saliva.

—Y no dudo que encontraré a dicho sujeto en un salón de baile, donde empiezo a sospechar que se encuentran los peores especímenes de la humanidad. Deje de preocuparse por la clase de pretendiente que sin duda encontraré y tenga las bondades de no sabotear mi aprendizaje —añadió para frenar cuanto antes el derrotero insinuante de la conversación—, o de lo contrario entenderé que todo vale en esta batalla y yo misma emplearé mis malas artes.

—¿Sus malas artes? ¿En qué consistiría eso? ¿En caminar mal y contestar mal, como viene haciendo hasta ahora? Flaco favor le hará tal cosa.

—Flaco favor le hace a usted perseguirme para reafirmarse en que camino y contesto mal, ¿o acaso no juraba ayer que se moría por perderme de vista? ¿Tanto le aburre la vida contemplativa que se siente impelido a perturbarme?

—Es mi obligación pasearme por la escuela en tanto que debutan las veteranas, señorita Corrin. Cuestión de imagen.

—¿Y no transmitirá una mala imagen que me represente usted en Londres habiéndome perdido una lección de elegancia? Yo no me casaré, pero a milord lo llamarán patán por haber permitido que una pueblerina se colara en su exquisito programa de becas.

Charles debía de haber comprendido por fin que, frente a la agilidad mental de Bluebell, su intimidatoria presencia era el único recurso que le quedaba para escarmentarla, porque le sostuvo la mirada un rato de más. Y consiguió lo que se proponía —escarmentarla—, pero nunca lo averiguaría. Un buen comerciante sabía enmascarar su verdadero sentir, y resultaba que Bluebell era una profesional.

—Usted siempre tiene que ganar la discusión, ¿verdad? —murmuró él.

—Si alguna vez gana usted, sepa que es porque me he apiadado de sus sentimientos —le confirmó con franqueza.

Una sonrisa entre incrédula y admirativa brotó en los labios de Charles, de seguro en contra del desdén que se esforzaba por exteriorizar. Bluebell apostó por que no fue consciente de que de nuevo le había traicionado la curiosidad, como la curiosidad dio su brazo a torcer durante la entrevista; tampoco se percató, o eso esperaba ella, de que la hizo estremecerse tan solo insinuando la hilera de dientes perlados con su gesto de rara simpatía.

Charles renunció al castigo clavando el bastón en el suelo y retrocedió para alcanzarle el libro que horas atrás se había balanceado sobre su cabeza. Echó un vistazo distraído al título, momento que los ojos ávidos de Bluebell aprovecharon para echarle un vistazo al perfil de él. La línea afilada de su mandíbula iba a morir a un mentón insolente y sombreado por la barba.

Nunca antes había sentido la necesidad de alargar la mano hacia otro ser humano y cerciorarse de que era real. Tuvo que hacer acopio de toda su valentía para reprimir el impulso.

—Le convendría leer la novela epistolar en lugar de ponérsela sobre la cabeza —comentó al acercarse. Para sorpresa de Bluebell, se la colocó sobre la coronilla en un gesto informal—. Trata de una joven que pese a verse expuesta a las más tremebundas vicisitudes no renuncia a su virtuosismo y acaba alcanzando la categoría de santa.

—¿Es una pregunta trampa? —Enarcó una ceja—. En primer lugar, milord, si alcanzara la categoría de santa, ¿quién le buscaría a usted las cosquillas? Y, por otro lado, ¿no sabe usted que las mujeres que leen novelas de larga extensión o que simplemente leen demasiado a menudo corren el riesgo de recibir el diagnóstico de histeria?

—Usted no tiene por qué tener una novela en la mesilla de noche para que le señalen actitudes delirantes, señorita Corrin, pero me alegra que le preocupe su imagen —ironizó. Hizo una pausa para reclinarse a un costado de la sala y apoyó una mano sobre otra en el bastón para acto seguido hacerle una indicación con la barbilla—. Vamos a recuperar esa lección que tanto lamenta haber perdido. Camine. Y con la vista alzada, a poder ser. Incluso si no hay nada en

su campo de visión con la suerte de tentarla —apostilló con perverso regocijo.

Bluebell contuvo una sonrisa para no darle el gusto de saber que le había hecho gracia.

Si se atenía a las descripciones de carácter que su padre le había proporcionado sobre el aristócrata capitalino, lord Charles Witherow no debería recibir la consideración de insufrible. Era, simple y llanamente, el arquetipo de su clase. Esto no disculpaba su arrogancia, en todo caso la explicaba, pero el problema era que, para Bluebell, una pincelada de soberbia en una personalidad que pudiera permitírselo resultaba interesante. No le divertía que el caballero la humillase y se negaba a perdonárselo; ahora bien, encontraba la mar de cómicos sus contraataques. Incluso refrescantes.

Hacía tiempo que no tenía la oportunidad de desahogar sus frustraciones o solo batallar verbalmente con alguien a la altura de su intelecto. Esto nunca había sido culpa de su entorno más cercano, por supuesto. Marigold no tenía una pizca de sarcasmo en todo su cuerpo, como sí otros atributos de dulzura incontestable, y su tía había sido criada para moverse en sociedad igual que los burros, con las pertinentes anteojeras impidiéndole desarrollar su mundo interior.

Era una pena que hubiese encontrado a un hombre con el carácter perfecto para convertirse en su confidente y amigo en el propietario de la escuela y que este la creyera tan por debajo de él que usara su ingenio para denostarla en lugar de reírse con ella.

Claro que no estaba segura de que, de llegar a darse el mejor de los casos, pudiera ser una buena amiga para él. Bluebell fue dolorosamente consciente de la mirada de Charles sobre su cuerpo en la primera línea recta que trazó pese a estar concentrada en el equilibrio. No se le cayó el libro, pero estuvo tambaleándose como una barca en mar abierto hasta que él la detuvo poniéndole el bastón en el hombro.

—Está tensa —señaló en tono reprobatorio—. Los brazos deben caer con suavidad a ambos costados, no andar rígidos como si guardase una pistola en el bolsillo y estuviera esperando el momento

de desenfundarla. Si le resultara imposible encontrar una postura de reposo natural, puede sostenerse las manos en el regazo, aunque, en mi humilde opinión...

—¿Seguro que es humilde? —masculló por lo bajini, y se aseguró de que la oía lanzándole una mirada rápida. Él apretó los labios para no reírse.

—... es la clase de pose que emulan las carabinas, doncellas y muchachas tímidas, y en usted, señorita Insolencias, podría verse o como un disfraz mal puesto o como una broma de pésimo gusto. Así que relaje los brazos —insistió, y para subrayar su exigencia le dio un toquecito en el codo con el extremo del bastón.

Ella castigó su desafortunada forma de corregirla con un vistazo fulminante.

Inspiró hondo inmediatamente después y se obligó a suavizar la tensión de los hombros y a olvidar que los brazos pertenecían a su cuerpo.

Apenas había caminado unos cuantos pasos cuando Charles volvió a frenarla, esta vez poniendo la vara de madera ante su torso.

—Demasiado rápido —la criticó—. ¿O tiene prisa por ir a alguna parte?

—Por desaparecer de su vista cuanto antes —rezongó por lo bajo.

Incluso sin mirarlo, sospechó que había sonreído.

—Mucha suerte deshaciéndose de mí en el que ahora es mi reino, señorita Corrin. Modere la velocidad, ¿quiere? Bastante ajetreo enfrenta un hombre en su vida cotidiana para que encima su esposa le transmita impresión de apremio solo entrando en la sala.

—¿Está usted seguro de que todos los solteros de Londres son tan exigentes?

—Ni la mitad de lo que por lo visto lo es usted. Aminore la marcha —insistió. Bluebell emitió un suspiro que parecía más un bufido—. Y no resople. Si un hombre quisiera un caballo y no una esposa iría a las carreras de Ascot, no a Almack's.

—E imagine cuántas mujeres respirarían tranquilas si así fuera.

De nuevo la invadió la sospecha de que Charles había sonreído, pero no tuvo que girarse para averiguarlo. Él mismo bajó el bastón que parecía una extensión de su cuerpo y se plantó ante ella, no

para que no se perdiera detalle de su expresión entre divertida y contrariada porque estuviera descubriendo que era ingeniosa, sino para bajarle la cabeza pulsándole el nacimiento del pelo con el pulgar.

El contacto la impactó por lo inesperado, por lo insólito y, sobre todo, por la suavidad que imprimió.

—Si no quiere que todo el mundo se entere de que en el fondo no desea casarse, señorita Corrin, procure no caminar con la barbilla tan erguida. A nadie le gusta que lo miren por encima del hombro, y menos aún a los hombres, que son capaces de condenar a una joven soltera al eterno rincón de las florero por mostrarse altiva.

—Esto de buscar marido parece un terreno sembrado de peligros, o, peor, un acertijo que nunca se puede acertar.

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué cree que hay escuelas para preparar a las reclutas? No es tan fácil aprender a bordear el foso de los cocodrilos, señorita Corrin.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Lo estoy soñando, o he percibido en lord Charles Witherow una suerte de compasión hacia el presente estructurado y el futuro aciago de las casaderas?

—Puede que sea la primera vez que su dudosa imaginación no se impone a la verdad, señorita Corrin. No creo que le sorprenda descubrir que odio tanto el concepto de la educación femenina como usted misma.

—¿Qué le hace pensar que yo odio la educación femenina?

—Su expresión durante la clase de esta mañana. No solo me estaba fijando en su falta de equilibrio.

—Nada inspira más a un hombre a agudizar la vista que el ávido deseo de agraviar a una mujer mencionando cuantos defectos posee —ironizó ella—. ¿Halló algo especial en mi expresión o solo en mi cara que merezca ser denostado, milord?

Charles no se apresuró a devolver la conversación al que parecía su curso natural —discutir acaloradamente—. Se sumió en un silencio pensativo mientras la observaba con una curiosa mezcla de

abstracción y detenimiento, como si quisiera descifrar un enigma buscando las pistas en sus rasgos más bien mundanos.

Bluebell se sintió violentada. Si era de por sí consciente de su falta de atractivo físico, la proximidad e incuestionable gallardía de Charles se lo recordaba de un modo asfixiante.

Era, con diferencia, lo que más odiaba de él. Hacía aflorar en ella unas inseguridades por las que jamás había tenido que preocuparse.

—Le invito a compartir conmigo sus conclusiones —insistió con tal de romper el silencio—. No se corte, milord. Las mujeres trabajadoras carecemos de tiempo para alimentar nuestra vanidad e inevitablemente acaba reflejándose en nuestro aspecto físico.

Creía que insultándose primero aligeraría la decepción que sin duda sentiría cuando él confirmara sus sospechas declarándola poco agraciada. No estuvo preparada para que Charles pusiera a un lado dónde estaba y quién era ella suavizando la mirada con la que no había dejado de incomodarla.

—Su dedicación al trabajo no se refleja en su aspecto físico ni la mitad que su carácter temperamental, señorita Corrin —dijo en voz baja—. Tiene usted unos ojos que parecen un cuchillo en el cuello, y se nota que le gusta afilarlo conmigo.

—Qué insulto tan original.

Charles le devolvió la mirada con intensidad.

—No era un insulto.

Bluebell sintió que perdía el contacto con el suelo que la sostenía.

—¿Era una acusación?

—Puede ser. La acuso de entretenerse mirándome más de lo que debería, algo por lo que podría meterse en problemas en su debut si trasladara su fijación al sujeto inadecuado.

—¿Usted no es ya el sujeto inadecuado?

—No. A mí me gustan sus ojos. Son peligrosos en la medida en que son sinceros.

Se le olvidó que tenía una cara, incluso si Charles la estaba mirando, y se olvidó de que la sostenían unas piernas doloridas por el castigo que él había impuesto de manera injusta. Se olvidó de lo cómico que debía ser que estuviera parada ante un brillante aristócrata con un libro sobre la cabeza. La calculada observación del

caballero la absorbió de manera inexplicable, o más bien lo que esa calculada observación hizo aflorar en su semblante.

Desde que lo había conocido, Charles había tenido pintada en la cara una mueca de profundo aburrimiento, desinterés e irritación, como si todo le molestase. Ahora que estaba a salvo de la banalidad del mundo sensible, felizmente refugiado en sus pensamientos, se le había despejado el sombrío entrecejo y su mirada ya no parecía cifrada, sino las aguas cristalinas de un estanque donde nadaban peces moteados. Un anillo dorado rodeaba sus pupilas, y de este se desprendían pequeños lunares luminosos del mismo color del sol, como los farolillos festivos que siendo niña había visto perderse en el firmamento.

Tuvo que agradecer que Charles rompiera el silencio dando un paso atrás.

—Así pues, y pensándolo bien —dijo él en voz baja sin despegar la vista de ella—, mantenga la barbilla tan erguida como quiera. No queremos que encuentre un marido fingiendo ser una mujer dócil que no es, ¿verdad? Estaría falseando la realidad, y hemos acordado que el único que hace trampas aquí soy yo.

Capítulo 6



—Créeme que me esfuerzo por comprenderte, pero no entiendo por qué esta oportunidad te supone un trastorno —comentó Reginald. No había dejado de perseguir con una mirada libidinosa a las alumnas, que con motivo de la primera velada formal de la escuela se habían engalanado con esmero—. Lo que mis ojos advierten hoy se asemeja a mi definición del reino de los cielos.

—Apuesto a que en ese reino de los cielos tuyo te dedicas a asomarte a los cerrojos de las puertas por si tuvieras la suerte de captar a una muchacha en el proceso de desvestirse —replicó Charles con desdén. Su aportación le mereció una mirada soñadora del hermano mayor. Nunca se ofendía con nada—. Mi labor aquí contempla obligaciones de otra índole, Reggie.

—Hablas como si tuvieras prohibido contemplar otras tantas bellezas mientras tanto. Usa las manos para administrar y dedica los ojos a deleitarte, y demuestra en el proceso que los hombres podemos abordar varias tareas simultáneamente.

—No hay tanto que ver como tú piensas —masculló Charles.

Evitó la tentación de entrar en detalles pegando la boca al borde de su segunda copa de vino. Esperando zanjar la charla con su indiferencia, desvió la atención a los trompos en los que se convertían los miriñaques de colores cuando empezaban los bailes. Hacía rato desde que se había inaugurado la fiesta y las muchachas, ávidas de poner a prueba sus recién adquiridos conocimientos —o solo hartas de aburrirse entre lecciones, almuerzos y la obligatoria hora de la siesta—, se habían lanzado a bailar con sus parientes y viejas amistades.

Solo la familia directa de las criaturas era convidada al simulacro previo a los debuts. La familia directa y, por supuesto, él, cuya función no distaba en demasía de la de las maestras. Había de vigilar el comportamiento de las muchachas y supervisar que la velada se desarrollaba sin incidencias.

Siendo fiel a las responsabilidades de cierta apuesta, Charles se había volcado en vigilar y supervisar a una alumna en concreto, aunque a regañadientes y con el recelo que había descubierto que le convenía anteponer a la curiosidad. La señorita Corrin le había demostrado unos cuantos días atrás que el suyo era un veneno que podía alterar el sistema de un hombre, y a Charles no le había hecho ninguna gracia descubrirse evitando frecuentar según qué aulas a lo largo de la semana por miedo a perder los papeles.

Por desgracia, no haber vuelto a tropezar con ella tras el castigo no le había salvado de tenerla presente en el pensamiento. Para su inmenso bochorno, se había visto en la tesitura de interrumpir más de una ensoñación consciente para regañarse por andar manteniendo conversaciones mentales tan feroces como excitantes con Bluebell.

Esta era una de las razones fundamentales por las que toparse con ella en la fiesta le había empeorado el humor.

Eso y descubrir que el vestido que reservaba para las fiestas también le quedaba tan corto que enseñaba los tobillos.

¿Cómo habían podido permitir que una mujer apareciese en público de esa guisa?

¡Estaba poniendo en entredicho la moralidad de la institución!

—No sé de qué me estás hablando —oyó que decía Reginald. Agradeció que le devolviera a la realidad—. Todavía no he visto a una fea.

Charles le lanzó una mirada socarrona.

—Eso se debe a que las bondades de la juventud obran en ti un efecto anestésico. Eres uno de esos hombres que creen que estar en la flor de la vida ya garantiza la virtud de la belleza.

—Soy uno de esos hombres que abrazan las creencias que harán de su paso por la Tierra una experiencia agradable —replicó en un alarde de sabiduría. Reginald le echó un brazo por los hombros—. ¿Por qué no te unes a mi secta, en la que todo es luz y color?

—Porque, si no me equivoco, la condición para pertenecer a ella es enamorarme de cada mujer que se cruce en mi camino.

—¿Tan malo sería vivir permanentemente enamorado? Te recuerdo que, por segundón que seas en la línea de sucesión, sigues

teniendo la obligación de casarte. Empezar a mirar a las damas con algo distinto de tu inapetencia habitual te ayudaría en el empeño.

—¿Desde cuándo uno debe enamorarse para pasar por la vicaría?

—A lo mejor yo, como marqués, no debo hacerlo —cabeceó de acuerdo—, pero tú, que con tus responsabilidades laborales para con la escuela exhibes características burguesas, quizá debas tenerlo en cuenta. He oído por ahí que la clase emergente se preocupa de sentirse atraída por su esposa.

Charles esbozó una sonrisa que le supo amarga.

Ese era otro de los motivos por los que lady Mabry le había endosado el dudoso honor de sacar adelante la escuela. No había nada más burgués que trabajar, y la difunta había sostenido durante toda su vida que Charles era y siempre sería un pobre diablo con más suerte de la que se merecía, nunca un caballero con todas las de la ley.

—No pienso casarme —sentenció Charles con el hartazgo de quien debía repetir casi a diario sus determinaciones. Cuántas veces no habría tenido la condenada conversación con Reginald—. Como tú bien has señalado, soy un miserable cruce entre aristócrata y pelagatos, una suerte de burgués que en realidad tampoco lo es del todo. Igual que la naturaleza, en su inmensa sabiduría, esterilizó a los mulos para impedir la proliferación de crías de caballo y burro, es mi obligación castrarme a mí mismo para no reproducir más miembros de esta raza aberrante.

La sonrisa de Reginald no llegó a desvanecerse, pintada como parecía haber estado desde su nacimiento en los labios carnosos, pero se tornó hacia la exasperación nada más oírlo.

Huelga decir que él no podía entenderlo, y no solo porque entre las asignaturas de su completísima educación aristocrática no figurase ponerse en el lugar del otro, sino porque, como lo fuera el difunto marqués de Tottenham, era un caballo pura raza: un espécimen de nobleza sin parangón, con la densa cabellera peinada para favorecer la elegante curvatura de sus ondas doradas, los ojos cristalinos de un querubín renacentista y, lo que era más importante, la sangre inmaculada de una madre y un progenitor de digno abolengo.

—Estoy convencido de que padre no te dio la bienvenida a Tottenham Abbey para que te menospreciaras. Si no deseas casarte, muy bien, pero búscate una razón que no desaire las decisiones del linaje, ¿quieres?

—No desairo al linaje; ni siquiera a mi madre. Hablo desde la más pura objetividad, y te digo que todavía no ha nacido mujer que odie hasta el punto de desearle la vergüenza de desposar a un bastardo.

Reginald compuso una mueca que en otras circunstancias habría resultado cómica.

Le arrebató la copa en un movimiento que Charles no vio venir.

—Qué mal te sienta la bebida, hermano. Creo que es el momento de que te pases al vino rebajado. O al agua directamente.

Charles puso los ojos en blanco y se resignó a callar una vez más.

Había oído por ahí que no había mayor ciego que el que no quería ver, pero si el refrán no enunciaba nombres propios era porque no había conocido a Reginald. Tan pronto como se mencionaba una verdad incontestable como que Charles era hijo de la infamia más bochornosa de todas, el heredero se sepultaba a sí mismo bajo capas de negación y se volvía muy cariñoso. Al principio esta actitud exasperaba al menor, que ante todo había ansiado el reconocimiento de las dificultades de su posición y una oportunidad de desahogarse, pero ahora veía el afecto implícito en el afán de Reggie por llevarle la contraria. Así había sido desde el primer día: Reginald no solo tenía un corazón grande para acoger todos los rostros y cinturas de las muchachas bonitas, sino para amar incondicionalmente a su medio hermano como si para el resto del mundo no representara la mitad de una persona, como si para el resto del mundo solo tuviera un perfil bueno y el otro conviniese evitarlo o hasta despreciarlo.

—Anímate, Charles —insistió Reginald estrechándole el hombro—. No todo el mundo prefiere los caballos, ¿sabes? Las mulas son más resistentes al trabajo de carga y tienen una mayor tolerancia a la sed y al calor. Viven más años, también.

Charles lo miró de reojo aguantando la risa.

—¿Desde cuándo sabe tanto milord acerca de las bestias del campo?

—Y, sobre todo —añadió con una sonrisa perversa—, que las mulas no puedan reproducirse no significa que no puedan divertirse intentándolo. La intención es lo que cuenta, ¿no crees?

Tuvo la desfachatez de recorrer la amplitud de la sala con un lento aspaviento, insinuando que el mundo entero era su campo de acción.

—¿Me estás invitando a acostarme con una alumna? ¿Has perdido el juicio?

—En lo personal prefiero perder la vergüenza.

Le guiñó un ojo y así se despidió.

Charles lo vio desplazarse por el salón con una conciencia tal de su cuerpo que pensó que en otra vida había sido bailarín. Su agilidad y su falta de escrúpulos en todos los sentidos también los hacía radicalmente diferentes: la difunta marquesa siempre se reía señalando que su primogénito no caminaba, sino que «mariposeaba». Charles no podía recordar un solo día que no hubiese estado rígido como un bloque de cemento.

Hizo la vista gorda a las tácticas que su hermano empleó para sacar a bailar a una alumna que pronto debutaría. Al menos había tenido la decencia de escoger a una joven con dieciocho años recién cumplidos. No era inusual que un hombre desposara a una muchacha menor, pero Charles siempre le había tenido escrúpulo a las diferencias de edad muy marcadas. Se acordaba irremediablemente de su difunta madre, quien fuera una humilde aprendiz de costurera del teatro antes de convertirse en una quinceañera embarazada de un marqués.

El recuerdo le tensó la mandíbula. Se apresuró a buscar distracciones a lo ancho del salón, y quiso su mirada, en secreto predeterminada, detenerse en la entusiasta charla que mantenía una pareja en construcción. El caballero se le hacía conocido, pero no tanto como las botas —limpias, eso sí— que protegían los tobillos expuestos de la señorita Corrin.

«No hay tanto que ver como tú piensas», le había soltado a Reginald, más por llevarle la contraria que porque lo creyera de veras.

Si bien Charles era un sibarita en comparación con los voraces apetitos de su hermano mayor, se consideraba un hombre observador que podía apreciar la belleza más allá de lo que brillaba a simple vista. Una sonrisa luminosa podía colorear rostros que en un primer momento no resultaban vistosos; un caminar pausado, casi seductor, suplía la carencia de una figura de reloj de arena; una personalidad chispeante y un ingenio fuera de serie dotaban de vida e interés lo que de lejos no conseguía captar la atención. Su apreciación de las mujeres le había llevado a disfrutar de un puñado de aventuras eróticas a lo largo de sus veinticinco años de vida.

No todas sus amantes fueron canónicamente bellas, pero sí dueñas de un atractivo indiscutible.

No podía jurar que el alumnado hubiera sido bendecido con alguna de estas dos gracias —belleza o encanto—; a diferencia de Reginald, no había nacido con la absurda vocación de valorar a toda mujer que se paseara por su campo de visión. Pero sí podía confirmar que había mentido con descaro al acusar de mediocre a la señorita Corrin. Un rato a solas con ella y a una distancia imprudente de su rostro habían bastado para devolverle la visión objetiva, así como para sembrar una semilla que no debería germinar bajo ningún concepto: la semilla del deseo.

Todo el desahogo que no había encontrado denominándose bastardo ante Reginald o buscando la compasión de sus amantes se lo había brindado Bluebell con su habilidad para encajar los golpes, habilidad del todo inspiradora. No estaba orgulloso de admitir ante sí que provocarla era un caramelo; para empezar, todavía estaba tratando de aceptar que fuese más goloso de lo imaginado. Pero en la última discusión había visto muy claro que encontraba estimulante su insolencia, y que esa estimulación, sumada al descubrimiento de su belleza a resguardo, se había cristalizado en una excitación tan impropia como devastadora.

Había estado a punto de besarla, por Dios.

Y ella no era estúpida, así que tenía que haberse dado cuenta de que lo había embelesado.

Afortunadamente, no parecía que su impulso amarrado a tiempo la hubiese afectado. Se la veía cómoda alternando con el señor

Pharrell, un nuevo rico con ademanes impacientes y talento para las cartas. Había coincidido alguna que otra vez con él en White's y había evitado formarse una opinión sobre su carácter.

Habría sido injusto juzgarlo después de haber perdido una partida.

—Milord —lo llamó una voz femenina. A Charles le costó retirar la vista de la sonrisa afable de Bluebell para centrarse en la directora —. Espero que esté disfrutando de la velada. ¿Me concedería un minuto de su tiempo para charlar con usted?

—¿A propósito de qué?

—De la señorita Corrin. No he querido abordarle antes al respecto porque deseo confiar en su buen hacer, pero estaría desatendiendo mis obligaciones como cabeza de la escuela si no le pidiera que, en el futuro, cuidara de la reputación de las alumnas evitando quedarse a solas con ellas...

Le gustó que la directora hubiera ido al grano, igual que le gustó en su momento que, sin perder la compostura, le transmitiese su desacuerdo.

No estaba orgulloso de dejarse ablandar por la dedicación de la señorita Lacraft, entre otras cosas porque su intención seguía siendo desarticular la institución, pero ¿cómo no respetarla? ¿Cómo no escucharla? Sus peticiones y reclamos no estaban fuera de lugar. Era él quien se había propasado desde el primer día, quien había caído en la trampa de abusar de su poder para desquitarse con Bluebell. Le turbó pensar que dicho antojo hubiera sido disfrutar a solas de una discusión acalorada con una muchacha, pero en lugar de darle cuerda a esa merecida reprimenda, se centró en el discurso de la señorita Lacraft y aceptó su culpa sin sacrificar su autoridad.

Para cuando la directora había terminado y lo había dejado de nuevo en compañía de sus pensamientos, Charles descubrió que la señorita Corrin y su pretendiente ya no estaban en la esquina que habría sido cómplice de sus secretos. Tampoco bailaban la cuadrilla en el corazón de la sala. No los localizó junto a la mesa de tentempiés o dando conversación a las jovencitas tímidas que ansiaban hacerse a un lado mientras les fuera posible.

Habían desaparecido del salón.

Capítulo 7



Mientras cruzaba el pasillo con el ceño arrugado, Charles luchaba por no cuestionarse el porqué de su interés en conocer el paradero de la señorita Corrin. Se convenció de que estaba cumpliendo la que era su tarea, nada distinto de garantizar que se respetara el mínimo decoro, y que era estrictamente necesario que las alumnas estuvieran a la vista y acompañadas de las maestras en lo que durase la velada.

Aunque la fiesta se había organizado en el salón principal, los parientes tenían permiso para desperdigarse por las zonas comunes de la planta baja. Había quienes incluso se habían animado a pasear por el palacio de cristal que parecía el invernadero en días primaverales o bordeaban el edificio para disfrutar de cierta intimidad.

Una intimidad relativa y sujeta a la supervisión de las respectivas carabinas, claro estaba.

Charles tuvo que sortear a algunas parejas y grupos de familiares para husmear en las habitaciones. Se asomaba en busca del cabello ni rubio ni castaño de Bluebell con una discreción que esperaba que no se interpretara como sospechosa. Por el momento estaba consiguiendo engañarse a sí mismo, pero desconocía si quienes lo miraban con extrañeza veían en su rostro la contrariedad de no encontrarla por ninguna parte.

Conociendo a la escurridiza y rebelde señorita Corrin, estaría en un rincón improbable tramando planes secretos para derrocar a la nueva reina. O, peor aún, para derrocarlo a él. O a lo mejor solo se había retirado al tocador para empolvarse la nariz. O quizá estuviera en sus aposentos descansando de la extenuante socialización que le estaba deparando la noche.

Charles podría entender esto último. Nunca había sido el hombre más interesado en formar alianzas con sus pares mediante charletas banales, y raras veces encontraba en veladas de aquella índole a un

solo sujeto lo bastante interesante para entablar conversaciones decentes.

Se dijo que Bluebell se habría aburrido del carácter superficial de los invitados y habría corrido a esconderse donde nadie pudiera molestarla. La vida le demostró lo equivocado que estaba cuando pasó por delante de la biblioteca y le pareció oír el acento norteño de la joven.

Se detuvo en tensión y lanzó una mirada a la puerta entornada que podría haber abierto un boquete del tamaño de una mirilla.

Como si así pudiera ver qué sucedía al otro lado.

Con una sensación de ahogo oprimiéndole el pecho, agarró el pomo y empujó con premeditada suavidad para asomarse por una rendija.

El señor Pharrell le estaba contando una batallita la mar de divertida a su encantado público, que no era otro que la sonriente Bluebell; una Bluebell que Charles no había tenido el gusto de tratar personalmente. Algo le dijo que lo único que evitaba que el caballero le hubiese puesto la mano encima era que sostenía entre los dedos un libro de proporciones significativas. Por lo demás, se habían acercado todo lo que no habrían debido hacerlo en presencia de las maestras.

Que el señor Pharrell era de la misma estatura de Bluebell no hacía sino acentuar la proximidad entre los dos. Movía los labios casi sobre los de la muchacha.

Charles abrió la puerta del todo para dar a conocer su presencia. No le gustó un pelo que estuvieran tan enfrascados en la charla que ni se hubiesen dado cuenta de que tenían compañía. Bluebell fue, no obstante, la primera en romper el contacto visual para reconocer su interrupción. Fue, también, la primera en hacerle saber que la disgustaba que se estuviese entrometiendo, que quería que se marchara de inmediato y que no se avergonzaba de nada de lo que estaba haciendo.

—Ha tenido usted suerte de que haya sido yo y no la señorita Lacraft quien ha sentido la llamada de la literatura, señor Pharrell —dijo Charles, erguido bajo el umbral con la mano aún sobre el pomo —. La directora no habría dudado un segundo en acusar su

atrevimiento y exigirle que se hiciera cargo de la indecencia mediante el pertinente sacramento.

—Oh... ¡Oh! —exclamó el aludido con los ojos como platos. Una expresión de categoría parecida había exagerado en las mesas de juego para que lo tomaran por necio y, de este modo, asegurarse la victoria—. Discúlpeme, milord. Me he dejado llevar por el entusiasmo de mostrarle a la señorita Corrin mis lecturas predilectas y he acabado excediendo su confianza. Lo siento, querida —le dijo enseguida a Bluebell, y le puso una mano cariñosa sobre el dorso para reafirmar su disculpa—. Casi la pongo en una situación de difícil arreglo.

«¿Querida?», estuvo tentado de repetir. «¿Cómo que "querida"?»

¿Y por qué ella sonreía para restarle importancia?

¿Por qué de pronto sonreía tanto, a secas?

—Vuelva al salón antes de que cambie de idea y decida informar a la señorita Lacraft de lo ocurrido —le dijo al señor Pharrell.

Los tres acordaron tácitamente no expresar en voz alta lo que quedó implícito: que Charles le había dirigido la orden a la persona equivocada, pues a quien le correspondía dar directrices era a su alumna y no a un hombre libre.

El señor Pharrell aceptó la reprimenda con un asentimiento y desapareció, no sin antes intercambiar con Bluebell una sonrisa cálida pero no por ello carente de humor. A Charles le pareció presentir entre ambos la chispa de la complicidad, y se preguntó si acaso se conocían de antes o en ese rato a solas se habían conocido lo bastante a fondo para cruzar la línea de la cordialidad.

El caballero no llevaba ni cinco segundos fuera de escena cuando Bluebell, sin decir media palabra, imitó su recorrido con la intención de volver al salón.

Charles la frenó con su tono exigente antes que con el obstáculo de su cuerpo, que de todos modos interpuso entre la única salida y ella.

—Veo que se ha tomado tan en serio la apuesta que no le importa sacrificar los escrúpulos para salirse con la suya.

Bluebell alzó la barbilla para encararlo. Ni rastro había de la calidez que la había rodeado como un halo en presencia de Pharrell.

—No me cabe la menor duda de que hay hombres que piensan que una mujer debe carecer de escrúpulos y de respeto por sí misma para cruzar el umbral de una biblioteca —le respondió sin alterarse. Nunca se alteraba—, pero me sorprende que usted sea uno de ellos. A fin de cuentas, está a favor de que las mujeres estudien, o de lo contrario ya habría mandado demoler el edificio.

—Estoy a favor de que las mujeres estudien etiqueta y modales, y no por gusto personal, sino para demostrar que han aprendido algo evitando echarse a perder con comportamientos indecentes.

—No es mi asignatura preferida.

Después de poner los ojos en blanco, intentó esquivarlo para salir, pero él la frenó.

—¿Cuál es, entonces? ¿Anatomía masculina? Eso es lo que pretendía estudiar quedándose a solas con el señor Pharrell en una habitación con la puerta entornada, ¿no?

Bluebell pestañeó una sola vez en lugar de dar a conocer su opinión. La acusación de Charles era lo bastante peliaguda para que se defendiera con el fervor que le era conocido, pero ella respondió con calma.

—Por esa regla de tres, ¿pretendía usted estudiar anatomía femenina cuando se quedó a solas conmigo en el aula?

Charles se enderezó, escarmentado por el giro.

—Yo pertenezco a la cúpula educativa, señorita Corrin. Que se entreviste conmigo para cumplir su castigo no tiene las mismas connotaciones que aceptar la invitación de un extraño.

—No es un extraño. Es un pretendiente y se llama Richard Pharrell. —Charles tuvo que fijarse en que tenía las cejas muy finas y rectas, de pelo pobre, pero sabía darles la utilidad adecuada arqueándolas para subrayar su osadía—. ¿Es eso lo que le ha empeorado el ánimo, milord? ¿Que ya haya encontrado un pretendiente?

Charles cerró la mano en un puño sin darse cuenta.

—Me empeora el ánimo que se valga de tácticas más antiguas que el mundo para conseguirse un admirador, señorita Corrin.

—¿No acordamos que las trampas iban a estar permitidas? Si no lo hicimos de palabra, al menos quedó claro cuando admitió usted

haber saboteado mi primera clase de modales para que fracase en Londres.

—No me parecen unas trampas equitativas.

—No me diga que el ladrón tiene un código de honor —se burló ella. No cambió el tono, no sonrió con desdén, pero era una burla; Charles sentía en sus adentros como un presentimiento cada una de las intencionalidades de Bluebell—. La próxima vez escriba en un papel lo que me está permitido y lo que no a la hora de buscar marido, y ya le haré saber si estoy conforme o si me negaré a adherirme a sus caprichos.

Charles evitó que Bluebell diera la conversación por zanjada agarrándola del codo.

No era la primera vez que la tocaba, pero fuera porque la discusión le había electrizado el vello a ambos o porque por fin se desvelaba como tóxica al tacto, el roce envió una corriente al centro de su cuerpo que le produjo un leve escalofrío. Ella tuvo que sentirlo también, porque la piel que la manga francesa dejaba a la vista se le puso de gallina.

Bluebell lo miró de soslayo; él la miraba directamente.

—No es un capricho propio querer que respete el decoro, señorita Corrin. Pretendo demoler el edificio, como usted muy bien ha dicho, pero en tanto que llega el feliz día, evitará que la honorabilidad de la escuela quede en entredicho con escapadas como esta. Si fracasa en la búsqueda de marido, no será llevándose por delante el buen nombre de esta institución, que resulta que está vinculado al mío.

—Como vinculada está su mano a mi brazo ahora mismo. ¿Eso no pone en entredicho la honorabilidad de su escuela? —contraatacó con voz neutra. Charles la soltó a regañadientes y ella se llevó la mano a la muñeca, como si lo necesitara para suavizar una presión que él no había ejercido—. No sé qué cree que puede suceder entre una joven y un caballero que se reúnen en una biblioteca para charlar sobre sus lecturas favoritas. La puerta estaba entreabierta y en el mismo pasillo hay decenas de invitados.

—¿Qué creo que puede suceder, dice? —se le escapó una carcajada amarga—. Seguro que me imagino muchas más

situaciones límites de las que su mente inocente podría concebir, o de lo contrario no habría corrido el riesgo.

Bluebell fingió sorpresa levantando las cejas.

—¿Ahora se está preocupando por mí?

Charles llegó al límite de su tolerancia con la última provocación pasiva y terminó de cerrar la puerta tras él. Giró la llave que, en un acto de temeridad imperdonable, los criados habían dejado en la cerradura, y se acercó a la pasmada Bluebell con la determinación brillando en los ojos.

—Con independencia de lo que hubiera hecho teniéndola a su merced, esto ya habría bastado para que la obligaran a casarse con el señor Pharrell —anunció en un falso tono comedido que escondía una emoción visceral.

—Le recuerdo que mi objetivo vital, además de mi interés personal de cara a la apuesta, es desposarme. ¿Por qué me vende el matrimonio forzado como si debiera asustarme? ¿Y si eso hubiera sido lo que yo esperaba que sucediera al aceptar su invitación a la biblioteca?

A Charles no le sorprendió tanto descubrir su motivación como el hecho de que la admitiera sin tapujos. Pero lo que en realidad le cazó con la guardia baja fue su reacción corporal a la confesión: una chispa violenta se prendió en la fragua de sus entrañas y le instó a avanzar hacia ella con el cuerpo en tensión.

—¿También habría esperado y aceptado con entusiasmo que el tipo se hubiera propasado con usted? Dijo el día que nos conocimos que el mundo la había enseñado a lidiar con fantoches, pero denota usted un flagrante desconocimiento del modo en que se conducen los lujuriosos. El señor Pharrell podría haberle dado una vuelta a su inocente estrategia y haberla sometido a placer —masculló en tono amenazante.

Para ilustrar a qué se refería, le rodeó la cintura con un brazo y la pegó a su pecho.

Bluebell lanzó al aire un jadeo apenas audible y, ni corta ni perezosa, llevó las manos a la espalda para agarrar su antebrazo masculino con firmeza. De un tirón seguro, se libró de su agarre y

huyó por su costado para internarse por unos cuatro pasos veloces en la estancia.

Desde allí lo miró con un brillo retador en los ojos.

—Entonces yo me habría desembarazado de él con agilidad y me habría escabullido sin ser vista.

Charles enarcó una ceja sin atreverse a moverse. Ella también permaneció inmóvil.

—¿Cree que ahí habría acabado todo?, ¿que la resistencia y el rechazo de una mujer disuade al hombre del que es su deseo? Le aseguro que su actitud mojigata después de haberlo guiado a una habitación solitaria le habría resultado, en el peor de los casos, una provocación vacía por la que habría tenido que pagar, y, en el mejor, un juego en el que chocan dos voluntades. La habría perseguido —continuó yendo hacia ella a paso ligero. Bluebell se enderezó, advertida del peligro, y aunque reaccionó a tiempo escabulléndose hacia la puerta, no pudo evitar que Charles la acorralase entre su cuerpo y la pared. Destruyó cualquier intento de ella por revolverse con un empellón que disolvió el aire y la libertad de movimiento entre los dos. Sujetándola con firmeza por los brazos y presionando las caderas contra la cintura femenina, la miró a los ojos—, y una vez inmovilizada, le habría hecho lo que se le hubiera antojado.

—El señor Pharrell no es como usted lo describe —se defendió Bluebell con un resuello. La actividad la había despeinado y un mechón caía entre sus ojos almendrados—. No se me habría ocurrido quedarme a solas con un hombre capaz de hacerme algo así.

—¿Y cómo distingue a los hombres capaces de los incapaces? Me parece a mí que tiene usted en demasiada estima su inteligencia, señorita Corrin. Solo Dios en persona conoce las bondades o falta de ellas que se esconden en el corazón humano.

—No soy Dios —murmuró Bluebell después de tragar saliva—, pero soy una mujer, y las mujeres tenemos algo denominado intuición, que es un don divino.

—¿Y qué le dice su intuición sobre mí? —la provocó con los ojos entrecerrados. Cansado de ver el mechón tendido entre los dos, haciéndole a ella unas molestas cosquillas en la nariz, Charles se

inclinó y se lo retiró con los labios, dándole un beso indirecto—. ¿Soy bueno o malo?

Bluebell alzó la mirada hacia él. Captó la debilidad en las profundidades de aquellos ojos de lava disfrazada de miel, y por un segundo sintió un vértigo atroz porque pudiera estar pensándolo; porque le pudiera caber la menor duda de que era bueno.

¿Cómo no iba a vacilar ante una pregunta sobre su verdadera naturaleza si no le había mostrado más que su tiranía? Raro era que no se hubiese inclinado directamente por nombrarlo rey de la perversión. Y aunque a Charles, como a todo hombre cristiano, le hubiese gustado darse a conocer como un buen hombre, un fuego escondido dentro de él le incitaba a reconocerse en el demonio que abusaba de su autoridad para tocar a una alumna.

Entonces entendió que con ella había sido terrible desde el principio porque *quería*.

Quería poder ser terrible con ella.

—¿Hay que ser bueno o malo para hacer esto? —insistió, y le soltó un brazo para, con la mano ahora libre, agarrar la falda con su par de capas de enaguas desgastadas y subírsela hasta medio muslo. No miró abajo; más le interesaba averiguar si el sonrojo brotaba en las mejillas de Bluebell o no existía, como era su sospecha—. Yo diría que solo hay que ser un hombre a solas con una mujer que le ha dado libertades con su consentimiento.

Esperó a que ella dijera que no le había dado su consentimiento. Al menos, no de palabra. Pero por Dios que era cierto que algunas mujeres se comunicaban con la mirada: donde siempre había habido reto y recelo, brillaba ahora la rendición. Su cuerpo estaba tenso ahí donde las emociones se agolpaban para asfixiar a los románticos —en la garganta, en el pecho— y laxo en las partes que entregaba por voluntad, que eran todas las demás.

Charles actuó sobre la base de dos certezas: que ella había entreabierto los labios para que le ilustrara el peligro que había corrido, y que si no la besaba se arrepentiría el resto de su vida.

Arrugó en el puño la porción de tela que había seguido sujetando y lo pegó a su cintura, el que escogió como punto de apoyo una vez sus bocas se tocaron. Hacía meses desde la última vez que Charles

había disfrutado de un encuentro carnal y, sin embargo, no halló en su memoria una sola experiencia remotamente parecida a sucumbir al fragor de Bluebell Corrin. Ella no era una actriz, ni una cantante de ópera, ni una viuda con afán de aventuras; no era, tampoco, una alumna inocente o una pobre jovencita, y ni siquiera una fantasía idealizada por la enemistad que habían construido. Era un toque de atención fresco y a la vez abrasador; algo como besar sus propios defectos, sus propios miedos, sus propios errores, y que de alguna manera supieran a gloria bendita.

Charles gruñó al aplastarse más aún contra ella. Parecía que su puño quisiera dejarle el sello de los nudillos al costado de Bluebell, que al día siguiente despertara marcada, pero era el único modo que tenía de desahogar el deseo contenido. Creyó vaciar la tensión pasional empujando la lengua de Bluebell con la suya y dirigiendo la dirección de su rostro y el movimiento de sus labios con la autoridad que se había otorgado a sí mismo. No le pidió destreza, sino naturalidad, y eso fue lo que obtuvo: si ella no había besado antes, que era lo más probable, no lo parecía. Y es que el deseo era el maestro del disfraz, pues enmascaraba la inexperiencia de tal manera que Charles creyó estar besando a una mujer que había tocado cien veces antes.

Fue un error pensar que calmaría sus ansias por violento y desesperado que fuera el beso. Sus energías fluían hacia el cuerpo de Bluebell, pero luego regresaban a él con mayor intensidad. Comprendió que estaba condenado a seguir depositando en sus labios una rabiosa lujuria que de inmediato le era devuelta, y que esto era un ciclo repetitivo, frustrante a la par que maravilloso, porque la divinidad le estaba castigando por incauto.

No estaba haciendo lo correcto. Lo había sabido antes de embarcarse en la fantasía de sus besos y no le había importado, pero la sensación de estar siendo un déspota se fue agrandando hasta ocupar un espacio imposible de ignorar. Y no podría haberse separado de ella, aturdido y abochornado, en un peor momento: cuando se retiró en contra de sus más primarias voluntades, tenía la sangre casi evaporada, la piel en llamas y un dolor en la entrepierna que podría haberle mareado. No ayudó en absoluto que Bluebell le

preguntara con una mirada herida el porqué de su cambio de opinión, y si bien esta rebelión suya contra hacer lo correcto le hizo sentirse más aliviado incluso que halagado —significaba que era correspondido, a fin de cuentas—, tuvo que aferrarse a su decisión.

—Esto es solo un ejemplo de lo que podría sucederle si sigue aceptando propuestas indecentes, señorita Corrin —le dijo con la voz tan grave que no se reconoció a sí mismo. Con todo el dolor de su corazón, soltó el amasijo de tela arrugada de su falda y se retiró con el dorso de la mano pegado a los labios—. Como no quiero que olvide las consecuencias a las que se enfrentaría si sigue haciendo fechorías, escribirá quinientas veces en un papel y para el próximo viernes «No volveré a desobedecer a milord». Procure tener lista la tarea para cuando la supervise.

»Y si no ha cumplido, no dude que recibirá otra reprimenda a la altura.

Capítulo 8

—Estuve condenada desde el principio.

Aunque Bluebell se había pronunciado por lo bajini con el único fin de desahogarse, su hermana, que tenía todos los instintos finísimos, la escuchó desde el tocador inmediatamente opuesto. A través del espejo que le ofrecía una vista de su cabello fino recogido en un moño de viuda, observó que Marigold se giraba en el taburete para enarcar la ceja en su dirección.

—¿Qué quieres decir?

Como a esas alturas carecía de sentido seguir ocultando la verdad, Bluebell suspiró y depositó el cepillo junto a los polvos de maquillaje. Miró el rostro de su hermana con una mezcla de vergüenza y cariño, siempre cariño.

—Quiero decir que voy a fracasar con estrépito, Poppet. No llevo ni una semana recibiendo las lecciones que la joven promedio estudia durante tres, cuatro y hasta cinco años y ya pretenden que me presente ante la reina con una venia aceptable. —Sacudió la cabeza con los labios apretados—. Estaba sentenciada mucho antes de llegar a la escuela, pero mi orgullo me impidió aceptarlo. Al menos tengo la seguridad de que en tu caso será distinto; gozarás de al menos un año de preparación antes de tu debut.

«Si lord Charles Witherow no se cobra la victoria de su apuesta antes expulsándonos a ti, a mí y al resto de las muchachas que se postulen al patrocinio escolar», se cuidó de agregar.

Marigold abandonó la que era una de sus actividades preferidas —emperifollarse y, una vez hubiera terminado, regocijarse en el deslumbrante resultado— y se levantó para confrontar a su hermana con los brazos en jarras.

—¿Que vas a fracasar? ¿Dónde está la jovencita que hace tan solo unos días me reprendió por haber dudado de sus...? ¿Cómo lo llamaste? ¿«Habilidades retóricas»?

—Desafortunadamente, no es con habilidades retóricas con lo que se conquista a un caballero, y ni mucho menos a Su Majestad la reina de Inglaterra. Tenemos que reverenciarla, no contarle con gracia una anécdota desternillante.

—No estoy muy versada en lo que a la condición masculina refiere, eso lo reconozco, pero apuesto lo que sea a que es injusto suponer que todos los hombres están cortados por el mismo patrón. Alguno habrá interesado en una mujer con tus arrestos, igual que existen señoritas a las que no les importan ni el dinero ni el atractivo físico. Yo no me incluiría en dicho grupo, claro —añadió Marigold con desahogo. Bluebell se rio con su encogimiento de hombros—, pero que no me identifique con los seres curados de vanidad no quiere decir que no existan.

La hermana mayor mantuvo la leve sonrisa en los labios para no preocuparla.

—Poppet, a duras penas he aprendido a bailar la polca, caminar y servir el té. Aún no sé coser, tocar el piano o la flauta, respetar el ritmo del vals o comunicarme mediante golpes de abanico. ¿Qué puedo ofrecer yo, con todas mis carencias, que no vaya a lucir con mayor encanto una señorita que acumula años y años de formación?

—Lo que le ofrecías a los clientes de papá, a los muchos hombres que te perseguían como perros y a mí misma, que bien sabes que tengo decenas de amigas y aun así acudo a ti para divertirme y confesar mis travesuras menos halagadoras: tu asombrosa determinación, tu seguridad en ti misma y tu manera de comunicar tus variadas y siempre valiosas opiniones.

—Una manera de comunicar que de seguro encontrarán impertinente.

Marigold entrecerró los ojos para mirarla de hito en hito.

«Oh, no», habría de lamentarse la primogénita. Aquella era la cara que se le ponía cuando conseguía leer el pensamiento y el corazón de quien tenía delante.

—Es impropio de ti no ya sufrir un repentino ataque de inseguridad, sino manifestarlo abiertamente y sin el humor que te caracteriza. Ha ocurrido algo, ¿me equivoco?

Revisando sus últimos comentarios lapidarios, Bluebell tuvo que reconocer que se había dejado al descubierto. Veía en la amarga sazón de sus propias palabras una pizca del desprecio que Charles había vertido sobre ella, y que a base de bien había conseguido diezmar sus defensas. Odiaba que pudieran oírse o sobreentenderse en sus lamentos las críticas del caballero. Por suerte, reconocer lo que estaba sucediendo bastó para que Bluebell recobrara el juicio y se irguiera con la obstinación que la caracterizaba.

—Me he levantado con el pie izquierdo, eso es todo. Y no estoy acostumbrada a lidiar con los nervios previos a una puesta de largo. Al fin y al cabo, nunca antes he tenido que enfrentarme a este tipo de novedad. Pero no hay nada que temer —atajó al fin—. El simulacro de baile que se celebró hace dos noches sirvió para demostrarme que puede haber caballeros interesados en mí. El señor Pharrell me transmitió cuánto estaba disfrutando de mi compañía.

—¡Esa es la actitud! —le celebró Marigold. Le estrechó los hombros en un gesto fraternal y aprovechó para robarle un beso en la mejilla, demostrativa en sus afectos como era—. Recuerda, además, que voy a estar a tu lado de principio a fin... Es decir, no me permitirán acudir a Almack's o dondequiera que vaya a celebrarse el debut, pero te esperaré en Mabry's Place con ansias por escuchar tu relato y te consolaré si es preciso.

—No lo será —decidió Bluebell.

—Por supuesto que no. Al final, es solo la reina de Inglaterra a quien vas a conocer en primerísima persona dentro de un par de noches. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que te mandara a la horca? —Marigold hizo un gesto desenfadado—. En peores tesituras se han visto las hermanas Corrin.

Bluebell soltó una carcajada que selló el pronóstico optimista de la futura ceremonia. Acto seguido, entrelazaron los brazos para bajar juntas la escalinata principal y reunirse con la maestra de rigor a las puertas del carruaje. Una fila de coches con el mismo blasón —el de la casa de los Witherow, marqueses de Tottenham y de Mabry— aguardaba a las jovencitas de entre diecisiete y diecinueve años que serían presentadas en sociedad al cumplirse cuarenta y ocho horas.

El reloj había comenzado ya su cuenta atrás.

A pesar de que todas las muchachas alardeaban de una educación sin tacha, en los alrededores de la escuela se había armado un barullo de padre y muy señor mío. La mayoría tenía los nervios a flor de piel y no podía disimularlo en su precipitada ruta a los landós, en sus breves y agitadas despedidas, en su manera de arreglarse las hombreras y las faldas de los vestidos de viaje.

Bluebell miró hacia abajo y se lamentó una vez más de no haber podido comprarse un traje nuevo en un par de años. La mala fortuna había querido que creciera diez centímetros más, y diez centímetros de tela en el bajo de una falda se notaban si sobraban, pero sobre todo si faltaban, el que era su caso. Las puntas de las botas de montar, las únicas que tenía, le asomaban por debajo. Su aspecto no podía competir con el de la mayoría de sus contrincantes, pues al fin y al cabo eso eran o eso serían en cuanto las arrojasen como perros de pelea al cuadrilátero del salón de baile.

Aunque el zafarrancho allí desplegado invitaba a la distracción, los entrenados ojos de Bluebell cayeron inmediatamente sobre una de las pocas figuras masculinas que dominaban el cuadro. Charles Witherow, impecable dentro de su chaqué y coronado con un elegante sombrero de copa, esperaba a Dios sabía qué —o quién— recostado junto a la puerta del landó. Juzgando por el modo en que acariciaba el borde de su bastón, fuera lo que fuera o fuese quien fuese aquello que aguardaba, llevaba mucho más rato de espera del que su eminencia podía soportar.

Quedó claro que ese algo o ese alguien era Bluebell Corrin en cuanto alzó la mirada hacia la entrada a la mansión y, nada más depositarla sobre ella, todo su cuerpo reaccionó liberando la tensión.

La respuesta de la joven no pudo ser más distinta. Aunque se negó a devolverle el vistazo, sintió la presión de sus ojos oscuros incitándola a aproximarse con la espalda trenzada de la más estricta tensión. Esto Marigold lo captó al vuelo, pero en la línea de mostrarse prudente cuando la situación lo exigía, escogió guardar silencio.

—Señorita Corrin —la llamó Charles al ver que Bluebell pretendía desplazarse hacia el carruaje más alejado—, usted viajará con la

señorita Poitier y conmigo.

Le habría encantado fingir una discapacidad auditiva para seguir la ruta de los landós, pero ese era un desprecio que no pensaba dirigirle a la maestra de Etiqueta y Decoro, que tan concesora y amable había sido con ella. Contuvo la pregunta que le quemaba en la lengua —«¿Me está permitido conocer el porqué de semejante honor?»— y, sin pararse a mirarlo, tiró de Marigold para entrar en el carruaje. Charles le ahorró el trabajo al lacayo abriendo él mismo la puerta y ofreciéndole la mano para invitarla a subir. Bluebell rechazó el dudoso privilegio actuando como si no existiera y tomó asiento junto a la ventana, dirección hacia la que mantuvo orientada la mirada hasta que los cuatro pasajeros estuvieron acomodados.

Tuvo que contener una sonrisa de perverso regocijo al apreciar a través del cristal la que había sido la reacción de Charles: catatónico por el desprecio, todavía se había demorado unos segundos más con la mano lánguida suspendida en el aire. Marigold había aprovechado que permanecía inmóvil para aceptar la galantería reciclada con su habitual desparpajo.

Aunque no osó echar un vistazo para confirmarlo, las sensaciones concentradas en su cuerpo la ayudaron a deducir la disposición de los pasajeros: a su lado se había sentado Marigold y, justo frente a ella, rozándole queriendo o sin querer las rodillas con las suyas, Charles Witherow.

No era culpa suya ser tan alto que a duras penas encajaba en una diligencia privada, pero aun así la indignación le puso a arder las orejas.

¿Cómo se atrevía a tocarla de nuevo sin su consentimiento?

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la capital, señorita Poitier? —preguntó Bluebell, mirando a la maestra.

La susodicha apenas alcanzó a separar los labios antes de que la interrumpieran.

—Dependiendo de las condiciones del clima, la ruta rondará las seis horas —respondió Charles.

—¿Cuál será nuestra hoja de ruta hasta que se celebre el debut? —insistió Bluebell, manteniendo los ojos puestos con fijación en el rostro de la educadora.

—Dado que llegaremos a Mabry's Place sobre la hora del almuerzo, habrá una comida en común en la mansión y más tarde se llevará a las alumnas a pasear por Hyde Park —volvió a responder Charles.

Bluebell desvió la mirada a la ventanilla y no medió palabra. Incluso sin atender a su reacción, supo que el caballero permanecía vigilándola con una mezcla de indignación y desamparo a la espera de que le agradeciera la información o solo reconociera su presencia.

No lo hizo.

De hecho, encontró una postura cómoda apoyando la cabeza en la pared del landó y cerró los ojos con la intención de conciliar el sueño. Seis horas de desconexión le vendrían de perlas después de una noche entera revolviéndose bajo las sábanas con un recuerdo indecoroso y muy reciente quemándole en la memoria corporal.

Se preguntó si Charles estaba alardeando de modales esa mañana para compensar las libertades que se había tomado la noche anterior o si solo actuaba como un caballero delante de las damas. Dudaba que fuera lo segundo, dado que no le importó retratarse como el cerdo tiránico que era durante su audición.

Si se trataba de la primera posibilidad, ante esta Bluebell decía: *alea jacta est*[1]*, milord*.

No iba a ponerle tan fácil que restaurara su honor o aplacara su conciencia.

Besarla había sido algo sencillamente imperdonable.

También algo inolvidable, por otro lado.

Pero Bluebell siempre preferiría regodearse en la rabia antes que en la nostalgia.

—Vengo sabiendo que no le profesa usted una gran simpatía a la mínima educación, señorita Corrin —le llegó a través del aire viciado del carruaje—, pero por si acaso no estuviera informada, le recuerdo que es de pésimo gusto dormirse teniendo compañía.

—A mí no me importa, milord —confesó Marigold con voz cantarina—. Es más; si conciliar el sueño la va a ayudar a estar más despierta cuando lleguemos a Londres, lo estimo un mal necesario.

—Yo tampoco tengo nada que objetar —declaró la señorita Poitier con su bonito acento francés—. La señorita Corrin estará sometida a una gran presión en las próximas horas. Considero justo que aproveche estas horas muertas para descansar.

Bluebell tuvo que morderse la lengua para no soltar una carcajada. Incluso sin verlo, apostaba por que al infame Witherow se lo estaban llevando los demonios. Seguro que lamentaba no haber escogido a la señorita Reeves o a la directora como carabina para el viaje; con ellas habría habido una mayor posibilidad de que le dieran el gusto de reprender a la alumna díscola en lugar de ponerse de su parte.

—Aun así, estará de acuerdo conmigo en que es inapropiado —insistió el caballero.

—En mi humilde opinión —respondió la señorita Poitier sin alterarse—, las cosas nunca son apropiadas o inapropiadas *per se*; siempre lo son o no lo son en función de si existe público y de la opinión del mismo sobre la materia. Dado que ahora mismo la señorita Corrin se halla entre familiares, amigos y benefactores, el juicio no existe... o no debería hacerlo.

Bluebell abrió un ojo para mirar, agradecida, el rostro sereno de la francesa, que sí respetaba el decoro viajando con la espalda recta y las manos sobre el regazo, como si ya hubiera cientos de miradas prejuiciosas sobre ella. Comprendió que, con gran elegancia, acababa de declararse su amiga y férrea defensora, y que con ello pretendía cortar cualquier intento de reprensión por parte de Charles.

La señorita Poitier debía de haberse escandalizado con el castigo que le impuso durante la primera clase. Y debía, también, ser de esas personas que nunca olvidaban una afrenta.

Bluebell podía sentirse identificada con una personalidad así, más ahora que la señorita Poitier acababa de guiñarle un ojo.

—Muy bien —masculló Charles.

Aquella pudo ser, fácilmente, la primera vez que el caballero tomaba la decisión correcta. O, dicho de un modo menos diplomático, la primera vez que cerraba el pico por el bien de todos, empezando por el suyo propio.

Tal y como había estimado, arribaron a Eaton Square al cabo de seis horas y cuatro minutos exactos. Además de la vivienda de los legendarios Swansea, una gran familia de seis hijas y sus respectivos maridos con asiento en la Cámara, allí se erigía la mansión que lady Mabry había construido un par de décadas atrás para alojar a las alumnas. Uno a uno, los carruajes fueron deteniéndose a las puertas de la majestuosa escalera de mármol, y una a una, las jovencitas fueron apeándose, algunas con notable fascinación y otras, más privilegiadas de nacimiento, con la conformidad con la que estaban acostumbradas a contemplar los grandes lujos.

Charles bajó el primero para ofrecerle la mano a Marigold, a la señorita Poitier y, por último, a Bluebell. Aún sin mirarlo directamente, sintió en lo más profundo de su ser que él le clavaba la vista con intención y hasta esperanzado en que esta vez sí le concedería el honor de su atención.

Eso no sucedió.

Con tal de evitarse el contacto, Bluebell descendió con un saltito. Por desgracia, y aunque el vestido no era lo bastante largo para enredársele en los tobillos, dio un traspié y a punto estuvo de caer de bruces por culpa de su orgullo. Suerte que Charles estuvo ahí para rodearle la cintura con un brazo de acero, el mismo que el día anterior la había atrapado en un gesto de posesividad y sensualidad incontestables.

El rubor le subió por el cuello y las mejillas, y rezó para que él no lo viera cuando se inclinó sobre su oído para decirle:

—¿Tiene que ser todo el tiempo la mujer más obstinada sobre la faz de la Tierra?

El comentario, aun enunciado con cierta simpatía, bastó para erizar a Bluebell. Se irguió de inmediato, se sacudió la falda y se deshizo de su brazo con cuidado de que desde fuera no se interpretara como un claro desaire.

—Si lo dice porque no he aceptado su galantería, milord, a lo mejor es porque no se ha fijado en que no tengo la mano en condiciones de agarrarse a ninguna parte —le soltó ella sin mirarlo a la cara. Levantó la diestra, que la noche anterior había tenido que vendarse al no poder soportar el dolor del sobreesfuerzo—. Un

tirano sin escrúpulos me obligó a escribir doscientas veces que no volvería a desobedecerle y ahora no me siento los dedos.

—Eso no solo no justifica su indiferencia, sino que la convierte en una contrariedad. ¿O acaso quiere que el mismo tirano la obligue a escribir otras doscientas veces que no volverá a ignorarlo con gran descortesía?

—Ahora no estamos en la escuela, milord. Estamos en la capital, y aquí no tiene ningún poder sobre mí.

Subió las escaleras hacia el recibidor donde el mayordomo se estaba encargando de recoger los abrigos y chales de las huéspedes temporales. Durante todo el camino sintió latir en su costado las huellas de los dedos que la habían sostenido, y de no haber sido porque estaba rodeada por todos los flancos, allí se habría llevado la mano para presionar la zona, no sabía si para conservar su tacto o para tratar de borrarlo.

Capítulo 9

El almuerzo se sirvió con una hora de retraso, pero mereció la pena tolerar el hambre hasta entonces. Quienquiera que se hubiese encargado del recibimiento y del menú se había esmerado para que las muchachas se sintieran bienvenidas, incluso aquellas que estaban allí de prestado y, en opinión de muchos, sin merecérselo del todo.

Bluebell tomó asiento donde el lacayo le indicó con un gesto galante sintiéndose una auténtica impostora. No quería dejarse deslumbrar por los lujos, y creía haberlo conseguido durante su breve estadía en Arlington Abbey, pero Mabry's Place era aún menos austero y los maravillosos trajes con los que se habían ataviado las alumnas para pescar marido ya en su paseo por el parque ponían la guinda al pastel de un cuadro digno de la realeza.

Aunque la luz natural entraba por los ventanales laterales, habían dispuesto candelabros de oro macizo a lo largo de una mesa que podría acoger a treinta comensales. La luz ambarina arrancaba destellos a las en teoría discretas joyas de las muchachas, la mayoría heredadas de antecesoras con título nobiliario y, cuando no, adquiridas para la feliz ocasión. Bluebell y Marigold eran las únicas que, en lugar de pasar desapercibidas con su sencillez, destacaban como una mancha de barro en una alfombra persa.

No llevaba ni diez minutos en el comedor y ya la habían incomodado un par de miradas entre incrédulas y vacilantes de los miembros del servicio.

La diferencia entre Marigold y ella, no obstante, era que su hermana pequeña estaba convencida de que aquel era su sitio y no iba a permitir que nadie lo cuestionara. En un modestísimo plazo de días había conseguido ganarse el cariño y el respeto de muchas de sus compañeras, y el hecho de estar conversando alegremente con las jovencitas a lo largo y ancho de la mesa advertía a quienes

osaran juzgarla de que se había ganado su sitio con algo aún más poderoso e inmutable que el dinero: con su encanto personal.

Bluebell procuraba permanecer recta y firme, segura de sí misma aun en el silencio, pero apostaba por que su determinación a impedir que la hicieran de menos se leía como simple y llana arrogancia.

Al menos, así había interpretado Charles Witherow su actitud.

Por supuesto, el fulano había tenido que unirse al almuerzo.

Él, aun siendo el único miembro masculino, no era sin embargo la mancha de barro en la alfombra persa. Era, en todo caso, la piedra rubí engastada en el corazón de un collar de perlas.

¿Qué diablos hacía ella allí? ¿A quién pretendía engañar? Su padre le había enseñado a sonreír para atraer clientela, a no dejarse amilanar ante un regateo, a complacer al que deseara ser agasajado. Estaba adiestrada para convencer a un obispo de bailar un escandaloso vals. Y podría, sin lugar a dudas, convencer a un incauto de desposarla empleando los mismos dones en su beneficio. Pero una vez se encontrara en la casa de ese futuro marido, una vez tuviese que enfrentarse a las labores de una señora de su casa, y, peor, de su *casta*, ¿qué sería de ella, la humilde tendera de Halifax? Las obligaciones de una condesa, marquesa o solo *señora-de* pasaban por asistir a eventos como aquel, codearse con damas de a pie como las que la rodeaban, estar a la altura de un acontecimiento social de gran envergadura.

Bluebell podía fingir de manera ocasional. Pero ¿tendría que hacerlo toda la vida?

Como cada vez que le entraban las dudas, pensó en su hermana. Gracias al cielo que la tenía sentada a su lado parloteando sobre naderías con la jovencita que le quedaba enfrente y no tuvo que hacer un gran ejercicio de imaginación para recordar que ella merecía esos lujos, estar en la conversación pública, convertirse en una gran embajadora de fiestas.

A la pregunta de qué diablos hacía Bluebell allí solo había una respuesta, pues. Estaba allí para que Marigold pudiese estarlo también. Si ella fracasara, su hermana lo haría asimismo.

La reputación familiar era como un dominó. Si una pieza caía, derribaría todas las demás.

—¿No come, señorita Corrin? —la interpeló Charles.

Bluebell se tensó al recibir la atención de todos y cada uno de los comensales, que evidentemente estaban más atentos a lo que quiera que hiciese y dijera el atractivo dueño de la escuela que a sus propias conversaciones. Aprovechó que tenía las manos bajo la mesa para contraerlas en puños, puños que deseó que aterrizaran en el bello rostro del aristócrata.

¿Por qué insistía en humillarla? ¿No veía que algo tan sencillo como dirigirle la palabra la ponía en el punto de mira, y ella no deseaba llamar la atención?

Charles estaba decidido a conseguir que volviera a dirigirle la palabra, y sabía que ni ella se atrevería a ignorarlo o humillarlo verbalmente en una mesa abarrotada.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Marigold. Bluebell giró la cabeza hacia su hermana, primero sorprendida y luego tan agradecida que podría haberse echado a llorar. Su pequeña Poppet sabía a la perfección que se había referido a la primogénita y, aun sin saber qué diantres se traía con Witherow, había acudido en su rescate—. Un banquete estupendo, milord, aunque reconozco que los nervios me impiden comer con mi ritmo saludable habitual. Me siento tan halagada y orgullosa por haber sido convidada a este evento que tengo el estómago encogido..., pero ¿quién soy yo y qué derecho tengo a sentirme así, cuando son mis compañeras las que mañana recibirán el mayor de los honores ante Su Majestad? Permítanme alzar mi copa, si es que algo así entra en el terreno de la cortesía, y brindar por milord, por las maravillosas maestras de esta institución y por las alumnas, que tan duro han trabajado para convertirse en las grandes señoras del mañana.

Después de un soliloquio semejante, nadie se habría atrevido a puntualizar que Charles se había dirigido a Bluebell y no a ella. De hecho, todo el mundo pareció olvidar que Marigold tenía una hermana. Deslumbrados por su ilusionante brindis, jóvenes y maestras alzaron las copas y rieron encantadas.

No así Charles, que tardó en reaccionar.

Por si acaso no le hubiera quedado claro durante el viaje en carruaje, ahora se veía obligado a aceptar que para llegar hasta Bluebell tendría que pasar por encima de Marigold.

Y Marigold, por más joven que fuese, era de una fortaleza impenetrable.

Bluebell chocó la copa de cristal fino con la de su hermana, que imitó a la señorita Poitier guiñándole un ojo. Se sintió algo menos sola y amenazada sabiéndose protegida por la benjamina. Tanto así que se animó a esbozar una sonrisa relajada y hasta probó de su plato un trozo de muslo de cordero.

La inmensa mayoría de las alumnas no solo había paseado por Hyde Park con anterioridad, sino que se conocía la ruta de Rotten Row y la extensión del Serpentine como las líneas de su mano. Bluebell y Marigold no podían decir lo mismo. Se quedaron perplejas de la impresión nada más apearse del carruaje, ya con los apetitos saciados, a las puertas del legendario parque londinense. Nobles, miembros del ejército y herederos de grandes fortunas con o sin esposa cabalgaban sobre sus hermosas monturas; ellos con chaqué y chistera; ellas con trajes de montar ceñidos e historiados sombreritos ladeados sobre la cabeza. Desde su posición, Bluebell podía contemplar los románticos paseos en barca. Las señoritas, aferrando sus parasoles con encaje, se cubrían las cabezas con primor y cierta coquetería. Sus pretendientes les hacían compañía con la pertinente carabina o bien vigilaban que la embarcación se conducía con la mayor seguridad. Desde la orilla las saludaban con una mano en alto o una venia.

Bluebell no quería dejarse fascinar, pero siempre había sentido debilidad por los espacios naturales y tampoco era del todo ajena a la vanidad femenina. El paisaje no solo era deslumbrante en un sentido estético, sino que sus figurantes ofrecían una estampa a la última moda con sus exquisitos atuendos y modales.

Allí también se sentía intimidada, ridícula, una suerte de bufón que hubiera llegado tarde a la fiesta en la que se le había requerido,

pero era más fácil pasar desapercibida y, sobre todo, disponía, dentro de un margen, de libertad de movimiento.

Tenía entendido que las primaveras en el sur de Inglaterra eran tan lluviosas como en su norte natal; sería una alegría que el clima siguiera desmintiendo este rumor conservando intacto el sol cegador que incidía sobre su humilde sombrero.

El sol no era lo único que la perseguía con fijación, por otro lado. Aunque seguía determinada a ignorar la presencia y proximidad de Charles, resultaba imposible no reparar en su observación. A ratos era hasta doloroso resistir la tentación de girar en seco y espetarle si no tenía otra dama a la que atormentar. Desde luego, había donde escoger: entre las quince alumnas que debutarían la noche siguiente y las otras tantas solteras que ya habían conocido a la reina, el parque parecía, más que un patio de recreo, una oportunidad de negocio. Allá donde mirase, había una deliciosa criatura con el corsé diabólicamente ajustado y un vestido de ensueño encima, lo que significaba que la noche del día siguiente luciría uno todavía más espectacular.

Bluebell volvió a mirar su traje de muselina y contuvo un suspiro.

Odiaba que la hicieran preocuparse por estupideces que nunca antes le habían cruzado el pensamiento.

—¿Qué te parece? —le preguntó Marigold. Había regresado a su lado después de deambular del brazo de una de sus nuevas amigas. Tenía el aliento entrecortado y las mejillas ruborizadas. No le extrañaba un ápice que los caballeros se girasen a mirarla a pesar de la modestia de sus ropas; los hombres no eran inmunes a una belleza natural y libre como la de su Poppet—. ¿No es un lugar de ensueño?

—Demasiado concurrido para mi gusto —contestó con tal de honrar su carácter crítico—, pero se puede disfrutar.

—¿Demasiado concurrido? ¡Eso es lo mejor de todo! —exclamó, y la agarró del codo para caminar hombro con hombro—. Mira a esos dos tortolitos que pasean del brazo con la carabina vigilando a tan solo dos pasos. Mira qué expresión de absoluto desdén lleva la susodicha pintado en el rostro. Está claro que no considera que el pretendiente esté a la altura de su queridísima señora...

—O tal vez la criada esté enamorada del caballero y no pueda disimular sus pasiones —le siguió el juego.

Marigold lanzó un gritito entusiasmado. Desde niña le había encantado mezclarse con los ríos de gente que ahogaban la ciudad y señalar a unos y a otros para atribuirles vidas maravillosas. Era Bluebell la que siempre se unía a la actividad para aportar una perspectiva más ácida; en lugar de historias fascinantes, les colgaba tragedias épicas.

—¿Qué me dices de ese par de allí? Sin duda están comprometidos, y, si no, lo estarán muy pronto.

Bluebell estuvo de acuerdo al seguir la dirección en la que apuntaba la barbilla de su hermana. Una pareja había tomado asiento en uno de los bancos y charlaba a una distancia escandalosa el uno del otro, él tratando de disimular que le miraba los labios, ella inevitablemente sonrojada.

—Apuesto a que acaba de besarla —sentenció Bluebell.

Marigold puso los ojos como platos y frenó en seco. Le tiró con fuerza del brazo.

—¡Dios mío! ¿Tú crees?

—A él se le ve envalentonado, orgulloso de una victoria reciente, y ella ha sucumbido a su lado más femenino agachando la cabeza pero sonriéndole con timidez.

—¿Cómo estás tan segura?

—Solo digamos que lo estoy.

—¿Acaso te reconoces en la reacción de la dulce señorita? —la siguió pinchando—. Porque no creas que no me he percatado de que milord siente fijación por ti, y tú te comportas a su alrededor como una auténtica neurótica. No es propio de tu carácter esforzarte tanto por fingir que no te afecta la proximidad de un masculino. Los hombres nunca te han impresionado.

«Eso no es un hombre», estuvo tentada de decir. «Es una amenaza».

—¿Ves al caballero que monta un corcel blanco? —señaló Bluebell para esquivar la conversación—. Ya debería haber llegado al que quiera que sea su destino, y, sin embargo, no desaparece del todo de nuestro campo de visión. No hace sino dar vueltas para captar el

interés de la dama del sombrero celeste... Lástima que la dama del sombrero celeste solo tenga ojos para el *ranger* que vigila las actitudes de los viandantes.

—¿Qué ranger? ¿El alto de cabello cobrizo con gesto severo?

—Ese mismo.

—Yo también lo preferiría a un molesto dandi que se pavonea a mi alrededor —determinó Marigold con un femenino aspaviento. Luego alzó la voz y añadió—: Odio a un hombre incapaz de aceptar que su compañía y atención no son bienvenidas. Denota una flagrante falta de inteligencia, ¿no te parece? Y si una mujer no puede permitirse la fealdad, un caballero no tiene derecho a ser poco avispado.

Bluebell no entendió a qué se debía la sentencia hasta que reconoció a Charles caminando muy cerca de ellas. Fingía pasear a su aire, pero tenía que haber oído el comentario, porque enseguida terció:

—Otra cosa que tampoco puede permitirse la mujer es la audacia de decir exactamente lo que piensa a viva voz, señorita Corrin.

—¿Me he excedido en mi discurso? —Marigold se puso una mano sobre el pecho, gesto sobreactuado para Bluebell, que sabía cómo se las gastaba, pero de carga dramática ideal para quien no la conocía —. Tan solo expresaba mis humildes preferencias, milord. Antes aceptaría las galanterías de un hombre trabajador que jamás se pondría en ridículo por mis afectos que las de un señorito de postín. Un *ranger* tiene algo que hacer, y por eso está aquí; ¿qué trae al jinete por estos lares, sino la persecución de una mujer que no le ama?

—Con su permiso, le voy a devolver la pregunta, señorita Corrin: una alumna soltera de la escuela de lady Mabry tiene algo que hacer, y esto es, desposar a un noble de cierta categoría; por eso está en Londres. ¿Qué trae por estos lares, entonces, a una jovencita que no desea la mano de un aristócrata, sino la de un tipo de clase media?

—La curiosidad, milord —contestó Marigold sin amilanarse—, y ansias de confirmar o refutar las que cree sus preferencias. A veces una mujer tiene que verse en una tesitura concreta para averiguar si sus inclinaciones eran una fantasía o no se equivocó al anticipar lo

que desea. Esta es la tesitura —abarcó el parque con un brazo— y quizá eso es lo que desearía. —No apuntó al *ranger* con el dedo, pero sí con un discreto cabeceo.

—Entonces está usted en el lugar equivocado.

—Es pronto para decirlo, pues nunca he insinuado que ese *ranger* en concreto sea destinatario de mi devoción..., pero desear a una persona de una clase social distinta a la nuestra no sería una equivocación.

—¿Y qué sería?

—Una rebeldía. Y he de decir, milord, que encuentro toda rebeldía la mar de atractiva.

Charles se limitó a levantar las cejas, Bluebell no supo si sorprendido con la audacia de su hermana menor o solo dándose por aludido con el sutilísimo tirón de orejas.

No estaba de acuerdo con lo que había dado a entender, pero no pudo reprochárselo porque, libre como era —y un poco rebelde también—, Marigold se soltó de su brazo y trotó alegremente hacia donde se encontraba su nuevo grupo de amigas.

—Uno que la conozca menos jamás se habría atrevido a decir que la señorita Corrin es su hermana —señaló Charles con la vista fija en Bluebell. Apenas la había apartado de ella durante la breve charla con la benjamina—, pero yo, que me jacto de haberla calado rápido, veo las similitudes entre las dos. Marigold Corrin solo es más carismática al exponer sus argumentos, pero sigue siendo igual de insolente que su querida Bluebell.

¿Era la primera vez que pronunciaba su nombre, o solo la primera desde que la había besado? Cualquiera que fuese el caso, reaccionó a la pequeña intimidad como si sus labios la hubieran tocado de nuevo, y entre abochornada e indignada por su inapropiada respuesta corporal, cuadró los hombros y espetó:

—Por la cuenta que le trae, espero que aunque vea el parecido entre las dos no se le ocurra dispensarle a Marigold el trato que me ha dirigido a mí.

—¿Me está amenazando? —Hizo una pausa para entrecerrar los ojos con sorna—. ¿Otra vez?

De seguro esperaba un divertido contraataque. Bluebell no se lo proporcionó. Lo miró a la cara por primera vez desde su encontronazo en la biblioteca y contestó con frialdad:

—Sí.

Puestas ya las cartas sobre la mesa, dio media vuelta y se dirigió a la orilla más apartada del Serpentine con la tranquilidad de quien sabía que a nadie le importaba lo que hiciera. La mayoría de los hombres, criaturas esclavas de las modas y de la opinión del masculino que dominara el grupo, andaban pendientes de quien solo podía ser la futura reina de la temporada: una jovencita rubia con la figura de una venus romana. Algún que otro soltero se había atrevido a desafiar la competición que había establecido el señorito al que todos trataban de parecerse echándole miradas a una muchacha que no era la elegida como trofeo del año. Pero todos estaban de acuerdo en algo, y es que ninguno andaba pendiente de lo que Bluebell Corrin hacía o cuál era su destino.

Frenó en la orilla del lago y se cubrió los hombros para protegerse de una ráfaga de viento.

Las guías de viajes hablaban del Serpentine como una grandiosa creación del hombre; dentro de que era un lago artificial, imitaba de maravilla las bondades de unas aguas originales moviéndose al son de la brisa y reflejando el cielo y las ramas curvas de los sauces llorones que lo flanqueaban.

De lejos era impresionante, pero ahora que comprobaba que las aguas estaban turbias, Bluebell se sintió decepcionada.

—Ya está bien —espetó una voz a su espalda.

Ella se hundió aún más los dedos en los hombros. Esa fue la única reacción que Charles obtuvo de su parte incluso después de asaltarla por detrás poniéndole la mano en la cintura para darle la vuelta.

Bluebell vaciló, aun así, al toparse con una expresión ominosa.

—¿Cuál es su maldito problema ahora, si se puede saber? Lleva todo el día con una actitud cuestionable cuanto menos, y absolutamente injustificable si me pregunta a mí.

—Menos mal, entonces, que no pretendía preguntarle a usted nada.

—Bluebell —la cortó, y evitó que volviera a enfrentar las aguas del Serpentine sujetándola por el hombro.

Ella se rebeló contra su contacto sacudiéndose y dando un paso atrás que a él le dejó de una pieza.

—No vuelva a ponerme la mano encima, ¿me oye? Y menos en un espacio público. Me consta que su único propósito en lo que a mí respecta es sabotear mi debut, pero echarme a perder antes de tiempo con comportamientos como estos es una bajeza que ni usted debería permitirse.

—¿El señor Pharrell puede echarla a perder guiándola a una biblioteca oscura y yo no? ¿Qué criterio sigue usted para ser permisiva con unos y tajante con otros?

—El señor Pharrell no ha estado propasándose una y otra vez, de todas las formas en que un hombre se puede propasar con una mujer, desde que lo conozco. Ahora, le agradecería que me librara de su presencia. Quiero disfrutar del paisaje en la más estricta soledad.

—Anoche evité que otra persona la encontrara en una situación comprometida, señorita Corrin. Usted podía no saberlo porque carece de la educación adecuada, pero...

—Y seguiré careciendo de ella gracias a usted, que me arrojará a los lobos la noche de mañana habiendo recibido apenas seis clases —interrumpió—. No inicie una guerra cuando tiene todas las de perder, milord. Tal vez otros sean condescendientes con usted por ser quien es, pero yo no voy a tener piedad.

—¿Piedad? —repitió Charles. Bluebell no quería cederle terreno en aquella discusión (ni en ninguna otra), pero dudó de sus propios sentimientos al verle tan confundido—. No recuerdo haber iniciado ninguna guerra con usted, señorita Corrin.

—A lo mejor se debe a esas... carencias de mi educación que ha mencionado, pero no veo cómo besar a una mujer puede ser un comportamiento aceptable o simplemente tolerable. Hace dos noches actuó usted desde el egoísmo en su forma más pura y hoy pretende beneficiarse de mi amabilidad como si nada hubiera sucedido.

—En primer lugar, señorita Corrin, uno no puede beneficiarse de una amabilidad que o no existe o no le ha sido ofertada nunca, y en segundo lugar, ¿cómo es un beso un acto egoísta?

—Es un acto egoísta en el momento en que se lleva a cabo sin el consentimiento de la otra parte.

—¿Sin el consentimiento de la otra parte? —repitió—. Puede que no me lo pidiera, pero que me aspen si he olvidado cómo te mira una mujer que te desea.

—¿Que yo le deseo? ¿Esa es la historia de amor que se ha estado repitiendo para justificar la imposición de sus caprichos? —Exageró un jadeo ahogado—. Yo lo único que deseo, milord, es que mi hermana disfrute de una cómoda estancia en la escuela y aproveche las lecciones que se le ofertan para aspirar a un buen futuro. Como ya puede ver, hago cuanto me es posible para garantizarlo; incluido lidiar con usted a diario. Que le dirija el saludo, pues, es una obligación ineludible para mí y no un placer.

Charles la miró desde su altura con la determinación de no dejarse amilanar.

—¿Por qué, entonces, no me apartó de un empujón o se negó a responder al beso?

—¡Y sigue mencionado el dichoso acontecimiento! —se exasperó —. ¿Por qué no se limita a pedir disculpas?

—Porque no me arrepiento en absoluto.

Bluebell se quedó perpleja, no tanto con lo que a todas luces era una admisión de culpa como con la manera en que se había pronunciado. Charles había empleado un tono calmo, en total comunión con sus propios anhelos, que no le había oído hasta el momento.

Nunca habían llegado a gritarse, pero tampoco a hablarse con esa demoledora franqueza.

Ruborizada y más furiosa que si la hubiera acusado de estorbo, espetó:

—¡Por supuesto que no se arrepiente! ¡Forma parte de su plan para ganar la puesta!

—¿Cómo?

—¡Admítalo! Ha estado usted jugando sucio desde el primer momento, y no contento con los resultados que iba obteniendo, ha echado mano de la táctica más deplorable: minar mi amor propio tratándome como a una fulana, o peor, intentando distraerme de la búsqueda de marido insinuando que podría ser usted una opción viable.

Charles pestañeó una sola vez, perplejo.

—¿Qué demonios está diciendo?

—O a lo mejor solo pretendía que nos cazaran en flagrante delito en la biblioteca. Mucho peor habría sido que me vieran atrapada entre sus brazos que charlando amistosamente con el señor Pharrell, con la diferencia de que usted podría haberse salido con la suya si nos hubiera encontrado una maestra: la había disuadido de extender el rumor amenazándola con el despido...

—Ha perdido usted el juicio por completo.

—¿Lo he perdido? ¿De veras? ¿Acaso no es usted capaz de mandar a la calle sin referencias a una humilde maestra con tal de que las cosas sigan el curso que se ha fijado? Por lo que sé, ya tiene la sangre fría de sabotear un programa de becas para librarse de despojos sociales como mi hermana y yo. Ir un paso más allá estaría alineado con sus principios. O con su falta de ellos, más bien.

—Usted no es un despojo social, y su hermana tampoco —atinó a meter baza él, algo que Bluebell no le estaba poniendo fácil al hablar a trompicones y a la velocidad del rayo—. No he pretendido dar a entender tal cosa, y si he sido injusto describiendo su carácter, señorita Corrin, es porque ha sido usted implacable desde el principio.

—Eso sigue sin ser una disculpa —masculló.

—Y no lo será nunca —resolvió él con una solemnidad que ella encontró amenazante, sobre todo porque la acompañó de un paso al frente. La miraba a los ojos sin flequillo oscuro, sombra de sombrero o contraluz que pudiera mermar su efecto devastador—. No se equivoca al juzgar un beso como una concesión personal que debería haberme ahorrado para proteger o solo respetar su honor, pero erra en todo lo demás. Yo a usted la besé porque...

—Porque quería castigarme y la palabrería con la que lleva denostándome desde el primer día le pareció insuficiente. Quería humillarme —recalcó Bluebell con la respiración entrecortada. Estaba al borde de las lágrimas, pero confiaba en que la incredulidad hacia sus propios sentimientos las mantuviera a raya—, que es, al fin y al cabo, el objetivo que se marcó tras nuestra primera conversación. Pero un beso excede por mucho los límites permisibles en esta apuesta. Un beso es territorio vetado, ¿me oye? Puede que tenga usted el control de mi futuro y el de mi hermana, pero no va a tener jamás plena libertad sobre mi cuerpo.

A sabiendas de que Charles no encontraría una réplica a la altura enseguida, giró en redondo y puso distancia entre los dos caminando a grandes zancadas. Él no le habría tomado nunca la palabra de desaparecer de su vista, y alguno de los dos tenía que hacerlo para evitar un desenlace indeseado..., como acabar confesando la vergonzosa verdad que era que sí, ella había anhelado ese beso con cada fibra de su ser.

Capítulo 10

—Así que vas a disculparte.

—No, no voy a disculparme. ¿Quién ha dicho tal cosa?

—Hermano mío, estamos consagrando nuestro valiosísimo tiempo a la cola de una modista que puede que ni nos reciba hoy. A no ser que de pronto te haya picado la curiosidad por el dudoso arte de vestirse de dama, apuesto a que pretendes hacerle un regalo a una señorita, y tú jamás te has molestado en diezmar tu fortuna para complacer a una mujer si no es para ganarte su perdón.

Charles rabió para sus adentros.

El suyo era un argumento sin fisuras.

Por suerte, él gozaba de una excusa muy verosímil.

—Se trata de una inversión relacionada con mis responsabilidades escolares —zanjó, erguido junto al mostrador con un orgullo que Reggie encontraba cómico. Para mayor hilaridad del primogénito, se había cruzado de brazos en una pose que le hacía parecer un crío enfurruñado—. Hay una alumna que no dispone de la vestimenta adecuada para su debut.

—¿Y pretendes que le confeccionen un vestido de noche de un día para otro? O, peor —fingió un estremecimiento—, ¿pretendes adquirir algún modelo ya terminado y tan solo pedirle a la profesional que ajuste las medidas de hombros y cintura?

—¿Qué mal habría en eso segundo?

—¡Charles! —se indignó con teatralidad—. ¡A una mujer no se le puede regalar el vestido que era para otra!

—¿Desde cuándo un modelo ya terminado es para otra? ¿No se supone que no pertenece a nadie hasta que alguien lo ve en un escaparate y lo compra?

—Muy a menudo, las confecciones que las modistas arrojan a un cajón son pedidos que las modelos nunca recogieron. Jamás tendría la desfachatez de regalarle a una señorita los desechos de otra, ¡y ni mucho menos a una a la que he agraviado!

—¡No he agraviado a nadie, maldita sea!

Salvo por el detalle de que sí lo había hecho.

Si le preguntaran a Reginald al respecto, este juraría que la falta total y absoluta de paciencia o serenidad de la que estaba haciendo gala Charles era muy propia de su personalidad, pero él se conocía a sí mismo y podía asegurar sin género de duda que nunca había estado tan fuera de sus cabales como en los últimos días. Bluebell le estaba descubriendo nuevas formas —muchas de ellas impensables — de trastornar a un hombre más o menos estable y más o menos racional hasta convertirlo en un verdadero monstruo... O en un todo caballero, si se veía desde un prisma optimista. Al final, era cierto que había acudido a la modista para pedir un favor que le costaría una fortuna, y todo para que la condenada señorita Corrin le disculpara la descortesía de desearla febrilmente.

Veinticuatro horas atrás, Charles habría jurado sobre la lápida de su querida madre que Bluebell correspondía sus violentos anhelos y había deseado ese beso y mucho más desde que se miraron a los ojos. Ya no estaba tan seguro, y con esa inseguridad venían las dudas. Estas dudas traían nuevos planteamientos, y la conclusión del peor de todos ellos había sido que se había equivocado de manera rotunda, lo que al final se traducía en que había asaltado a una mujer.

Charles se estremecía de pensarlo. No exageraba cuando decía que quería —no, *necesitaba*— que alguien lo matara a puñetazos. A lo mejor Dios, con toda esa fama de misericorde que gastaba, le perdonaba el atrevimiento, pero ni él mismo ni su difunta progenitora pasarían por alto tamaña crueldad. Estaba asqueado consigo y no conseguía apartar de su cabeza ni por cinco malditos segundos las palabras que Bluebell le había dirigido con lágrimas en los ojos.

«Puede que tenga usted el control de mi futuro y el de mi hermana, pero no va a tener jamás plena libertad sobre mi cuerpo».

«Quería humillarme», había recalcado antes. Y aunque estaba muy equivocada, Charles no había podido defenderse. Nada distinto de unos celos absurdos y un deseo que había intentado ignorar lo habían conducido a la biblioteca aquella fatídica noche, pero no

podía negar que hubiera pretendido ponerla en su sitio en previos encontronazos.

¿Le convertía eso en un animal? ¿En una bestia sin escrúpulos?

Un vestido nuevo o, como tenía previsto, un vestido con el bajo arreglado y algunos detalles que le dieran mayor riqueza y textura no solventarían el problema. Podría limitarse a dejarla en paz lo que le quedara de vida, como ella había insistido en varias ocasiones. De seguro recibiría el regalo de su indiferencia con genuino agradecimiento. Pero Charles se estaba descubriendo incapaz de desaparecer de su vista.

—Oh, se trata de un arreglo, entonces —comentó Reginald al ubicar en una esquina el morral en el que había trasladado el vestido de noche de Bluebell—. Por Dios santo, CharChar, no me digas que te has colado en la habitación de la dama para robarlo. No, espera. ¿Se lo quitó ante tus narices para dártelo?

Charles disimuló el estremecimiento que le produjo el solo hecho de imaginar la escena. Ni siquiera en sus más alocadas fantasías lograba concebir a una Bluebell que desabotonaba el vestido mirándolo con intención y le hacía entrega de los pololos y enaguas con una sonrisa provocativa... o solo mansa. Si cerraba los ojos, como mucho la pintaba tirándose de las hombreras con rabia impaciente y arrojándole la prenda a la cara, lo que, por desgracia, no hacía de la fantasía algo menos excitante. Sí, si le hubiera pedido el vestido para arreglarle los bajos y ella se lo hubiera prestado —no sin antes hacerle un sinfín de preguntas y llamarlo poco menos que grosero, fisgón y perro lujurioso—, definitivamente la escena se habría desarrollado tal que así. Y pese a la injustificada agresividad de su comportamiento, pese a su falta de sensualidad y disposición a ser agasajada, Charles habría querido atraparla entre sus brazos de todos modos. Ablandar a esa barra de cromo de ojos castaños le habría exigido un beso de horas, de días, tal vez de años, mas habría aceptado el reto con mucho gusto.

Y con una armadura.

Y con una paciencia que no quedaba al alcance de los mortales.

«Qué mujer tan terca», se lamentaba, furioso y también extrañamente fascinado. «¿Por qué tienes que volverme loco incluso

cuando no estás presente?»

—Deja de decir estupideces —barbotó Charles, aturdido por el curso de sus pensamientos.

—Entonces me quedo sin temas de conversación —se quejó Reginald. Importante sería señalar que estaba repantigado en el único sofá doble de la salita que la modista ponía a disposición de sus clientes. Abrazaba el respaldo con una mano y cruzaba sobre la rodilla el tobillo contrario, y cuando no hablaba, silbaba una melodía pegadiza. La boca del marqués era una persona con carácter propio y numerosas bufonadas que atender en todo momento—. Vamos, háblame de ella. ¿No te parece de justicia? Yo te he descrito con riguroso detalle a cada una de las mujeres que he amado; ¿por qué no puedes tú devolverme la gracia?

—¿Desde cuándo se considera una gracia contarle a otro caballero las cabriolas que una viuda sabe hacer en la cama? —protestó por lo bajini. No olvidaba que estaban en un establecimiento respetable y al otro lado de la pared habría una jovencita impresionable—. Lo más bonito que podrías hacer por mí, Reginald, es librarme de tu impenitente curiosidad.

—Me aburres, Charles. —Puso los ojos en blanco—. Padre debería haber reconocido a algún otro de sus bastardos. Cualquiera habría sido más divertido que tú.

Aunque las heridas de sus orígenes nunca se cerrarían del todo, encontraba diabólicamente divertidos los comentarios de su hermano, quizá porque sabía que carecían de las dobleces que sí podía atribuirle a los desafortunados comadreos de terceros.

Charles imitó su gesto de bizquear y se acogió a su derecho a no pronunciar palabra hasta que una mano femenina colmada de anillos corrió la cortina que daba a la trastienda.

—¡Milord! —exclamó al ver a Reginald, quien, por supuesto, era un cliente habitual.

El hermano mayor se puso en pie de un salto y acudió a besar el dorso que la modista le ofreció con un pestañeo lo contrario a inocente.

«Ah, entonces no es un cliente habitual. Es un *amante* habitual», comprendió Charles, tan exasperado como desgraciadamente

acostumbrado. A esas alturas, raro sería que entrara en algún establecimiento londinense, fuera club de caballeros o fuera salón de baile, y no se topara con al menos tres o cuatro mujeres que su hermano hubiera contemplado en su traje de Eva.

A diferencia de otros casanovas con los que Charles había tratado, Reginald no fingía olvidar sus apasionados encuentros y ni mucho menos a las responsables de que hubiera pasado una noche inolvidable, solo pasable o mediocre: hacía gala de una memoria prodigiosa saludándolas a todas con el mayor de los respetos, por nombre propio o por el apellido de sus esposos, y se detenía a charlar con ellas con tan buen ánimo que el enamoramiento de las pobres quedaba reforzado... o, peor, se llevaban la impresión de que Reginald estaría interesado en repetir la aventura.

Por desgracia, era bien sabido en la capital que el recién nombrado marqués de Tottenham no se acostaba dos veces con la misma mujer. Más pronto que tarde, esta información sería también de dominio público —¿o de dominio *púbico*?— en los alrededores de Londres, pues con el ritmo desenfrenado que llevaba, era cuestión de tiempo que se le agotaran las opciones.

Incluso sin decirle que no a las objetivamente poco agraciadas o a las casadas, Reginald estaba condenado a tener que marcharse con su lujuria a corromper nuevos destinos.

—... no osaría pedirte este tremendo favor si no fuera por una buena causa —decía el hermano mayor, todavía sosteniendo la mano de la modista—. Se trata de una de las muchachas bendecidas con la beca de lady Mabry. No dispone de un atuendo apropiado para la noche de su debut, que como bien sabes acontecerá mañana, y no podemos permitir que sufra un bochorno en su primera aparición pública. Hemos traído un vestido con la esperanza de que pudieras hacerle uno de tus arreglos mágicos. Siéntete libre de negarme esta petición, te lo ruego —añadía en tono lapidario—. Ya te digo que me avergüenza presentarme aquí, abusar de tu confianza y tu aprecio...

Charles tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco. No dudaba que el truco fuera a surtir efecto. Había criaturas que habían nacido con el don de la persuasión, y si a dicho don se le sumaba la herencia de un

marquesado y un atractivo físico que no solo entraba en el canon, sino que lo reforzaba, no salirse con la suya quedaba fuera de toda cuestión.

Para muestra, la respuesta de la profesional:

—Estaré encantada de colaborar en su conmovedora empresa, milord.

Capítulo 11

A pesar de que Reginald y no otro había sido quien había acorralado a la modista, Charles se sintió responsable de que pasara toda la noche y parte de la mañana siguiente añadiéndole filas de volantes al vestido, unas mangas nuevas y encajes y detalles de seda. Estaba seguro de que no tenía la menor intención de cobrarle por el servicio, que la señora se bastaba con un sincero agradecimiento de su antiguo amante, y así lo confirmó al ir a recoger la confección. Tuvo que enzarzarse en una breve pero agitada discusión para conseguir que le aceptara la retribución económica, una suma que superaba con creces lo que la profesional podría haber ganado dedicándose durante seis meses a diseñar el ajuar de bodas de la reina de Inglaterra.

Con el traje a buen recaudo, Charles enfiló a Mabry's Place.

Podría haberle pedido a Reginald que le acompañara también en la aventura de pagar por los servicios y contemplar la magnífica obra de arte de la modista, pero había amanecido nervioso por el momento de la entrega. No habría soportado que su hermano lo viera en semejante estado. O, mejor dicho, no habría soportado *las consecuencias* de que su hermano lo viera en semejante estado: convertirse en un chascarrillo recurrente durante el resto de su vida. Sabía que la obligación prioritaria del primogénito consistía en hacer de las aventuras de su hermano menor un auténtico infierno, pero Charles quería, en la medida de lo posible, tener el control de su imagen y su narrativa. Así pues, no le quedaba otro remedio que mantener a Reginald al margen en según qué situaciones.

Cuando llegó a la mansión, el reloj marcaba las tres de la tarde, una hora perfectamente respetable para prestar una visita. Como era de esperar, casi todas las jóvenes que habían viajado de Arlington Abbey se encontraban en sus aposentos probándose sus vestidos, experimentando con los polvos de maquillaje y torturando

a las criadas con diversas peticiones: que si un recogido, que si un semirrecogido, que si cómo se peinaba ahora Su Majestad.

Un presentimiento le dijo que no tendría que ponerse en evidencia llamando a la puerta de un dormitorio; que encontraría a Bluebell apartada del trajín y presumiblemente devanándose los sesos por razones muy distintas de la imagen personal.

Y así fue.

Tampoco tuvo que preguntarle a alguna de las maestras dónde se hallaba la señorita Corrin. Sus pasos lo guiaron sin mayor dilación a una salita pequeña y recogida al final del pasillo de donde le pareció escuchar la voz moderada de Bluebell.

Empujó la puerta despacio y se asomó a tiempo para cazarla en pleno teatrillo. De espaldas a él con su único vestido de mañanas, aquel de muselina con florecillas estampadas que poca o ninguna justicia hacía a su personalidad más bien adusta, Bluebell se deshacía en reverencias mientras ensayaba maneras de deslumbrar a un interlocutor invisible.

—Encantada de conocerle, milord —decía con una voz apacible que sin embargo escondía una nota de histeria. Se aclaró la garganta y repitió la venia, esta vez con mayor lentitud—. Es un placer conocerle, milord —repitió despacio. Chasqueó la lengua, molesta, y persistió—: Es un honor estar aquí esta noche con usted, milord... ¿Qué? —se regañó con desprecio—. ¿«Un honor estar esta noche con usted»? Por favor, qué cursilería. —Volvió a carraspear y se apoyó una mano en el vientre mientras con la otra sujetaba el vuelo de la falda—. Buenas noches, milord. Soy la señorita Corrin. Es un placer.

Charles no pudo resistirse a meter baza.

—Eso está mucho mejor.

Bluebell se sobresaltó. Con la palma presionando el pecho, giró hacia el recién llegado.

Charles había esperado que lo recibiera con una mueca cargada de desprecio o con la indiferencia con la que lo había castigado el día anterior. Parecía que la inminencia del evento más importante de su vida la hubiera apaciguado o bien la tuviese tan nerviosa que no hubiera espacio en su mente o su corazón para otras

preocupaciones, pues la mujer que lo miró desde la distancia no compuso ninguna expresión concreta; tan solo lo midió como se medían dos duelistas entre las brumas del amanecer.

Charles, que había decidido creer en su palabra tras la última discusión, no tenía otro remedio que legitimar sus recelos. Cumpliendo los crueles pronósticos —o, mejor dicho, opiniones— de lady Mabry, había sido lo opuesto a un caballero, y si él no podía disculpárselo, menos lo haría la señorita Corrin.

—¿Viene a interrumpir mis últimos ensayos?

—Al contrario —respondió con un aplomo del que ella desconfió aún más. Y cómo no hacerlo, si Charles se había presentado desde el primer día como un patán—. Me gustaría redimirme colaborando en su empeño de perfeccionar la presentación. Estaría siendo un necio si no pusiera en valor las primeras impresiones. Para muchos son las únicas que cuentan.

Vio en sus ojos castaños la intención de contraatacar con uno de sus hábiles reproches, de seguro uno que subrayase que la primera impresión que ella se había llevado de él había sido pésima y sería la que se llevaría a la tumba.

Pero no lo hizo.

Bluebell había amanecido determinada a priorizar su victoria en la apuesta, o, expresado de otro modo, a arrasar en los salones.

En ese momento, ninguna otra cosa tenía el poder de desconcentrarla.

Charles depositó el sombrero sobre una silla próxima, así como el paquete que contenía el vestido y por el que Bluebell no tuvo el valor o el interés de preguntar. Se acercó a ella con el aliento contenido entre los costados, la barbilla erguida, y le tendió la mano con la educación que sus pares le habían inculcado.

Una que la joven no había tenido la fortuna de conocer.

—Buenas noches —la saludó con la inflexión adecuada—. ¿A quién tengo la suerte de dirigirme?

—Bluebell Corrin —contestó ella con la vista prendida en él, todavía con un comprensible rastro de duda—, milord.

—Un placer, señorita. —Se acercó la mano enguantada a los labios e insinuó un beso a los nudillos, y procurando mirarla como

un caballero miraba una dama, no como un hombre miraba a su atractiva enemiga, añadió—: Permítame decirle que está usted resplandeciente esta noche.

—¿Cómo sabe que estoy resplandeciente esta noche si no me ha visto antes como para valorar en comparación?

Sin soltarle los dedos, le sostuvo la mirada para averiguar si bromeaba.

Aquella había sido la respuesta que le había brotado del alma.

—Esa no sería una contestación muy diplomática, señorita Corrin —la corrigió con tiento—. Ni siquiera si la pronunciara en tono amistoso.

—En tal caso, me desdigo. —Carraspeó otra vez y asintió con la cabeza—. Usted también resplandece, milord.

Charles pestañeó dos veces, pasmado, y soltó una carcajada incrédula.

—Ni se le ocurra arrojarle un cumplido directo a un caballero, y ni mucho menos durante la primera conversación, que debe limitarse a las cortesías básicas.

—¿A quién no le gusta que le devuelvan un cumplido?

—Todo el mundo lo agradece, eso no se lo niego, pero si un hombre busca que le agasajen en términos directos, no acude a Almack's, sino a clubes mucho menos... respetables, si entiende por dónde voy.

Escarmentada por la primera lección, Bluebell tragó saliva y movió la cabeza en sentido afirmativo.

Nunca antes la había visto tan concentrada, ni siquiera cuando se infiltró en la lección de la señorita Poitier mientras explicaban el modo en que las damas transitaban los espacios. Más que atrayente, su seriedad se le antojó inexplicablemente tierna. Parecía una niña a la que estuvieran reprendiendo por haberse saltado una prohibición y comprendiera a un nivel muy profundo que no le era posible exceder ciertos límites.

—Le agradezco el cumplido, milord —probó una tercera vez—. Es un honor para mí, sobre todo considerando la cantidad de señoritas atractivas que nos acompañan esta noche.

Bluebell se lo quedó mirando a la espera de una crítica constructiva que se redujo a un cabeceo complacido. La vio pasarse la lengua por los labios, entre nerviosa y envalentonada por haber dado en el blanco. Charles se sintió fuera de lugar e incluso atacado por el inocente gesto. Se tuvo que obligar mental y físicamente a permanecer donde estaba y a ahuyentar el tórrido recuerdo del beso como si del humo de un habano se tratase.

—¿Me concedería un baile?

—Depende del baile —murmuró ella—. Todavía no controlo el vals.

—Es una respuesta sincera y que sacaría el lado protector del caballero, pero sonaría mejor si contestara mirándolo a los ojos y con una sonrisa abochornada.

—Una corrección muy precisa —señaló Bluebell, mirándolo de hito en hito—. Parece que el caballero sabe a la perfección lo que le gusta.

—Digamos que cargo a mis espaldas unas cuantas temporadas más que usted, señorita Corrin. He tenido la suerte o la desgracia de observar de cerca el comportamiento de la fauna londinense. Son pocos los que escapan de la aplastante norma exhibiendo actitudes refrescantes.

—Y ya zanjó en su momento que yo no soy de las que puedan concederse dichas actitudes.

—En un debut o en una primera temporada, me temo que podría ser contraproducente. Cuanto mayor sea, de más libertades gozará —señaló Charles—, pero mientras tenga todos los ojos de la capital sobre usted, habrá de pasar desapercibida.

—Qué paradoja —meditó ella. No se había desplazado ni un milímetro del punto del salón que ocupaba desde que Charles había llegado, y a excepción del brazo que había alargado para saludarlo como era debido, todo su cuerpo había permanecido inmóvil—. Nunca llamaré tanto la atención como esta noche y, sin embargo, he de procurar que quienes me observan no vean más que un conjunto de cortesías básicas, a saber, la fachada de lo que tengo que ser; nunca lo que soy en realidad. Qué injusto —añadió por lo bajo—,

condenar a las mujeres a ocultarse, a reprimirse. Se nos arrebata la posibilidad de ser amadas por lo que somos desde el principio.

—Siempre puede ir revelando su verdadero ser poco a poco, día tras día, cuando ya tenga la seguridad de que el afortunado esposo no podrá abandonarla.

—Y entonces me ganaré su desprecio por haberle escondido mi verdad.

Charles arqueó una ceja y esperó a que hubiera transcurrido un silencio prudencial antes de apuntar:

—Esto no le preocupaba cuando hablábamos en la escuela. Recuerdo que tenía usted muchos menos escrúpulos a la hora de abordar el matrimonio, que entendía como una institución sin mayor ciencia que la de engañar y ser engañado.

—Y lo es, milord. Es una institución si mayor ciencia que la de engañar y ser engañado. Y si he de formar parte de ella, engañaré y me dejaré engañar como todo hijo de vecino, pues no tiene que ser Dios más benevolente conmigo porque esté en desacuerdo con los métodos en boga. Pero sigo estando en desacuerdo.

—¿Esta sería la conversación que le propondría al pretendiente durante el vals?

Bluebell lo miró, primero a los ojos y luego a la mano que iba a entrelazar con la suya. Tras una breve vacilación, aceptó el ofrecimiento y se posicionó como demandaban las reglas de la danza: abrazó esa mano masculina con la suya propia, la de él enguantada, la femenina escandalosamente desnuda, y procuró disimular que no la afectaba la palma que posaba sobre su baja espalda. Pero Charles notó el pequeño respingo, la saliva bajando por su garganta; el nervioso aleteo de los párpados, revelador de que sus ojos no sabían adónde mirar.

—¿Qué conversación debería proponerle, en su opinión? Supongo que me está vetado ir al grano indagando sobre su asignación anual, las hectáreas de cultivo de su mansión campestre o si estuvo casado antes de acudir al festival de la soltería.

—Me temo que esa es información que deberá recolectar gracias a la indiscreción de otras fuentes, nunca de la boca del caballero en cuestión, y que debería estar en posesión de la misma mucho antes

de que el sujeto la sacara a bailar —señaló con una pequeña sonrisa—. Una señorita con la intención de casarse no ha de perder el tiempo tratando con solteros que no igualan o superan su nivel socioeconómico.

—Pues los socioeconómicos no son los detalles que me importan —reconoció ella—, pero asumo que he de ponderarlos por encima de otras características antes de dar el sí o el no.

—Antes de dirigirle el saludo siquiera —apostilló él con las cejas enarcadas.

Le gustó que Bluebell arrugase el ceño en desacuerdo con el modo en que funcionaba el mundo.

—Si ya conozco las circunstancias materiales del caballero porque una patrona me las ha confiado y queda prohibido preguntar por sus aspiraciones, inquietudes y sentimientos, pues se me acusaría de atrevida o incluso de insolente, ¿cuál es entonces el encanto de alternar con un hombre? —inquirió con genuina curiosidad, incluso frustración—. ¿De qué otras opciones dispongo para amenizarnos la velada a él y a mí?

—El clima es una alternativa conversacional muy socorrida.

Bluebell esperó a que indicara que estaba bromeando. Como no era ni una exageración ni una burda chanza, acabó soltando una carcajada sincera que despertó a Charles de un trance en el que no sabía que había estado inmerso.

Era imposible que esa fuera la primera vez que veía sus dientes; tenía que haberle sonreído antes, aunque fuera con el veneno de las especies más mortíferas del zoo de Bristol.

Desde luego, Charles sintió su risotada como la primera vez que acontecía un grandioso milagro, como la primera vez que uno alzaba el rostro hacia el sol.

—Qué lástima que no haga tiempo de pasear por la orilla del mar, milord —dijo ella a fin de seguir el tópico—. No hay nada tan hermoso como ver el atardecer fusionándose con el océano.

—Buen intento, señorita Corrin, pero esa no es la clase de comentario neutro y anodino que se busca en un primer acercamiento. Intente vaciarlo de sentido y restarle la valoración personal.

—¡Cuánto me fastidia la lluvia! ¡Me quedaría aquí bailando toda la noche con tal de no tener que salir a la intemperie cuando Dios descarga su furia sobre nosotros! —Hizo una pausa antes de añadir a la defensiva—: He mencionado a Dios Nuestro Señor, milord. Es un comentario perfectamente respetable.

—O soporífero e incluso aterrador para un hombre que evita la misa dominical. Los hay que no se casarían con una mujer temerosa de la divinidad ni aunque fuera la única opción.

Bluebell arqueó una ceja.

—¿Y cómo sabré yo si estoy bailando con un hombre que evita la misa dominical?

—Lo sabrá. Según me dijo una señorita a la que respeto..., por muy bien que se me haya dado fingir lo contrario —añadió por lo bajo, inclinándose hacia ella sin comprometer el aire amistoso—, el género femenino goza del don de la intuición. La ayudará en la tarea de diferenciar al hombre religioso del hombre laico..., aunque en teoría no deberían abundar los segundos.

Si en algún momento había conseguido relajar a Bluebell con su clase de conversaciones decorosas, acababa de arruinarlo. Referenciar la discusión que tuvieron en la biblioteca no había sido una genialidad, pero Charles necesitaba introducir de algún modo la disculpa que deseaba dirigirle.

En el silencio que se instaló entre los dos durante los segundos posteriores, ambos repararon en que permanecían abrazados en la postura del vals pero no habían movido los pies para al menos aportar la excusa obvia que justificaría la proximidad.

Bluebell soltó su mano y retrocedió con los hombros rígidos.

—Le agradezco que se haya unido a mi ensayo. Me ha sido de gran ayuda —le dijo en tono neutro—. Aplicaré sus consejos esta noche.

—Es lo mínimo que podía hacer —se apresuró a decir él. Su humildad capturó el interés de Bluebell, que por un terrible segundo había creído perdido para siempre—. Señorita Corrin, tuvo usted razón al increparme a orillas del Serpentine. Mi comportamiento del otro día fue inaceptable y le debo una sincera disculpa.

—¿A qué otro día se refiere de cuantos ha dedicado a torturarme?

No era esa la respuesta que había esperado. Estúpido de él, porque ¿qué otra contestación existía que fuera más respetuosa con el temperamento de Bluebell, sino una nueva provocación?

Charles contuvo un suspiro.

—No hay circunstancia en la que no esté usted preparada para la confrontación, ¿eh?

—Tampoco hay circunstancia en la que no esté dispuesta a aceptar una disculpa —contraatacó con gran dignidad—, pero antes he de poner a prueba cuánto desea ser perdonado.

—Le recuerdo que usted tampoco ha desplegado una actitud ejemplar, señorita Corrin... —Se calló al comprender que aquella no era la ruta pertinente si de verdad quería que le disculpara. Bluebell no había sido ni injusta ni teatral al cuestionar su iniciativa conciliadora, pues helo allí un día más, dejándose poseer por el orgullo y la arrogancia—. Quiero decir que es evidente que no empezamos con buen pie, pero si alguien debe asumir la responsabilidad del pecado original y la perpetuación de esta injustificada enemistad, ese soy yo.

Bluebell se cruzó de brazos.

—¿Y?

—Y... —se devanó los sesos buscando el monólogo que satisfaría sus expectativas para, al final, resignarse a trasladarle sus sentimientos—. La triste verdad, señorita Corrin, es que he subestimado sus valores y sus virtudes. No porque no los apreciara en su conjunto o los creyera inferiores a otras bondades cristianas, sino por mera tozudez. No niego que también pesan consideraciones no del todo ajenas a mí, pero que es innegable que me salpican y terminan corrompiendo el trato que prodigo a los demás. No las utilizaré como justificación; solo le señalo que existen y que a menudo, sin darme yo cuenta o percatándome demasiado tarde, me dejo llevar por ellas. Siento haber sido crítico con usted y siento haberme tomado libertades que no me habrían sido dadas ni siquiera si le hubiera manifestado la intención de cortejarla. —Se apoyó la mano en el pecho—. Espero que pueda perdonarme.

Capítulo 12



Le tomaron la palabra los diez segundos más largos de su vida. Diez segundos que, en perspectiva, resultaban insignificantes para decidir si olvidar o no un agravio de proporciones considerables. Pero es que en esos escasos diez segundos, Charles asimiló unas cuantas verdades que había rezado para que le pasaran desapercibidas: le importaba la opinión que Bluebell Corrin tuviera sobre él y le obsesionaba que pudieran tratarse con cordialidad e incluso simpatía de allí en adelante. Si la joven no se apiadaba de sus sentimientos, no soportaría que la historia tocara a su fin con aquella anécdota. Charles tendría que seguir persiguiéndola, tendría que seguir insistiendo, pues no podría tolerar que ella se desvaneciera de su realidad inmediata, y ni mucho menos guardándole rencor.

Al fin, Bluebell rompió el silencio.

—Puedo disculpar los menosprecios dirigidos a mi persona en particular —le dijo con calma—, pero no puedo perdonar el grave defecto de carácter que le ha incitado a dirigírmelos. Que sienta una antipatía concreta por mí es respetable; no todo el mundo nos cae en gracia. Que la manifieste también me parece comprensible, ya que soy la primera que se permite caer en la grosería para denostar a un enemigo. Sin embargo, es un hecho que la antipatía que me profesa nace de un sentimiento de superioridad. Un sentimiento que me es imposible pasar por alto.

»Usted desprecia a la clase trabajadora y resulta que yo, antes incluso que mujer, soy miembro de una familia modesta. Usted no cree que la clase trabajadora deba gozar de oportunidades y eso choca frontalmente con lo que yo soy y lo que defiendo. Y eso, milord, nunca podré perdonárselo.

—Con independencia de las bajezas a las que haya podido recurrir en una discusión para tratar de situarme por encima de usted —replicó él enseguida—, no desprecio a la clase trabajadora.

Bluebell le sonrió con incredulidad.

—Ha apostado conmigo que no conseguiría marido para así poder demostrar que el lujo de los salones no debería estar al alcance de una joven humilde.

—No por las razones que usted de seguro me atribuye.

—¿Y cuáles son las razones reales, entonces?

Charles apartó la vista un instante del rostro de Bluebell, tan sediento de conocimiento como muerto de expectación. Sobre el afán de saber y la impaciencia de la revelación, sin embargo, primaba la insultante certeza de que él le estaba mintiendo para limpiar su imagen.

Podía entender que le achacara una táctica tan sucia, pero igualmente le ofendía.

«¿Qué importa? Díselo. No es como si fuera un secreto».

—Como usted ya sabrá, mi padre fue el marqués de Tottenham —expuso con pies de plomo—, pero mi madre trabajó como costurera en Covent Garden. Se encargaba de diseñar y llevar a término los disfraces de los principales personajes de la ópera y el teatro, muchos de los cuales todavía se exhiben en algunas reposiciones y nadie se atreve a tocar sin previo consentimiento del director. El caso es —continuó al ver que se había recreado describiendo los talentos de su madre— que crecí con ella hasta que el marqués se enteró de mi existencia y decidió hacer algo al respecto. Creyó estar haciéndome un inmenso favor incorporándome a la familia, pero podrá imaginarse cómo fue recibida la impactante noticia de mi inclusión en los Witherow. No ya entre la flor y nata de la sociedad, sino entre los mismos miembros de mi linaje... si es que es correcto llamarlo «mi linaje».

Bluebell no había apartado la vista de él en ningún momento. Ni siquiera había pestañeado. Y, al principio, Charles pensó que esta fijación suya se debía al perverso deseo de ver en su semblante un arranque de debilidad, algo de la familia de la vergüenza. Pero no. La manera en que lo miraba pretendía sostener las emociones que todavía le atacaban por la espalda cuando mencionaba el asunto. No pretendía nada distinto de hacerle sentir escuchado y comprendido.

—No lo sabía —fue todo cuanto dijo.

—Es cuanto menos sorprendente —se rio él sin energía—, dado que el escándalo recorrió el reino. Sobre todo porque mi padre quiso darle a mi madre el lugar que creía que le pertenecía y no se le ocurrió nada mejor que introducirla en la alta sociedad.

»Ella estaba satisfecha con su forma de vida. Le reportaba beneficios modestos pero suficientes para mantenerse, y pese a trabajar entre bambalinas era muy querida por los actores y por el público. Es el único sino posible para una mujer encantadora y con un talento único. Pero ¿qué hay más tentador que los privilegios nobiliarios? ¿Por qué no aceptar la beneficencia del marqués? Se lo había ganado proporcionándole un heredero de repuesto y, seamos francos. ¿Quién no priorizaría la comodidad sobre el trabajo duro?

»El resultado no le sorprenderá, señorita Corrin. La despreciaron. La humillaron. Querían escarmentarla por ocupar un lugar que no era el suyo, uno que creían que le correspondía a primos segundos, a una rama del linaje sanguíneo perdido por Gales; a cualquiera menos a ella, la fulana de Covent Garden. —Tuvo que detenerse un segundo para contener un acceso de rabia. Esperó a que se le aclarara de nuevo la mirada, a poder enfocarla, para continuar con la vista en Bluebell—. Como le digo, mi actitud no es perdonable bajo ninguna instancia y no pretendo justificar mis actos aludiendo a mi historia personal, por más que esta me haya moldeado. Pero créame cuando le digo, señorita Corrin, que si no creo en el sistema de becas es porque he visto con mis propios ojos que no funciona. Estoy convencido de que todas las muchachas que acudan con ilusión a la escuela esperando una vida de vino y rosas serán brutalmente devoradas y luego fagocitadas por los lobos de la élite capitalina. Mi manera de evitarlo tal vez le parezca radical e injusta, pero es el único curso de acción posible considerando la escasa influencia de la que gozo. No puedo cambiar la mentalidad de quienes al final ni siquiera son mis pares, pues, incluso si solo yo lo percibo, habito un escalón inferior al resto. Lo poco que puedo hacer es ahorrarle un sufrimiento innecesario a jóvenes que aún no han cumplido la mayoría de edad y quitarles de los ojos la venda que les impide ver que no es oro todo lo que reluce. Ciertamente, el *beau monde* no es ni de lejos lo que promete.

—No lo entiendo —admitió Bluebell con contrariedad—. Fue su abuela, lady Mabry, quien instaló el sistema de becado, ¿me equivoco? ¿Cómo es entonces posible que su familia no le hiciera sentir acogido cuando entró en la familia?

A Charles se le escapó una carcajada amarga.

—¿Me pregunta cómo es posible la hipocresía entre las clases más favorecidas? Digamos que está más en boga incluso que las mangas *gigot* en los vestidos de señora. Lady Mabry debía ser conocida en sus círculos cercanos como la benefactora del siglo, de ahí su grandioso gesto de generosidad, pero de puertas para adentro me odiaba como nadie ha odiado nunca a nadie.

»No entenderá su proceder, claro está, porque usted es diferente —prosiguió sin darse cuenta de que se le suavizaban el tono y la expresión—. Su manera de habitar los espacios, sin pedir perdón ni permiso; su voluntad férrea. Posee cualidades que no solo le impiden desarrollar una segunda cara y alternarla en función de sus intereses privados, sino que podrían protegerla de la maldad ajena. Dios sabe que la han protegido de la mía, pues hela aquí, brillando contra todo pronóstico.

—Se equivoca, milord —lo sorprendió diciendo. Charles había esperado, quizá con un exceso de ingenuidad, que ella se conmoviera con su halago, y si bien no le había molestado que él se arriesgara con un cumplido, tampoco parecía entusiasmada—. No solo no soy diferente, sino que soy exactamente como el resto de mis compañeras. Tal vez mi fortuna o la nobleza de mi linaje no pueda equipararse con las de aquellas a las que precede un título de cortesía que recalca su condición de dama, pero al final mi obligación es la misma: he de casarme, y he de hacerlo lo mejor que pueda dentro de mis posibilidades. Por esta razón, aunque comprenda sus sentimientos, tengo que oponerme a su método de acción. Es preferible gozar de una oportunidad por remota que sea que permanecer anclada de por vida y sin opciones al pueblo pobre de nacimiento.

—Pero le habría gustado quedarse allí, ¿me equivoco?

Bluebell se recogió detrás de la oreja un mechón que se le había soltado del moño. Charles se prendó de su expresión pensativa,

vagamente vacilante. Ponderaba si le saldría o no a cuenta confesar sus verdaderas sensaciones.

Se acordó de una de las bromas que su abuelo le gastaba a su abuela, y no con afecto cómplice, sino con notable malicia: «Qué feas os ponéis las mujeres cuando pensáis, querida. Suaviza ese ceño».

Charles no podía estar más en desacuerdo. Los momentos en los que Bluebell se sumía en sus pensamientos eran los momentos en los que por fin creía poder llegar a conocerla.

—Halifax es mi tierra. Lo que me resulta familiar —explicó ella al fin—. No regresaría allí porque está contaminado de recuerdos de una figura paterna que no volverá, y siento que mientras me mantenga alejada de su casa, de su negocio, de sus conocidos, podré vivir en la mentira de que se encuentra sano y salvo en algún rincón del mundo y yo solo tengo la mala fortuna de hallarme en una ciudad lejana. Prefiero pensar en la muerte como un viaje permanente a un país al que jamás tendré acceso —añadió en voz baja—, pero en el que el fallecido ha encontrado la felicidad.

Un foco de calidez sorprendió a Charles imaginando el paraje que Bluebell había pintado. Concibió a su madre en un refugio alejado de la civilización, bajo el techo de una suerte de cabaña nevada de los páramos helados de Rusia o surcando de por vida los mares caribeños, como los no tan antiguos ni extintos piratas, y sintió que se reconciliaba con la tragedia de no volver a verla.

—Es una perspectiva muy bonita —murmuró.

Bluebell alzó la cabeza hacia él. Esta vez fue su turno de quedarse mirándolo.

Fuera lo que fuese que la joven viera en su expresión, tuvo que ser digno de que se apiadara de sus disculpas, porque curvó los labios en la única sonrisa que Charles se merecía: una sonrisa moderada y no del todo confianzuda, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Siento que la inclusión de su madre en sociedad le supusiera un calvario —reconoció con el corazón en la mano—, y créame que ahora entiendo el porqué de sus reticencias. Pero no puede sabotear de entrada las oportunidades de otras jóvenes diferentes en

temperamento y circunstancias. Es de su futuro de lo que estamos hablando.

—Incluso si sopesara lo que me pide, es usted consciente de que la apuesta sigue en pie, ¿verdad? Puede que ya no importe quién ganará qué —le concedió Charles—, pero todavía es menester descubrir quién vence a quién.

La sonrisa de Bluebell se tornó retadora.

—No esperaba menos de usted, milord.

—Dicho eso —añadió antes de que ella lo despidiera con cajas destempladas—, y como pretendo que mis disculpas no caigan en saco roto, me he tomado la libertad de encontrar el regalo preciso para compensarla por los... comportamientos que pudieran haberle saboteado una oportunidad dorada. Se trata, como le digo, de un regalo, así que no puede rechazarlo y tampoco interpretarlo como un intento de soborno para ganarme su perdón.

La suspicacia regresó a la expresión de Bluebell.

—¿De qué se trata?

Charles giró en redondo para recuperar el paquete envuelto en papel fino. Intentó hacer caso omiso de los agitados latidos de su corazón, pero para cuando se lo tendió procurando parecer desenfadado, como si fuera el mensajero y no el urdidor, su ritmo cardiaco era tan delator que temió que ella pudiera escucharlo.

Por fortuna, Bluebell sentía tanta curiosidad por el presente que se concentró en desenvolverlo con una gentileza llamativa. Tal vez Charles se equivocara imaginando que, de haberse dado la tesitura, le habría entregado su vestido tironeándose de las hombreras. Tal vez hubiera tiento y dulzura en la señorita Corrin, después de todo, y fuera capaz de regalar caricias.

«No vayas por ahí, Charles».

Más allá de que ella pareciera haberle perdonado —o estar en el camino, lo que ya era un comienzo—, sentía que se había quitado un gran peso de encima. No tenía nada que ver con su absolución, o no exclusivamente, sino con el hecho de haberse revelado como un hombre con un pasado, unas pesadillas, una honda pena, y que Bluebell no lo hubiese juzgado ni por venganza ni por simple malicia.

Charles había cometido el error de acostumbrarse a sus réplicas desdeñosas con lo que eso conllevaba: asumir que no había bondad en su corazón y que era mejor que su interacción se mantuviera en terreno pantanoso, o de lo contrario se llevaría una inexplicable pero tortuosa decepción descubriendo que no había nada en ella más allá de un encomiable carisma para devolver los golpes. Resultaba que Bluebell no era una criatura acusada de amargura o resentimiento, y demostraba tanta manga ancha con los errores de los demás como con los suyos propios. Y por si le hubiera cabido la menor duda al respecto, la misma muchacha lo confirmó definitivamente reaccionando como una niña a la visión de su nuevo vestido.

—Dios mío —jadeó. Se llevó la mano a la boca para ocultar un gimoteo—. Dios mío... ¡Dios mío! ¿Es este mi vestido? —Buscó su mirada, interrogante—. ¿El único vestido que traje? ¿Cómo ha conseguido que parezca...? ¿En qué momento lo tomó prestado? Ayer por la mañana me lo estaba probando; ¿en tan poco tiempo ha conseguido que...? Dios santo, es...

—¿Le gusta?

—¡Es precioso!

Antes de que Charles pudiera reaccionar, Bluebell se lanzó sobre él, vestido aún apoyado en el codo, y lo envolvió con sus largos brazos. Él tardó en asimilar que la muchacha había tomado la iniciativa, pero una vez interiorizó lo que significaba el gesto, una vez se descubrió envuelto en su olor femenino, su piel tibia presionada contra la de él, se le formó un nudo en la garganta y renunció a todo principio para devolverle el abrazo.

Charles se inclinó sobre sí mismo para apoyar la barbilla sobre su coronilla y luego, acuciado por una necesidad más grande que él mismo, hundió la nariz en su hombro y la estrechó con fuerza.

También Charles sentía que debía darle las gracias. Por escucharlo sin juicio, por ponerlo en su sitio, por haber teñido de colores —colores rojos y tan vibrantes que cegaban, todo había que decirlo— una existencia gris. Pero más que agradecimiento, ante todo se sentía impelido a fusionarse con ella, a extinguir en su cuerpo flexible y estrecho una pasión que no había podido reprimir ni en beneficio de su reputación, que para él era tan importante.

Casi cruzó los codos a su espalda. Más que estrechar, estaba apresando su cintura; la cercaba para evitar la escapatoria. Charles se encogió como un erizo, pues erizado estaba de deseo, y le rozó el cuello con los labios entreabiertos.

La sintió estremecerse entre sus brazos y no hacer nada para protegerse de sus cada vez más apremiantes necesidades. Tuvo que morderse la lengua para no destruir el momento de complicidad con una confesión que echaría por tierra los últimos avances.

O, peor, con un ruego.

«Por favor, déjame besarte otra vez. Te lo suplico».

Como si Bluebell lo hubiera escuchado, se las arregló para desasirse de su agarre sin aspavientos bruscos y dio un paso atrás con la vista fija en el suelo.

Charles la oyó carraspear. La oyó y no *la vio* porque tenía los ojos tan vidriosos que la distinguía borrosa y duplicada. Dos señoritas Corrin. Dos Bluebells.

No sabía si eso le aterraba o por el contrario nutría el mundo de profundidad y belleza.

—Solo para que conste —se apremió a decir él—, la señorita Poitier fue la que metió la mano en su equipaje y me proporcionó el vestido para que pudiera llevárselo a la modista. En ningún momento penetré en sus aposentos y ni mucho menos hurgué entre sus pertenencias.

—Me lo figuraba, milord. No tiene por qué excusarse. Encontraré la manera de compensarle el esfuerzo —añadió ella con la respiración agitada. Se había llevado la mano a la garganta, ahí donde él había dejado escapar un aliento cargado de anhelos apenas unos segundos atrás—. Este regalo sobrepasa con creces mis expectativas y no sería justo que no se lo retribuyera.

Charles esbozó una sonrisa débil y se preparó para abandonar la estancia antes de que los bajos instintos le convencieran de arruinarlo todo.

—Resérveme un baile esta noche —le pidió—, y así usted y yo estaremos en tablas.

Capítulo 13

—¿Crees que debería buscar esposa?

Charles apartó la vista del portón de entrada al amplio salón de Almack's. Miró a su hermano con la perplejidad que merecía una proclama de semejantes características.

—Ese, Reggie, es un conjunto de palabras que jamás creí que saldrían de tu boca.

—Yo tampoco, pero me debo a hacer las delicias de mi público y empiezo a darme cuenta de que me he convertido en un sujeto la mar de predecible —se lamentó con un suspiro—. Nuestros pares me ven presentarme en una fiesta y lo único que piensan es que voy a beber hasta perder el sentido y voy a levantar la falda de sus mujeres.

—Y no se equivocan.

—No se equivocan, no, pero deberían hacerlo. ¡No se me debería poder ver venir de tan lejos!

Charles miró al reflexivo Reginald con el rabillo del ojo. Solo un instante. No quería perderse la magnífica entrada de las alumnas de la escuela, en concreto la de Bluebell con su vestido nuevo.

Ya de primeras le había parecido una confección de calidad incuestionable y estaba convencido de que sus tonos dorados y lechosos favorecerían la piel y el cabello de la muchacha, pero hasta que no lo luciera no podría confirmar si la modista había realizado o no un trabajo exquisito.

—Y por eso ahora sopesas el matrimonio. Porque no quieres ser previsible.

—También pesa una razón de no menor importancia, y es que detesto ir a la zaga contigo. Es obvio que tú te has enamorado, y no te puedes ni imaginar lo desorientado que eso me hace sentir. Me atrevería a decir que incluso te envidio, y creo que sentir envidia de un hermano menor contraría las leyes del universo. Deberías ser tú

quien ardiera de celos porque nunca podrá replicar mi magnificencia ni mi...

Charles había dejado de escucharlo después de oír lo que no podía entenderse de otra manera que no fuese una acusación. Ganó tiempo sorbiendo rápido de la copa de champán que los lacayos iban distribuyendo a lo largo de la sala y lo confrontó a sabiendas de lo que se encontraría: la sonrisa lobuna de un marqués con una marcada debilidad por sacarle las canas verdes a su parentela.

En especial a él.

—¿De qué diantres estás hablando ahora? —Hizo una pausa necesaria para sacudir la cabeza y compartir una legítima confidencia con el borde de su copa—: ¿Siquiera deseo saberlo?

—La otra noche, en Arlington Abbey, no apartabas la vista de una jovencita poco agraciada pero sin duda interesante que recibía las atenciones del trapacero de Richard Pharrell. Luego está, por supuesto, la cuestión del vestido robado...

—No lo robé.

—... y a posteriori arreglado —prosiguió sin prestarle atención—. Por si fuera poco, no has apartado la vista de la puerta desde que hemos llegado, como si de allí fuera a emerger Dios en persona para resolver tus dudas teleológicas más acuciantes.

—No sabes lo que significa «teleológico», y lo que tengo claro por descontado es que si Dios apareciese, no sería para resolver tus dudas más acuciantes, puesto que lo único que cruza tu pensamiento son sandeces de elevado calibre. Respondiendo a tu pregunta inicial, Reggie, no solo te invito a desposarte, sino que te lo ruego. Con un poco de suerte, estarás tan entretenido torturando a tu nueva esposa que no te sobrará el tiempo para importunarme a mí con ridiculeces.

—Que te pongas a la defensiva no hace sino confirmar mi teoría —lo pinchó con una sonrisa satisfecha. Lanzó una mirada soñadora a las arañas del techo, que refulgían como supernovas—. ¡Ah, me corroen los celos! ¿Cómo es el verdadero enamoramiento, Charles? Porque he llegado a la conclusión de que nunca he amado, o por lo menos no más de lo que dura una noche.

—Eso es porque confundes amar con acostarte con una mujer.

—¿Acostándote con una mujer no la estás amando, acaso? —rebatió con una ceja enarcada.

—No, Reginald —respondió en el tono que se usaba con los cansinos, los idiotas o ambos—. La estás deshonrando.

—¿Y eso quién lo dice?

—La divinidad que ya te advierto que no va a entrar por esa puerta. También las patronas que han organizado esta fiesta, que gozan de no menor influencia u omnisciencia que el mismísimo Señor. O eso cabría pensar —vaciló después de un instante de meditación—, pero si te han invitado al feliz debut de hoy debe de ser porque no tienen ni idea de que te has acostado con la mitad de la concurrencia. La otra mitad solo está en lista de espera —concluyó.

El marqués lanzó un bufido en desacuerdo y se fingió ofendido por la etiqueta que su hermano le había colgado, si bien debería saber mejor que nadie que dormir con una dama que no era la propia se estimaba una canallada imperdonable. Quizá no lo tuviera tan presente como Charles, sin embargo, quien no cesaba de advertirse de los reproches personales y ajenos a los que se enfrentaría de por vida si no dejaba de fantasear con lo prohibido.

A diferencia de la mayoría de las amantes de Reginald, Bluebell Corrin no era ni una viuda, ni una actriz, ni una cantante de ópera. Era una alumna de la escuela que Charles regía y, dentro de escasos minutos, en cuanto la reina la despachase con un asentimiento más o menos respetuoso, una inocente debutante.

—Si te casaras con ella no la estarías humillando —comentó Reginald como si tal cosa.

Charles le dirigió una mirada entre resentida y preocupada porque hubiera contestado a las dudas que le perseguían.

¿Cómo se atrevía a asomarse a los deseos más íntimos de su corazón?

¿Cómo se atrevía a tratar de ponerles remedio?

Si algo había aprendido Charles desde muy niño, era que los deseos se sufrían hasta que se desvanecían. En ningún caso se les prestaba atención y ni mucho menos se les buscaba una solución.

—Te lo dije no hace mucho, Reggie. —Presionó los labios ya fruncidos—. No odio a ninguna mujer lo suficiente como para exponerla a la vergüenza de un matrimonio con un bastardo. Ni siquiera a ella —añadió por lo bajo, pues qué sentido tenía seguir ocultándose.

Tras la humilde confesión, Reginald no prorrumpió en aplausos entusiastas ni bailó una danza prehistórica a su alrededor señalándolo como un patético enamorado. Charles agradeció que no se regodeara en su desgracia. Si bien le profesaba un gran respeto a su fascinación por Bluebell, tanto así que evitaba no analizarla, no le gustaría que su hermano deshiciera la maraña resolviendo que era amor y no otra cosa lo que le tenía el alma en vilo.

—En tal caso, CharChar, te tocará odiarte a ti mismo de por vida por haber permitido que otro te robara el honor de desposarla —dijo Reginald—. Al fin y al cabo, ¿no es a eso a lo que viene aquí tu señorita? ¿A encontrar marido?

Reggie no había dicho nada que Charles no supiera, pero aquella era una certeza eclipsada o, al menos, pospuesta gracias a la distracción del día a día que había estado compartiendo con Bluebell. Se giró hacia su hermano con cara de pasmo y una desorientación que pronto se transformó en puro desprecio hacia sí mismo.

Por Dios santo. Había apostado con la señorita Corrin que no se casaría y había estado tan convencido de que no lo conseguiría que no había pensado ni por un segundo que tendría que verla con sus propios ojos en brazos de otro hombre. Los celos sin duda reveladores que experimentó hacia el señor Pharrell le habían parecido apenas un toque de atención; nada que pudiera tildarse de peligro abierto y que ni mucho menos pudiera conllevar el riesgo de perderla.

Claro que no es que se le hubiera ocurrido hasta entonces que perderla le fuera a suponer un problema.

Abrió la boca para decir algo, no sabía el qué, pero justo entonces el portón se abrió y una fila de jovencitas vestidas pulcramente de blanco —blanco y plateado, blanco con flores amarillas, blanco con dorado— accedió en tropel al corazón de la estancia. Todavía

desconcertado por el cuchillo que Reginald le había puesto en el cuello, Charles buscó con la mirada a Bluebell. Estaba seguro de que ya con un primer vistazo sabría si había recibido la venia de la reina de Inglaterra o si había tropezado en el camino de presentarle sus respetos.

Tenía que haberse dado la primera contingencia, porque la señorita Corrin resplandecía sobre el resto como una estrella en el firmamento. Incluso sin conocer a la modelo, la modista le había hecho tal justicia con su vestido que por un momento se quedó sin respiración.

Sabía cómo era su cuerpo porque la había mirado, por Dios que la había mirado; la había mirado atravesado y también con fascinación; con mayor o menor desprecio, pero siempre con una fijación que le había permitido estudiársela de memoria. Sabía cómo era su cuerpo, asimismo, porque lo había tocado en dos delirantes ocasiones. Pero ahora se le ofertaba la oportunidad de conocerlo de otro modo, de verlo engalanado, de confirmar que tenía un potencial innegable.

El corsé le había reducido la cintura de por sí estrecha al menos seis centímetros, y el escote, aunque comedido, no disimulaba la curvatura de los pechos, pequeños pero turgentes. El cabello, esa noche más dorado que castaño por el reflejo de las lámparas de araña y los destellos del vestido, le caía en bucles por la espalda gracias a una magnífica elección de semirrecogido.

Estaba sonrojada y a todas luces entusiasmada, pero lo disimulaba con esa fuerza de voluntad nacida de la madurez que le tenía maravillado a la par que intimidado.

Le acorralaron dos emociones contradictorias. La primera fue la certeza de que otros hombres verían lo mismo que él y se sentirían atraídos de idéntica manera, con la diferencia de que esos otros hombres disfrutarían de una oportunidad realista de ganarse sus afectos y su mano en matrimonio. La segunda fue una honda tristeza que no supo por dónde empezar a abordar.

Si no hubiera sido cruel, clasista e insufrible, ahora Bluebell buscaría su mirada por todo el salón para compartir con él la euforia de la puesta de largo. Pero no lo buscaría, y tal vez no querría ni

verlo, porque en lugar de haberla apoyado se había erigido como su mayor detractor.

«Estúpido, estúpido, estúpido».

—Si sigues mirándola así, hermano, vas a meterla en un serio problema —le dijo Reginald—. Entiendo tu fascinación. La muchacha tiene algo aún mejor que la belleza: tiene personalidad. Pero procura que no te delate la cara o la joven caerá... y tú con ella.

Charles siguió el consejo de su hermano esforzándose por moderar la expresión.

Vio que Bluebell paseaba la vista por el salón, no sabía si buscando un refrigerio refrescante, un rostro conocido o solo un rincón donde ponerse a salvo de la atención brutal que los críticos solteros vertían sobre ella. Descubrió, y no sin una febril ilusión, que era a él a quien pretendía dirigirse: la discreta búsqueda de la muchacha concluyó en cuanto sus miradas coincidieron en la distancia.

A Bluebell no debía preocuparle tanto como a Reginald que les delatara su complicidad, quizá porque estaba convencida de que a nadie se le ocurriría vincularla en modo alguno, ni mucho menos romántico, con lord Charles Witherow. Lo demostró que, con disimulo, le dirigiera una pequeña reverencia con la que pretendía que valorase el vestido.

Ese era su agradecimiento.

Como atraído por el canto de una sirena, Charles hizo el amago de avanzar hacia ella. Interpretó como un presagio de su futuro y estrepitoso fracaso que una espalda ancha se interpusiera entre los dos: un caballero no había querido perder el tiempo y se había acercado a ofrecerle un baile.

Charles reprimió una blasfemia apretando las mandíbulas. No le quedó otro remedio que verlos dirigirse al corazón de la sala tomados de la mano. Lo que al principio había sido una molestia soportable se convirtió en un ramalazo de celos al reconocer al hombre que había salido disparado hacia Bluebell: Richard Pharrell.

—Vaya. Eso ha sido rápido —comentó Reginald mirándose el borde de las uñas.

—Cállate, Reggie.

—Si no puedes tolerarlo, haz algo para evitarlo.

—Por supuesto que puedo tolerarlo —masculló. Al comprobar que le temblaban las manos, soltó la copa en una de las bandejas que pasaban volando por su lado. Las escondió de Reginald y de sí mismo en los bolsillos de la chaqueta y se obligó a serenarse con una profunda inspiración. Tuvo que traer de vuelta al frío Charles Witherow que había realizado las entrevistas de las aspirantes al programa de becas—. No sé qué diablos te ha dado a entender que albergo el menor género de sentimientos por la señorita Corrin. Es una mujer testaruda, insolente y sin ninguna clase. La única razón por la que me inquieta que haya encontrado un pretendiente es porque corro el riesgo de perder la apuesta.

Aquello captó la atención de Reginald más rápido de lo que lo habría conseguido una belleza rubia en ropa interior. Si algo había en el mundo que interesara al marqués en mayor grado que la unión de dos cuerpos, eso era una travesura.

—¿Apuesta, has dicho?

—Si se casa en su primera temporada, tendré que mantener las subvenciones de jóvenes humildes intactas. Si no lo consiguiera, su fracaso me habría provisto del pretexto perfecto para suprimirlas y poner fin así a la pantomima de que existe la igualdad de oportunidades en este mundo enfermo.

Viendo que Reginald no contestaba enseguida pero mantenía la vista fija en su perfil, Charles se giró hacia él con hastío.

Le sorprendió ver una sonrisa incrédula pintada en sus labios.

—Dios es testigo de mi obsesión con las apuestas, que pueden abarcar desde el premio más fútil e insulso hasta una ganancia impagable —señaló el hermano mayor—, pero apostar el futuro de decenas de muchachas, tal vez cientos en el próximo siglo, al triunfo o el fracaso de una sola, es una absoluta tiranía, Charles. ¿Cómo pones sobre los hombros de la señorita Corrin una responsabilidad semejante? ¿Y cómo es que tú, precisamente tú, te opones a que una mujer se asegure la vida mediante un matrimonio digno?

Charles abrió la boca para defenderse tal y como se había defendido del reproche similar de Bluebell, pero no había acusación en el tono de Reginald, sino una profunda tristeza relacionada con la

decepción, lo que ni por asomo lo hacía más digerible. Quedó totalmente indefenso frente al señalamiento de su hermano, quien, por haberlo acostumbrado a chanzas y conversaciones frívolas, se erigía como la implacable voz de su conciencia las pocas veces que empleaba la sesera para reprenderlo.

—No lo sé —admitió Charles al final. Devolvió la vista a Bluebell, que ya había comenzado a bailar su segunda pieza con el mismo acompañante—. No lo sé, Reggie. Creo...

—¿Qué crees?

—Creo que soy un hombre sin imaginación —confesó después de tragar saliva—. Si fuera algo más creativo, habría improvisado una excusa mucho menos despreciable para asegurarme de que la señorita Corrin permanecía cerca de mí. Y quizá se me habría ocurrido tomar otra senda si el solo hecho de conocerla no me hubiera obligado a ver que mi madre podría haber triunfado. Si hubiera tenido otro carácter, si no se hubiese dejado amilanar por la crítica externa, si se hubiese revestido de la fortaleza impenetrable de Bluebell, tal vez su destino habría sido la mansión de un amable aristócrata, o una vida sin compañero pero con amistades afines y dinero a raudales... y no el que selló para sí misma abandonando este mundo. En la señorita Corrin he visto desde el principio lo que ella podría haber tenido si hubiera perseverado.

—Tu madre tenía otro espíritu —convino Reginald con una seriedad que le era impropia. Había clavado la vista en las parejas de baile que, ajenas a la conversación como ajena era la luna al sol, reían y se tocaban las cinturas y los hombros con la excusa de la danza—. Eso no la hacía menos maravillosa.

—La hizo más infeliz.

—No era su culpa —atajó en el tono que no admitía réplica—. No todo el mundo está hecho para la vida aristocrática.

—¿Y por eso tenía que quitársela? —bramó Charles.

Reginald se envaró al escucharlo.

Él también había querido terriblemente a la difunta señora Fontana, hija de un emigrante italiano y una aspirante a actriz del barrio de Spitalfields. Incluso juraba haberse enamorado de ella nada más verla la primera vez, con once tiernos años y ninguna idea

de que formaría parte de su familia como la madre de su único hermano.

Por lo general, Charles nunca había envidiado a Reggie, pero lo que respectaba a su madre le sacaba a la luz los más puros y también los más crueles instintos: y es que tras la tragedia, le costó conciliar el sueño sabiendo que Reginald, por ser mayor que él, conservaba y conservaría para siempre mucho más nítidos los recuerdos de su madre. Los positivos y también los dolorosos, pues a fin de cuentas le llevaba tres años al único hijo de la señora Fontana cuando esta amaneció fría en la cama con una nota escrita a mano en la mesilla de noche.

Reginald debía acordarse muy bien de la estampa.

Tan bien como para querer borrarla.

El hermano mayor le puso una mano en el hombro a Charles y esperó a que enfocara la vista para hacer hincapié en cada sílaba.

—A veces parece que muertes como la suya no sirven para más que cubrir de tragedia la vida de sus seres amados —le dijo con expresión solemne—, pero si nos esforzamos por leer entre líneas el significado de su renuncia a la vida, entenderemos que lo que más habría deseado no es que a otras jóvenes se las privara de oportunidades como la suya, sino que las demás tuvieran más suerte que ella.

Reginald dio por concluida la conversación apretándole el hombro en señal de afecto.

Por más justo que hubiera sido el padre que les había legado a ambos su sangre, nunca había sido cariñoso ni había estado presente en la crianza de los muchachos; era víctima de sus responsabilidades para con la Cámara y las haciendas a su nombre y estimaba que dedicar tiempo a los vástagos era materia de mujeres. Sorprendía, pues, que Reginald no solo hubiera llegado al mundo lleno de un amor ilimitado, sino que ni la adversidad ni la distancia de sus parientes se lo hubieran agotado.

Era como si su hermano mayor hubiera venido de otro mundo, tan aristocrático para algunas cosas y tan increíblemente humano para otras.

—Ahora creo que deberías ir a impedir que el señor Pharrell baile su tercera danza con la señorita Corrin —le sugirió Reginald—, porque no parece que ella esté al corriente del escándalo en el que podría convertirse que repitiera cuadrilla con el mismo pretendiente.

Capítulo 14

¿Cómo era posible que encontrara más excitante una acalorada discusión con Charles Witherow, por preñada de agravios e impertinencias que estuviera, que los halagos de Richard Pharrell?

Bluebell no había dejado de preguntárselo desde que el agradable pretendiente se interpusiera en su campo de visión, el que segundos antes le había estado permitiendo comunicarse mentalmente con el hombre que se había reconciliado.

¿O no? ¿Era pronto para cantar victoria? Y, en el caso de que no lo fuera y en efecto hubieran pactado una amistosa alianza, ¿era una victoria como tal?

Cientos de preguntas circulaban por la cabeza de Bluebell como un carrusel, y no ayudaba que además estuviese brincando y levantando los brazos al ritmo de la música orquestal. Acababa de terminar la segunda pieza que encabezaba con Richard como compañero de baile y todavía estaba sin aliento, mareada y sin saber muy bien cómo comportarse, si le era propio celebrar que un hombre hubiera manifestado interés en ella ya de entrada o si sería preferible analizarlo todo desde un punto de vista objetivo.

Por suerte, y aunque el señor Pharrell le había caído en gracia, no albergaba por él la clase de sentimiento que debiera ser sofocado a cualquier precio. Se sentía cómoda en su presencia y participando en su conversación, lo que significaba que nunca supondría una amenaza para su autodominio. No podía decir lo mismo del caballero que, aprovechando que la cuadrilla había tocado a su fin, se acercaba a paso ligero en su dirección.

Richard le estaba contando una divertida anécdota familiar cuando Charles se plantó ante sus narices con aquella expresión de maestro severo que le imponía y atraía a partes iguales. A partir de ese momento, la música y el pretendiente dejaron de existir. Solo importó el vano esfuerzo que hacía el cuello de su camisa almidonada para cubrir con pudor la nuez de Adán y la esbeltez de

la garganta masculina, cómo la chaqueta de piqué se estrechaba en su cintura haciéndolo parecer aún más inalcanzable, las mejillas rasuradas para la ocasión que despejaban el rostro de conmovedora hermosura y concentraban toda la atención en los ojos de mirada penetrante que se dirigieron a ella en exclusiva.

—Vengo a cobrarme mi baile, señorita Corrin. No habrá olvidado la deuda, ¿verdad? —inquirió, y le tendió la mano en un gesto que debió captar el interés de todo el salón.

Así le impedía rechazarlo sin hacerle un desaire que le saliera muy caro.

No iba a rechazarlo, aun así, pero Bluebell frunció el ceño porque la pusiera en un compromiso cuando era evidente que tenía que priorizar las atenciones de Richard. Se resignó a aceptar el guante que le tendía y dejó que la condujera de nuevo al centro del salón.

Durante el camino, no supo de qué fue más consciente, si de los dedos masculinos que apresaban los suyos con suavidad a la vez que determinación o de la hilera de volantes inferiores que barría el suelo.

Estaba tan desacostumbrada a moverse con un vestido de la longitud adecuada como ilusionada por poder experimentar la sensación.

Bluebell esperaba que la orquesta arrancara con una polca o una contradanza, un ritmo alegre como alguno de los previos, pero escogieron ese momento de la noche para percutir los acordes de un vals. Intentó disimular cuánto la preocupaba hacer el ridículo en público con una coreografía que no le era conocida. Él lo notó y tomó la iniciativa cogiéndola por la cintura y la mano como hicieran en la salita aquella misma tarde.

Desde su impresionante altura, Charles tenía que agachar la mirada con los párpados entrecerrados para ponerle la debida atención. Esto confería a su expresión un inevitable aire de superioridad que Bluebell había deleznado desde el principio, pero que tras sus confesiones y arrebatos de debilidad no podía evitar contemplar como un rasgo más de su atractivo. Era su manera de protegerse del juicio externo, y ella no solo lo entendía sino que lo compartía, pues sus métodos defensivos eran los mismos.

—Supongo que las maestras no la informaron de que bailar tres veces con el mismo caballero es motivo de habladurías y, en última instancia, de la apresurada celebración de un matrimonio de conveniencia.

—Y tenía que venir usted a impedir que ganara la apuesta anunciando mi compromiso después de esa tercera pieza, ¿no? —Enarcó una ceja. No le había parecido que pretendiera reprenderla por, de nuevo, exhibir un comportamiento impropio, pero la fuerza de la costumbre la impelía a buscarle las cosquillas—. El señor Pharrell parecía más que dispuesto a bailar conmigo de nuevo, sea lo que sea que signifique eso.

—Significa que le falta educación para hacerse llamar caballero. Le ruego, una vez más, que no se ponga en situaciones en las que se pueda cuestionar su honor, señorita Corrin. O, peor aún, su indudable inteligencia —añadió, todavía mirándola desde muy arriba con la espalda recta—. No pretenderá usted casarse con el primero que le propone un baile, ¿verdad? Una joven tan espabilada y perspicaz barajará sus opciones antes de tomar una decisión de tamaño calibre.

—Precisamente porque soy espabilada y perspicaz reconozco que mis opciones brillarán por su ausencia y que más me vale mostrarme solícita y afectuosa con mi único pretendiente. Y, créame; si hubiera sabido que el vals sería la tercera pieza que cerraría el trato, habría encontrado el modo de librarnos a él y a mí del bochorno. Le recuerdo que no sé bailar al compás de tres por cuatro.

—En ese caso, aproveche que ahora el vestido le cubre los pies para subirse a mis zapatos y dejarme hacer lo propio —dijo, y no era una sugerencia por más que pudiera parecerlo.

Charles Witherow, hijo de costurera o no, nunca hablaba, sino que sentenciaba. Era evidente que la sangre paterna había impuesto su supremacía respecto de la materna, porque lo que tenía ante sí era un aristócrata con todas las de la ley.

No obstante, saltaba a la vista que una ruidosa minoría entre los invitados a la ceremonia no compartía su opinión. Nada más acceder al salón, Bluebell había echado un vistazo inteligente a la concurrencia para averiguar cuáles eran los ánimos y las primeras

valoraciones que hacían de las debutantes. Había terminado fijándose con particular interés en los hombres y mujeres que exhibían incomodidad en presencia del presunto bastardo.

Bluebell todavía no comprendía cómo se podía ser un bastardo cuando el padre le había otorgado su legítimo apellido. Distinto sería que debiera presentarse con el de su madre porque su familia paterna se negaba a mirar en su dirección.

No era el caso.

—Por pisar al antes hijo y ahora hermano de un marqués podrían revocarme futuras invitaciones a Almacks, milord —respondió ella.

—No si el hijo y ahora hermano de un marqués le da permiso para torturarle. No es que lo haya estado necesitando, por otro lado —apostilló con cierto aire risueño.

Bluebell pestañeó, confundida con su cambio de actitud. No estaba en posición de rechazar el ofrecimiento, y la verdad era que con el vestido arrastrando un dedo más de lo que debiera —parecía condenada a no llevar nunca un traje ajustado a su medida—, nadie descubriría que bailaba subida a los zapatos de su compañero.

Cuando obedeció contaba, por supuesto, con el hecho de que la travesura la pondría a una distancia lo bastante decorosa para no alarmar a la concurrencia, pero lo suficientemente impropia para que a ella se le acelerara el pulso.

El vals comenzó antes de que pudiera decir una palabra más.

Le habría gustado concentrarse en las direcciones y movimientos que emprendía Charles, pero la etiqueta de la coreografía demandaba que se mirasen a los ojos y Bluebell no había tenido en consideración que encontraría en su semblante la chispa apagada de una amargura que aún dolía. Le extrañó que el sufrimiento se cogiera de la mano de la nostalgia en una noche festiva como aquella, y no pudo evitar que la curiosidad se le escapara por los labios.

—¿Por qué está triste?

Los pies de él vacilaron un segundo inapreciable para quienes los mirase de lejos. Vio en sus ojos la pregunta que no haría: «¿Cómo lo ha sabido?»

Sería ridículo que esa fuera su respuesta, pues al fin y al cabo Charles la había acostumbrado a sus cambios de humor hasta tal punto que podía reconocerlos al vuelo.

Ese íntimo conocimiento, del que no había sido consciente hasta entonces, la descolocó.

—Nuestra conversación de esta tarde —dijo como toda respuesta —. Digamos que ha reabierto antiguas heridas.

—A veces es necesario reabrir las heridas para cerrarlas definitivamente, ¿no cree?

Charles sacudió la cabeza en la medida en que la coreografía y el equilibrio se lo permitieron.

—Hay heridas que siempre arderán. Es importante hacer las paces con ello cuanto antes para no lastrar de por vida la amarga esperanza de sanarlas.

—Desconocía este lado pesimista suyo, milord.

—¿Y lo deplora tanto como esos otros lados míos, o con este tendría compasión?

Bluebell fingió pensarlo.

Estaba triste, recordó. Por más tentador que fuera sucumbir al desahogo de una discusión, no era el momento apropiado porque él estaba vulnerable, y lo que era más importante, había tenido la humildad de admitirlo abiertamente.

Eso bien merecía la recompensa de su piedad.

—Por milagroso que le parezca, hay aspectos de su carácter que no encuentro del todo reprobables.

Él la sorprendió esbozando una sonrisa guasona.

—¿Ah, sí? Por favor, ilumíneme con una pequeña muestra de mis virtudes.

—No ha hecho usted nada para ganarse un halago de mi parte, milord —le reprendió con buen talante—, y ni se le ocurra volver a sacar a colación el vestido como una deuda que me ha quedado debiendo. Inicialmente se refirió al gesto como un regalo, y los regalos no se devuelven; se agradecen.

—Agradézcamelo con su sinceridad, señorita Corrin. Dígame qué salvaría de la azotea de mi mente si la casa estallara en llamas.

—Su agilidad mental para devolver mis pullas —respondió sin meditarlo demasiado—. Su divertido aunque retorcido sentido del humor. El hecho de que sabe disculparse, sorprendente viniendo de un aristócrata de su categoría o de un hombre a secas; al final, nunca he tratado con un espécimen masculino dispuesto a asumir sus errores. No son virtudes suficientes o solo equiparables con su apariencia física, que le hace muy flaco favor al situarse dramáticamente por encima de su valor intelectual o personal, pero las posee y es de justicia reconocérselas.

—¿Quiere decir con eso que me encuentra usted atractivo?

A Bluebell no se le había ocurrido que pudiera interesarle seguir la conversación por esa ruta. También le sorprendió que la reacción corporal se le adelantara al raciocinio y se sonrojara antes de hallar las palabras precisas para ahuyentar su coquetería.

—Como de seguro ya le habré mencionado en otra ocasión, no estoy acostumbrada a tratar con la nobleza.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que todos los nobles le parecen agradables a la vista?

—Disponen de mayores recursos para empolvar sus eminentes narices —rezongó.

Todavía demoró unos segundos en devolverle la mirada, y todo para descubrir que él ya la estaba observando con una calidez sobrecogedora. Al menos ella se sobrecogió, y no pudo disimularlo porque aun sosteniéndola en una postura perfectamente decorosa, Bluebell sentía sus brazos cercarla por todos los flancos.

No la ayudó a centrarse que Charles soltara una pequeña carcajada.

—Le sorprenderá saber que guardo mayor parecido con mi madre que con mi padre, es decir; con la parte que no disponía de recursos para empolvar sus eminentes narices. Soy moreno de piel como ella, tengo los ojos verdes como ella...

—¿También heredó de su madre el mal carácter?

—En cierto sentido, pero no en el literal. Creo que perderla cronificó algunos de mis insufribles defectos y desde entonces cargo conmigo esta amargura que usted encuentra lógicamente intolerable —contestó con un admirable desenfado, determinado a no dejar que

Bluebell interpretara su respuesta como una recriminación—. También debo disculparme por haber pagado con usted la irascibilidad que no me he atrevido a volcar sobre otros que de seguro lo merecían más.

—¿Quiénes lo merecían más?

—Quizá mi propia madre —la sorprendió diciendo—, pero ya no está entre nosotros como para escucharme.

—¿Qué le diría si lo estuviera? Dígamelo a mí, aprovechando que ha adquirido el vicio de sincerarse conmigo —sugirió con buen ánimo —. Háble me como si fuera su señora madre.

Charles hizo una ruta por todas las emociones imaginables al recibir su propuesta. Pasó de la sorpresa inicial a la duda, de la duda al recelo, del recelo a la chispa de curiosidad, de la chispa de curiosidad al agradecimiento, del agradecimiento a la ternura, y así en un bucle infinito que Bluebell no atinó a desenrollar antes de que su expresión se sentara en la dulzura.

—Si lo pienso, la verdad es que podría ser ella, igual que la señorita Poitier o la señorita Vallans podrían ser ella; hace mucho tiempo que olvidé las formas de su rostro y solo puedo formarme una ligera idea de lo que fue cuando me observo en el espejo o sufro un pronto de temperamento. Le agradezco con el corazón en la mano que me ofrezca una vía de desahogo —añadió, e hizo una pausa para presionar con suavidad su espalda con los dedos, ahí por donde la sostenía con firmeza—, pero, en realidad, no podría usted ser mi madre ni nada que se le asemeje. Usted es su propia persona, señorita Corrin, y los instintos que su persona despierta en mí se alejan vertiginosamente de los que genera una figura materna.

Bluebell temió la reacción antinatural que sacudió su cuerpo; antinatural, sobre todo, porque le pedía dos cosas tan opuestas como solo podían serlo acercarse y alejarse. No podía obedecer ninguno de los dos impulsos en pleno vals, pero si le hubiese sido dado escoger, sin duda habría puesto pies en polvorosa.

Era una mujer valiente, pero antes que eso era una mujer inteligente, y sabía que había deseos que no solo convenía respetar con el temor de Dios, sino de los que era menester huir.

Quedaba confirmada, pues, la sospecha que había estado barruntando desde su primer encontronazo con Charles: que la enemistad inicial no había sido la inevitable conclusión de una antipatía natural, sino una barrera erigida por necesidad para evitar que la desbordaran los sentimientos que le inspiraba. Le era más cómodo despreciarlo, por doloroso que fuera el odio en altas dosis y durante períodos continuados, que admitir que la obsesionaba.

No soñaba con ser correspondida, claro estaba, y ahí residía el quid de la cuestión. Charles había hablado de instintos que ella le despertaba, que no sentimientos, y los bajos instintos de un hombre no le resultaban ni halagadores ni cuadraban con la idea de futuro que había ido construyendo piedra a piedra para que nadie, ni siquiera un aristócrata con carácter y encanto personal, osara hacerla dudar de sus prioridades.

Y su prioridad era llevar una vida tan respetable como ansiaba que respetable fuera la vida de su hermana.

—¿La he ofendido? —preguntó él viendo que se quedaba en silencio.

—¿Le preocuparía haberme ofendido, acaso? —barbotó con un nudo en la garganta. Lanzó una mirada desesperada a la orquesta. ¿Sería posible que se estuvieran recreando en el compás tres por cuatro para retrasar su escapada? *¿Cuánto duraba un vals, por Dios santo?*—. Sabe qué opinión me merecen las demostraciones de pasión, milord, y sabe aún mejor la que me merecen las suyas en concreto. Si no quiere que vuelva a atribuirle juegos sucios como el de seducirme para que pierda la apuesta, modere su lenguaje al dirigirse a mí y muévase en la más estricta cortesía.

Lejos de obedecer su digna imposición, la mirada de Charles se intensificó sobre ella, así como la mano que la aferraba por la cintura y le apretaba los dedos entrelazados.

—He sido estrictamente cortés al utilizar un eufemismo para describir lo que me inspira, señorita Corrin. Y para que le quede claro hasta qué punto he moderado mi lenguaje, déjeme ponerle un ejemplo de lo que habría preferido confesarle —se inclinó sobre sus labios lo suficiente para dispararle el pulso, quizá contando con que nadie los estaba mirando. Bluebell se prendó sin quererlo de sus

ojos ardientes, su boca entreabierta—: Perturba usted mis sueños y domina con su imagen cada segundo de mi día desde que despierto hasta que me duermo. Le diría que me ha encantado si no fuera porque el efecto que tiene sobre mí se acerca más a las malas artes de una bruja que a las de una respetable hechicera; así pues la condeno por haberme embrujado con su palabra y con su cuerpo. Y sí, el vestido era un regalo, pero de todas maneras pienso cobrarme una venganza épica por su brujería volviendo a tomar sus labios. No sé cuándo, no sé dónde; no será ni aquí ni ahora. Pero llegará el día.

Bluebell se quedó tan catatónica que no fue consciente de primeras de que el vals había tocado a su fin. Todavía permaneció unos segundos montada sobre los zapatos de Charles, con su palma cálida presionándola en la baja espalda y los dedos entrelazados con los de ella. Le sostuvo la mirada con la intención de transmitirle que no le daba ningún miedo y que, de hecho, lo despreciaba, pero incluso sin verse a sí misma era consciente de que no estaba consiguiéndolo. Ya se estaba cobrando dicha venganza hechizándola a ella con una mirada intencionada y por eso irresistible.

Por fin recobró el juicio y pudo apartarse del contacto que la estaba quemando y derritiendo, quemando y derritiendo, quemando y derritiendo. Le dirigió una torpe venia de agradecimiento, gesto que por suerte había llegado a aprender en su breve paso por la escuela, y se alejó de él en busca de una alumna que quisiera apiadarse de su soledad... o de un pretendiente que la distrajera de las emociones en disputa que convivían en su interior.

Capítulo 15



Había un acuerdo tácito entre los caballeros de la región que consistía en trasponer al club White's nada más concluir un evento social. Por conveniente que fuera acudir a Almack's, sobre todo para valorar el mercado de solteras, pocos eran los señores que se divertían entre faldas de tafetán y risitas juveniles. Si uno tenía dos pies izquierdos a la hora de bailar o no encontraba estimulante el arte de la danza, no estaba interesado en contraer matrimonio —al menos por el momento, o no con alguna de las jovencitas disponibles— y odiaba permanecer de pie más de veinticinco minutos seguidos, lo más probable era que estuviera deseando que la fiesta tocara a su fin, siempre a una hora decente, para plantar las posaderas frente al tapete de póquer y servirse una copa de vino en condiciones.

O tres, como era el caso de Charles.

Reginald lo había convencido de ahogar sus penas y tribulaciones en la lujosa bodega de White's, y a diferencia de otras veces, no había tenido que insistirle demasiado para que cediera. Ver a Bluebell entregada a la conversación con el señor Pharrell, quien había acudido raudo a recuperarla de las zarpas de su segundo compañero de baile para retomar la interacción donde la dejaron, le había terminado de ensombrecer el ánimo.

Suerte que reclinados en la mesa más apartada de la salita privada nadie tendría el infortunio de cruzarse con su mirada atravesada. O sí, porque desde el privilegiado rincón se obtenía una vista imposible de corresponder desde ningún otro punto de la sala: Charles y Reginald podrían vigilar a quienquiera que se les antojase pero no podrían ser vigilados de vuelta.

—No estás siendo una compañía especialmente enriquecedora, hermano —se lamentó Reginald—. Si me permitieras conocer la senda de tus pensamientos, al menos podría aligerar tus

preocupaciones. O ponerle nombre, que, según observo, es lo que más se te dificulta.

Charles apenas alzó la vista de su postura derrumbada sobre la mesa.

—¿Qué nombre se supone que tiene mi hastío, si se puede saber?

—Enamoramiento, diría yo. Se supone que una vez lo admites, te sientes bastante más libre. Menos pesado. ¿Por qué no pruebas a confesarte en voz alta ante el padre Reginald —se puso una mano solemne el pecho— solo para ver qué sucede después?

Charles atinó a enfocar la vista después de cuarenta y cinco minutos de silencio.

—Y sigues con tu perorata. Un hombre no está enamorado porque...

—... porque sea incapaz de relajarse cuando su dama se halla en distancias próximas o, en su defecto, cuando la pierde de vista, pues entonces le tortura el desconocimiento de lo que estará haciendo. Un hombre tampoco está enamorado, claro, cuando se lo lleva el demonio de los celos viéndola alternar con otro caballero. Y, sobre todo, un hombre no está enamorado cuando dicha señorita se convierte en su único tema de conversación.

—¡Eres tú el que no deja de sacarla a colación! ¡Yo no la he mencionado!

—No hace falta que la menciones. Es el elefante en la habitación, amigo mío. Ambos la vemos, y, lo que es peor, la sentimos. Y permíteme decirte que al menos mi sensación no es positiva; sentir a la señorita Corrin me está incomodando.

—Eres libre de marcharte cuando desees —le espetó.

—¿Y dejarte a solas con tu obstinada negación, la que es la peor compañía posible? Ni por asomo. Soy tu hermano y he de permanecer a tu lado en las duras y en las maduras.

En el fondo, Charles agradecía la terquedad de Reginald, sobre todo porque ejercía de restricción indirecta: si no estuviera con él, ya se habría levantado para abordar sin rodeos a Richard Pharrell, que también había elegido el club White’s como colofón de la noche. Era este infame sujeto al que no podía dejar de vigilar con la mirada de un loco.

Afortunadamente, este estaba tan enfrascado en una partida de cartas que no se había percatado de que una negra mano espectral le estrangulaba la nuca desde la esquina.

Fuera o no un enamoramiento, Charles debía confesar que odiaba al tipejo que le disputaba la atención de la señorita Corrin con todo el fuego de su alma. Suponía que las intenciones del fulano para con Bluebell eran honorables, pero eso no mejoraba el cuadro que de por sí le ponía el vello de punta.

Lo había visto despedirse de ella con un beso en el dorso después de entretenerla con una conversación que le había plasmado una sonrisa sincera en los labios, sonrisa de la que Charles no había sido aún digno merecedor. Incluso le había arrancado un par de carcajadas.

Poco importaba si Bluebell le reía las gracias al petimetre porque fuera su deber social o porque lo encontraba desternillante; la conclusión era indistintamente que estaba interesada en él. Y como no podía despreciarla a ella por este motivo, no le quedaba otro remedio que despreciarlo a él.

Antes solía preguntarse por qué demonios las esposas despechadas la tomaban con las amantes de sus maridos y no con los que cometían la infidelidad, que al final eran los que debían respetar el compromiso. Ahora entendía por qué. El ser querido podía, con sus acciones, pudrir el corazón de decepción y agonía, pero nunca llenarlo de odio. Y, por desgracia, dicho odio debía ir a parar a alguna parte. La alternativa era que el enamorado muriese envenenado con su propia bilis.

—Estar enamorado de la señorita Corrin sería absurdo —barbotó Charles por lo bajini—. La conocí hace menos de diez días y desde entonces no ha hecho otra cosa que retarme. Si ya es un suplicio para mí enzarzarme en una breve discusión con ella, no quiero ni imaginarme cómo sería una vida entera a su lado.

—Ah, hermano mío, te ha traicionado la boca. Nadie ha dicho nada de una vida entera a su lado. Y solo para que conste, yo me he enamorado y desenamorado en veinticuatro horas. Es más que plausible hacerlo en una semana.

—Con el debido respeto, Reggie, que te atrevas a catalogar de amor los sentimientos que experimentas únicamente en la nocturnidad y mientras incurres en delitos de conducta lasciva y escándalo público es tan blasfemo como describir a Cristo como un camorrista que hacía favores.

—¿Cómo catalogarías los tuyos, entonces?

—Como amor no, eso te lo aseguro. Puede que la señorita Corrin deambule por mis pensamientos esté despierto o dormido, y puede que ansíe conocer tanto su historia personal como sus opiniones intelectuales, porque no te quepa duda que las tiene; puede que tenga un don para juntar palabras de manera que formen la oración que me erizará el vello de la nuca y puede que disfrute estudiando sus expresiones para averiguar cómo se siente, ya que ella no me lo dirá nunca..., pero eso es mera curiosidad. Sí, es curiosidad —zanjó —, no amor.

—¿Y por dónde crees que empieza el amor, sino por la curiosidad? Uno no se levanta de la noche a la mañana con la determinación de morir por otra persona; antes tendrá que llamarle un mínimo la atención, ¿no? Ya te adelanto, hermano, que yo no siento curiosidad por todos los seres humanos. Ni por todas las mujeres. Y si siento curiosidad, es solo del tipo sexual.

«Esa también la siento, maldita sea», se cuidó de agregar.

Charles intentaba convencerse de que lo único que le hacía odiar a Richard Pharrell era la ahora más que posible contingencia de perder la apuesta. Pero no podía importarle menos el desenlace del pacto que hicieran días atrás. Seguía queriendo que Bluebell no pasara por la vicaría esa temporada, pero ni esa ni ninguna de las que siguieran..., lo que no quería decir que él estuviera interesado en ocupar el lugar que podría corresponderle a Pharrell, claro estaba.

Peor sería desposar a un bastardo que no desposarse en absoluto.

Fuera porque su nombre circulaba por su cabeza como un mantra religioso o porque estaba pendiente de los movimientos del pretendiente, quiso la casualidad que en ese momento rescatara un

pequeño fragmento de la charla que Richard mantenía con su acompañante.

—Le he visto prendado de la señorita Corrin —decía el rival de las cartas—. ¿Señorita Corrin era, o me he equivocado?

—Bluebell Corrin, así es —confirmó Richard—. Una joven deliciosa.

Charles se tensó con la elección de palabras. Había una connotación lujuriosa no solo en el adjetivo, sino en la manera en que lo pronunció, como si se relamiera.

—Si le soy franco, no me ha parecido particularmente llamativa, pero siempre y cuando le haga a usted feliz... Imagino que pronto le estaré felicitando por sus nupcias. A no ser que se le cruce un contendiente por sus afectos, claro.

—Si no se ha dado ninguna disputa por sacarla a bailar, ¿cómo se iba a dar por una caricia de sus dedos? Y ¿he oído bien? ¿Nupcias? —repitió Pharrell con la voz aguda. La sorpresa por lo que a todas luces interpretaba como una ofensa fue tal que se carcajeó—. Por Dios, Tonks, estamos hablando de una pobre huérfana del norte que ha sido presentada en sociedad porque la familia Witherow se ha apiadado de sus circunstancias y de su mediocridad. No me casaría con una mujer de su perfil ni con todos los brandis que llevo encima.

No creyó posible que su siguiente comentario pudiera ofender más a Charles de lo que le había irritado la apreciación de sus encantos, pero el señor Pharrell parecía puesto para asombrarlo en el peor de los sentidos.

—Esos no son pocos brandis —se rio el acompañante—. ¿A qué se debe entonces que se haya volcado en ella en la fiesta de esta noche?

—Es la presa fácil —resumió Richard encogiéndose de hombros—. Como te digo, no habrá una familia poderosa pisándome los talones en busca de venganza cuando haya terminado con ella. Verás, Tonks; la clave del éxito reside en priorizar a la fea, pobre o ambas sobre la joya de la temporada. Así te aseguras un final feliz: no hay competencia, la joven se muestra agradecida y puedes hacerle lo que te venga en gana sin atenerte a las consecuencias.

Su acompañante soltó una carcajada que a Charles le sentó como una puñalada.

—Ya decía yo que era impropio de ti deshacerte en amores por una joven. Al fin y al cabo, si aún no te has casado a tus cuarenta años debe de ser porque le ves grandes beneficios a la soltería.

—Podría hacer lo mismo que me propongo hoy con una mujercita esperándome en casa, y seguro que la doble vida sería el doble de divertida, pero aumentaría el riesgo de pagar los platos rotos... y prefiero invertir mi dinero en otros divertimentos. Como este. —Señaló con la barbilla la baraja de cartas—. Me citaré con la señorita Corrin en los próximos días y procuraré quedarme a solas con ella para demostrarle cómo se las gastan los caballeros londinenses.

—¿Y después?

—Después le dejaré claro que no le conviene contar lo ocurrido. No solo por su propio bien, o de lo contrario quedará señalada de por vida, sino porque se llevaría una honda decepción observando las reacciones de sus protectores. Dudo que los miembros de la directiva de la escuela de señoritas se comprometan a emprender una cruzada por el honor de una huérfana analfabeta con cara de caballo.

La palabra «analfabeta» se quedó flotando alrededor de Charles, al que de pronto le había poseído el espíritu firme y convencido de la señorita Corrin. De todo cuanto había dicho, la acusación de analfabetismo sería lo que más la ofendería con gran diferencia, sobre todo porque era una odiosa mentira. Nada de lo demás le hacía ninguna justicia, pues la orfandad a menudo se cogía de la mano de la vulnerabilidad y Bluebell era dura y firme como la espada del rey Arturo. Y en lo que respectaba a su cara, no estaba hecha la miel para la boca del asno.

Charles fue a ponerse en pie con toda la intención de romperle los dientes, pero Reginald, que también debía de haber escuchado la conversación, lo detuvo antes de que revelara no ya su sentir, sino solo su posición.

—Cuidado —le advirtió mirándolo con gravedad—. Estos asuntos es mejor gestionarlos en la intimidad y con mucho tiento. Flaco favor le harás a la escuela y a la señorita Corrin propinándole una paliza a

Pharrell aquí y ahora. Suena a que no es la primera vez que actúa desde la indignidad, y si no se sabe es porque es un tipo listo.

—Te puedo asegurar que no volverá a pensar, ni con inteligencia ni sin ella, si le alcanza uno de mis puñetazos, Reggie. Ni tampoco caminará de nuevo.

El hermano mayor tuvo que levantarse y ponerle las manos en los hombros para mantenerlo inmóvil en el sitio.

Recalcó su advertencia mirándolo fijamente.

—No te precipites, Charles. Si quieres hacer algo al respecto, y créeme que estoy conforme con que procedas, hazlo como haría un caballero.

—¿Me estás sugiriendo que lo rete a duelo?

—Te estoy sugiriendo que acudas a la fuente y la pongas sobre aviso. Al final, es tu deber proteger a las alumnas de amenazas como esta. Y es tu deber aún más prioritario proteger a la que claramente sientes que es tu mujer.

Capítulo 16



Bluebell se arrebujó en el chal remendado y se abrazó los hombros con aire reflexivo. Su mirada analítica apuntaba hacia el cielo, de una negrura abisal que la llenaba de nostalgia.

Algo tenía el final de los días, el comienzo de las noches, que la arrojaba a preguntarse dónde estaría su padre, si el reino de Dios existía y si en tal caso habría sido allí recibido o, por el contrario, lo habrían mandado de cabeza a uno de los círculos infernales. Al final, el señor Corrin había dedicado su vida a vender a toda costa, ora abusando de la confianza que se depositaba en él, ora colocando productos que no estaban en su momento más óptimo. Se preguntaba, también, qué habría opinado su padre sobre Richard Pharrell; si lo habría aprobado como pretendiente, y qué clase de consejo le habría dado de cara a un posible compromiso.

El señor Corrin siempre había tenido un ojo magnífico para calar a las personas. Esa perspicacia suya relativa a lo humano había sido la clave del éxito de su negocio. Al menos hasta la quiebra, pero dicha quiebra había sido tan inevitable como la erupción de un volcán.

Todos los comerciantes, mejores o peores, padecieron las consecuencias de la crisis textil.

A falta de una figura paterna que la aconsejara, Bluebell había acudido a la salita de descanso de las maestras para conversar brevemente con la señorita Poitier. Esta se había mostrado encantada de ofrecerle su punto de vista; un punto de vista asombroso por lo revolucionario.

—¿El caballero le gusta, señorita Corrin? —se había limitado a inquirir.

—¿Acaso eso importa?

—Es lo único que importa, a mi parecer. Se trata del hombre con el que pasará el resto de su vida.

Un par de horas más tarde, refugiada en el estrecho balcón de su dormitorio con el camisón ya puesto y la trenza sobre el hombro,

seguía rumiando el comentario de la señorita Poitier. Apostaba por que la señorita Reeves y también la señorita Vallans habrían suscrito su orden de prioridades. No debería sorprenderle que la máxima de una escuela que permitía la inclusión de alumnas sin abolengo subrayara la importancia de amar —o al menos tolerar— al futuro esposo.

Pero le sorprendía aun así.

No eran esas las consideraciones que Bluebell había sopesado. Le constaba que Marigold sí era de la escuela, y nunca mejor dicho, del profesorado. Pero ¿ella? Ella temía que un hombre la atrajera tanto que la vulnerabilidad la hiciera consciente de sus defectos por comparación.

Por otra parte, odiaba tener que admitir que Richard no le gustaba. No le gustaba en absoluto. Esta falta de propósito o proyección futura que le inspiraba no debía guardar relación con su aspecto físico, pues el señor Pharrell era bien parecido. Tampoco con sus modales, exquisitos bajo cualquier prisma. Todos lo describirían como un hombre leído, modesto pese a la grandeza de su fortuna y diabólicamente divertido. Siendo franca, Bluebell no había podido encontrarle un defecto en las primeras entrevistas, que no por breves o escasas podrían haber logrado esconder graves carencias de su perspicacia.

¿Cuál era el inconveniente, pues? ¿De dónde provenía esa fuerza que la hacía retroceder con disimulo, sonriendo atribulada, cuando él daba un paso hacia ella?

Quizá el problema radicara en que sobre la imagen de Richard Pharrell se superponía el rostro de dureza masculina de Charles Witherow, a quien, por cierto, Bluebell le había reconocido defectos de gran envergadura en un primer y rápido vistazo. Estaban hablando de un hombre revestido de arrogancia por las necesidades de un espíritu en el fondo sensible. En el mejor de los casos se diría que era incauto en su elección de palabras; en el peor, que no tenía el menor sentido del decoro y no conocía la significancia del respeto.

Y, aun así, la misma y caprichosa brisa la guiaba con los ojos vendados, una y otra vez, a ese rincón de su mente que él había

conquistado. Le faltaba tanta voluntad para excomulgarlo de sus fronteras como para aceptar de una vez por todas que lo quería.

Bluebell suspiró y se abrazó más fuerte para que el aire frío de la noche no se le metiera bajo el fino camisón. Acordó consigo que era hora de enfrentarse al sueño, y con razonable preocupación se encaminó a la cama. Sabía lo que la esperaba al contacto de la sien con la almohada: el recuerdo de un vals reciente, de un regalo sorpresivo, de una confesión emocional que pretendía borrar —o al menos resignificar— la enemistad que había mantenido su fascinación a raya.

O eso pensaba, porque la puerta del dormitorio se abrió de golpe y de ella emergió una inmensa figura masculina. Asustada al no reconocer su semblante, inicialmente sumido en las sombras del contraluz, Bluebell retrocedió los tres pasos que él dio en su dirección.

No llegó a articular la pregunta obvia —quién es usted—; Charles se situó más por casualidad que con intención a la luz de una de las lamparillas, y entonces pudo ver con claridad su rostro torcido en una mueca furiosa.

Furiosa ¿hacia quién? ¿Ella?

—Le prohíbo que siga alternando con el señor Pharrell —fue lo primero que dijo, y se pronunció con tanta determinación que por un momento se sintió inclinada a obedecer.

Solo por un momento.

—¿Disculpe? —Se cubrió el pecho con recato—. ¿Cómo se atreve a irrumpir en mis aposentos a estas horas de la noche? ¡Y para decirme lo que tengo que hacer, ni más ni menos!

—Es mi legítimo derecho como director que soy de la institución de la que forma parte.

—Su legítimo derecho como director de la institución es encontrarme un marido, milord, no ponerme trabas y ni mucho menos tomarse estas libertades. —Bluebell protegió su parcial desnudez cruzando las manos sobre el pecho.

—Además de director, soy propietario, lo que significa que esta habitación que usted ocupa me pertenece y puedo entrar y salir como se me antoje.

Bluebell se quedó perpleja con la defensa infantil que esgrimió.

—Lo que sin duda no le pertenece, milord, soy yo. Esto es totalmente impropio. Estoy en camisón. Recobre el sentido común y márchese.

Le pareció que Charles vacilaba y tenía dificultades para tragar saliva, pero no llegó a recuperar la cordura. Cerró la puerta tras él y volvió a avanzar en su dirección con energía renovada.

Bluebell creyó que el corazón se le saldría del pecho cuando Charles le puso las manos sobre los hombros, ahí donde se habían aferrado las suyas para contener un escalofrío y evitar que el chal se resbalase.

—No pretende casarse con usted, señorita Corrin —balbuceó—. Es un indeseable. Es...

Bluebell pestañeó varias veces, presa del pasmo, hasta asimilar lo que estaba ocurriendo.

—Huele a alcohol. ¿Está borracho? ¿Esto es lo mejor que se le ocurre hacer cuando se embriaga como un muchacho? ¿Colarse en la alcoba de una joven...?

—Sé de buena tinta que me he colado en su dormitorio, señorita Corrin —la interrumpió con aspereza—. No siga insistiendo recalcar lo obvio, porque ya le advierto que se hace un flaco favor recordándomelo.

Bluebell parpadeó con confusión.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Escúcheme, maldita sea. He coincidido con el señor Pharrell en White's y he tenido el infortunio de oír un fragmento de su conversación con su acompañante. No tiene el menor interés en tomar el camino honrado con usted —repitió—. Quiere aprovecharse de su inocencia y su supuesta desprotección para causarle un daño irreparable. Uno del que las mujeres no se recuperan nunca ni en esta ciudad ni en ninguna.

Bluebell volvió a pestañear, esta vez para tratar de mantenerse presente en el momento y no perderse en el contacto cálido de sus enormes manos, en la proximidad de su cuerpo tembloroso por la emoción contra la que estaba batallando. En cuanto procesó la advertencia de Charles y pudo darle un sentido, pensó en el señor

Pharrell, en lo amable y correcto que había sido, y soltó una carcajada seca.

—¿De qué diantres está usted hablando? ¿Esta es su nueva estrategia para hacerme perder la apuesta? ¿Convencerme de que mi único pretendiente, si es que así puede llamarse ya, es un hombre sin honor?

—Del mismo modo que no tengo que convencerla de que la Tierra gira alrededor del sol, no tendría por qué persuadirla de creer un hecho de la misma fehaciencia.

—¡Déjese de idioteces y vuelva por donde ha venido! —masculló ella. Reunió el valor necesario para sacarse sus zarpas de encima y abrir una distancia de tres pasos entre los dos—. Si alguna de las maestras supiera de su visita, quedaría arruinada para siempre.

—¿Y no prefiere eso a que la arruine el señor Pharrell?

—¡El señor Pharrell es un caballero!

—Le estoy pidiendo que revise sus opiniones al respecto del susodicho... —trató de insistir haciendo acopio de una paciencia que no le era propia.

—No me está pidiendo nada —lo cortó con frialdad—. Me lo está exigiendo, y ya debería saber cómo reacciono cuando se me levanta el tono o se me viene con prohibiciones. No le voy a volver a decir que se marche...

—Pues yo le repetiré cuantas veces sean necesarias que ese hombre, en el fondo, la desprecia. Se ha referido a usted en términos aborrecibles, señorita Corrin; ha aludido a su orfandad y a sus humildes orígenes geográficos, ha señalado que no es por su encanto físico por lo que se ha interesado, sino por la seguridad de que no osaría rechazarle en su situación inferior, y...

Bluebell dejó de escuchar conscientemente tras la mención de su orfandad, pero de manera inconsciente fue encajando los golpes que llegaron después. Toda tensión que pudiera haber acumulado entre los hombros, en el cuello y en el pecho se diluyó por efecto del sentimiento más liberador a la par que entristecedor de todos: la decepción.

—No dudo que esa sea la opinión que tiene usted de mí, milord, y que la superpone a la del resto del mundo porque le resulta

inconcebible que alguien defienda unos valores contrarios sobre mi persona.

Charles arrugó el ceño, sorprendido y hasta aturdido por el giro drástico de la conversación.

—Esa no es la opinión que yo tengo, y...

—Lo es —interrumpió— porque esta no es la primera vez que salen de sus labios injurias similares. Pero incluso si hubiera contagiado al señor Pharrell de la visión que tiene sobre mi pasado, mi familia o mi carácter, seguiría pareciéndome un pretendiente digno, pues a diferencia de otros que se jactan de ser héroes del honor, al menos no ha sido tan grosero como para trasladármela mediante agravio.

—No me está escuchando...

—¡Es usted quien no se escucha! ¡Y hace bien, o se moriría del bochorno de haber venido hasta aquí a repetir una perorata de sandeces! Arrastrando las consonantes, para más inri —le soltó entre dientes—. Dice que el señor Pharrell no pretende tomar la senda honorable, ¿verdad? Muy bien. Eso significaría que pretende tomar la misma senda que tomó usted cuando me besó en la biblioteca.

—¿Cómo osa compararme con ese don nadie?

—Si no quiere que los compare, no le atribuya un futuro atrevimiento lascivo que usted ya se permitió en la intimidad de un cuarto, ¡y para colmo teniendo el descaro de rebautizarlo como algo respetable!

—Cuando soy yo quien tiene el atrevimiento lo bautizo como respetable porque a mí no me mueve un egoísmo lujurioso, sino la certeza de que te deseo y tú me correspondes —rugió en tono ominoso, y avanzó hacia ella para que su afirmación adquiriese mayor intensidad—. Que sostengas que soy lo mismo que ese mequetrefe es una injusticia además de una flagrante mentira, porque nos separa una diferencia abismal: que a él lo toleras y a mí me anhelas en secreto.

A Bluebell se le entrecortó la carcajada desdeñosa con la que pretendía zanjar el debate.

—No me tutee.

—«No me tutee. No me toque. No me bese» —repitió Charles en un tono que le habría parecido gracioso en un ambiente distendido —. Contigo todo está prohibido.

Bluebell lo retó alzando la barbilla.

—Así es, milord. No tiene usted acceso a nada de lo que tengo y a nada de lo que soy.

—¿A nada de lo que sientes tampoco? —contraatacó con una ceja arqueada. Bluebell se quedó tan impresionada de nuevo por la diferencia de alturas, por el poderoso deseo que se filtraba en sus respuestas, que no pudo hablar. Menos aún cuando él la tomó de la barbilla presionando a la vez la línea de su mentón—. Entiendo que es tu obligación como inocente casadera desalentar a todo rufián que pretenda seducirte, pero no puedes negar que si las circunstancias fueran otras...

—¿A qué otras circunstancias se refiere? ¿A esas en las que pierdo la apuesta, me condeno a una vida de eterna soltería y entonces puede hacer usted conmigo lo que le venga en gana?

—Deja de hablarme como si fuera un desconocido, maldita sea. ¡Di mi nombre! —bramó.

Por más que tragó saliva, no logró deshacerse del nudo de la garganta.

—Es que es usted un desconocido —articuló con la voz temblorosa, pero todavía impregnada de indignación—, y, cuando no, un rival. Si lo que busca es intimidarme o tomarme en contra de mi voluntad para impedir que despose al señor Pharrell...

—Yo lo único que busco es un poco de paz mental —la cortó con vehemencia. La rodeó firmemente por la cintura con la mano que no le sujetaba la cara—, y solo tú, mujer endemoniada, puedes proporcionármela. Al diablo con la apuesta. Aquí y ahora me proclamo perdedor si es lo que deseas, pero bésame de una vez —la voz le tembló por efecto de la súplica—. Si no como símbolo de tu victoria, como castigo por mi derrota.

Aunque era él quien había requerido un gesto voluntarioso por su parte, fue él quien tomó la iniciativa. Bluebell no podría haberse opuesto ni aunque hubiera querido, y en ese instante descubrió que no existía tesitura o mundo en el que se hubiera planteado negarse.

En cuanto la boca de Charles topó con la suya, comprendió que había deseos tan recónditos y misteriosos que ni la propia mente podía acceder a ellos; en su caso, el deseo recóndito era el de que volviera a besarla, y latía ahora en el centro de su cuerpo con una pasión tan insólita en su intensidad que se asustó.

Charles fue lo único a lo que pudo agarrarse, y lo hizo con todas sus energías. Cerró los puños sobre el cuello del frac y lo mantuvo pegado a su boca mientras él indagaba en ella a través de un solo beso en el que cabían otros cien besos, pues no se sació con el primero y a fin de evitar que Bluebell recuperara la cordura y lo expulsara de la habitación, encadenaba el segundo con el tercero, y el tercero con el cuarto, y así hasta llegar al número en el que la joven perdió el sostén de los tobillos, el sentido y la vergüenza y devolvió las caricias de sus labios y lengua en la misma proporción.

Lo oyó emitir un gemido de rabiosa impaciencia y acto seguido sintió cernirse toda su masculinidad sobre ella. La apresó entre la pared y su cuerpo y apartó la mano de la cintura para quitarle el chal de los hombros y poder tocar piel de verdad, ora la erizada de un brazo, ora la tensión de un hombro.

—Me enloqueces —murmuraba Charles contra la comisura de su boca. Hacía una pausa para volver a besarla y luego lo repetía. Parecía haberle poseído de verdad un monstruo hambriento que sin embargo albergaba un corazón, pues qué era sino la ternura de un hombre sintiente lo que le quebraba la voz—. Qué me has hecho, Dios mío. Qué me has hecho.

Bluebell se esforzaba por recobrar la compostura, pero desconocía a dónde habría ido, y se fue derritiendo y derritiendo hasta tal punto que olvidó lo que andaba buscando o por qué era un error siquiera que el hombre le recorriera el cuello con besos como hierro candente.

Fue ella la que deshizo el nudo del escote del camisón y arqueó la espalda para que él indagara con los dedos y luego con la boca. Antes de poder adivinar qué se proponía, Charles ya se había llenado las manos de sus pechos y les hacía cosquillas con la barba incipiente, con la lengua áspera y unos pellizcos que sabían ejercer la presión justa.

Pero su aliento era lo más íntimo que jamás hubiera alcanzado ese rincón de su cuerpo. Le respiraba entre el esternón, donde la piel protegía su corazón, y era casi como tenerlo dentro de sí.

Bluebell se conmovió con sus caricias y le rogó un nuevo beso tan solo alzándole la cara. Se miraron un instante en la oscuridad, las pupilas de él dilatadas como las de un animal. Estaba despeinado, demente, en su estado más salvaje, y Bluebell pensaba que no había visto nada tan encantador jamás.

Charles la besó como le había indicado, pero esta vez con una nueva emoción, una mucha más contenida y prudente pero no menos apasionada.

En la paciencia que le puso a devorarla ardía un deseo inextinguible. Bluebell lo sabía porque era el mismo que a ella le había puesto la cabeza y la vida del revés.

—No pienso continuar —le dijo él con los labios apoyados en su mejilla. Seguía abrazándola con las dos manos, los dos codos; la tenía tan bien agarrada que podría haber saltado desde la luna con ella así acurrucada y ni la gravedad los habría separado—. Antes muerto que dándote razones para pensar que pretendo sabotearte o incluso destruirte.

—Tal vez no lo pretendas —murmuró ella. Enterró la mano en su cabello oscuro—, pero lo terminarás consiguiendo.

—De eso no te quepa duda. No sé cuándo, Bluebell, pero algún día voy a hacerte el amor. Y hasta entonces, la certeza de que sucederá será lo único que me mantendrá en pie.

Capítulo 17

Bluebell dejó de luchar contra sí misma dejando caer el cepillo sobre el tocador. Se miró las manos que hasta el momento había estado ignorando para confirmar lo que ya sabía: que todavía no se le habían detenido los temblores espasmódicos del día anterior, uno solo de los tantos efectos que había tenido en ella la visita de Charles.

Esa mañana, el señor Pharrell le había hecho llegar un ramo de rosas. Enganchado al cordel que sostenía las flores, brillaba una nota dirigida a ella que la convidaba a pasear por el parque. La señorita Reeves, maestra de Costura, había subido a su dormitorio saltándose escalones con las faldas bien arremangadas para anunciarle la feliz noticia. A fin de cuentas, la invitación solo podía significar que el caballero estaba interesado en un cortejo formal. Esto confirmaba lo que Bluebell ya sabía: que Charles había mentido con descaro sobre las intenciones del susodicho y que con su irrupción en el dormitorio no había pretendido otra cosa que trastornarla.

¿Para qué? ¿Para que perdiera la apuesta?

No debería extrañarle.

Y, aun así, le extrañaba.

Volviendo a Richard, que era el tema que debía gobernar sus pensamientos y emociones, las maestras le habían advertido que así era como se hacían las cosas en Londres —al menos, si un caballero quería hacerlo en condiciones—: en el caso de que un hombre estuviera interesado en una soltera, el primer paso para demostrarlo era sacarla a bailar y el segundo escribirle para invitarla a un tentempié o a tomar el aire.

El señor Pharrell estaba siendo perfectamente formal, pues.

No se podía decir lo mismo de Charles y de su comportamiento, errático cuanto menos.

Bluebell le suspiró a su reflejo en el espejo y consultó el reloj de pared. Acababa de dar las doce del mediodía. Richard debía de estar

esperándola a las puertas de Mabry's Place para llevarla a Hyde Park en carruaje.

Antes de partir se miró una última vez, en esta ocasión con extrañeza.

Debía reconocerle a Charles que la sutil pero innegable insistencia del señor Pharrell le resultaba sospechosa. Bluebell no solo no era la clase de mujer de la que un caballero se enamoraba a primera vista, sino que a su alrededor abundaban bellezas espartanas por las que merecería la pena destruir Troya.

¿Sería posible que Richard fuera uno de esos señores que se levantaban con un objetivo y, una vez ponían los cinco sentidos en él, no tenían que acometer otro esfuerzo que seguir sus propias instrucciones? ¿Habría visto en Bluebell a alguien con quien pasar el resto de sus días y por eso se había puesto en marcha con total seguridad? ¿Tan irrisorio sería que así fuera?

Se propuso descubrirlo.

Bajó la escalinata principal, una gloriosa estructura de mármol italiano con vetas doradas. Acariciaba con los dedos el pasamanos de madera de ébano cuando reparó en que un hombre, *el hombre equivocado*, la esperaba con visible impaciencia a los pies del último peldaño.

Bluebell agarró con fuerza el bolsito que iba a colgarse de la muñeca y frenó en seco. Él se dio cuenta de su reacción y de lo que significaba: no había apartado la vista de ella ni un instante. Lo mismo le habría gustado hacer a la muchacha: prender en el caballero una mirada que durase para siempre, pues no merecía otra cosa su gallardía.

Era notorio que había dormido poco y mal —así lo delataban las ojeras, llamativas aun en la distancia—, pero seguía luciendo un aspecto absolutamente divino.

Bluebell sufrió un estremecimiento que mezclaba la irritación y el deseo.

Lo odiaba. Odiaba que la desarmara.

—¿A dónde se dirige, señorita Corrin? —exigió saber con una nota de desesperación—. Pronto se servirá el almuerzo.

—Apuesto a que ya lo sabe, milord, o no estaría perdiendo el tiempo plantado ahí de pie como una estatua de sal —resolvió con aparente indiferencia. Continuó su ruta escaleras abajo. No esperaba que Charles se tomara la confianza de sujetarla de la muñeca e instarla así a mirarlo a los ojos, a lo que ella masculló—: ¿Qué hace?

—¿No escuchaste una sola palabra de lo que te dije ayer? —la reprendió en voz baja. Aunque Bluebell se erguía un escalón por encima de él, Charles seguía siendo un par de centímetros más alto, lo que los situaba en una posición de igualdad. El corazón se le encabritó como loco cuando lo vio inclinarse hacia su rostro, casi rozando su nariz, y desviar la mirada torturada a sus labios—. No puedo permitir que acudas a la cita, Bluebell. Estarías en peligro.

No tuvo valor para distanciarse del hombre que, a pesar de estar subrayando una injusta prohibición, sonaba suplicante.

—¿En peligro? —repitió en el mismo tono moderado, sin apenas mover los labios. Charles tenía la vista fija en su boca y esto le hacía respirar con irregularidad. Su sofoco era contagioso, tanto así que, muy pronto, Bluebell estuvo tan nerviosa como la noche anterior—. Lo único que peligra aquí es mi futuro matrimonial, y escolar y reputacional, milord. No llegaré muy lejos en ningún ámbito respetable si me impide seguir conociendo a mi pretendiente.

Charles le apretó la muñeca en un rabioso arrebato.

—No es digno de llamarse pretendiente tuyo —replicó entre dientes—. Escúchame y obedece por una sola vez en tu vida, Corrin. No quiero que te quedes a solas con él.

—Antes se debía a que «no era seguro» y ahora es porque no le apetece a usted. —Fingió reírse, pero se sentía débil teniéndolo tan cerca de su cuerpo. Todo su ser le rogaba que se recostara en su pecho o le acariciara el cabello, y contenerse le estaba requiriendo esfuerzos que no quedaban al alcance de los mortales. Tal vez por eso sonó comprensiva al añadir—: Llevaré conmigo a una doncella, milord. No estaré a solas con el señor Pharrell en ningún momento.

Charles le sostuvo la mirada con la mandíbula apretada.

—No me fío.

El asombro de Bluebell era tal que la perplejidad venció temporalmente su indignación.

—Me gustaría tomar sus sentimientos en consideración, milord, pero tengo la impresión de que ha estado usted irritado desde que lo conozco, y eso no supone una gran diferencia respecto de la irritación que manifiesta ahora. Si está armando un escándalo que tiene por costumbre exhibir, yo...

—No me conoces fuera de la irritación porque la irritación entró en mi vida con el mismo aliento que te trajo a ti. Puedo asegurarte, aun así, que las razones de mi desesperación actual son muy distintas de las que me desquiciaban antes de que el señor Pharrell se entrometiera.

—¿Se entrometiera? —preguntó con genuina confusión—. ¿Entre qué o quién?

Como si lo hubiera cazado diciendo una indiscreción, Charles presionó los labios en una fina línea. A fin de ganar tiempo o solo porque había dado por concluida la charla, posó la vista en la boca entreabierta de Bluebell. Hizo una mueca casi imperceptible de pura agonía y acercó la cabeza hacia ella en un amago de beso. Cuando la joven estaba conteniendo la respiración, convencida de que la besaría allí mismo, Charles le soltó la mano.

Vaciló mil veces en el curso de un segundo, dudoso entre el deber y el querer, para al final retirarse por unos pasos con los puños apretados.

—La acompañaré.

—¿Cómo?

—Yo seré la carabina.

—¿Qué? ¡Ni se le ocurra! Eso sería muy llamativo, eso... eso... No —se plantó Bluebell con la barbilla erguida—. No será mi carabina porque, en primer lugar, apuesto a que no pretende concederle la misma gracia al resto de las alumnas que se citen con sus pretendientes. Y, en segundo lugar, tan solo viendo la actitud que está teniendo usted ahora no me extrañaría que el señor Pharrell se sintiera observado y hasta juzgado.

—Es que será observado y juzgado.

—¡No! ¡Quiero que se sienta lo bastante cómodo conmigo para enseñarme su verdadero carácter!

Charles la miró con seriedad, incluso con un rastro de preocupación.

—Eso es lo que me aterra, Bluebell. Que enseñe su verdadero carácter.

—¿No me cree capaz de lidiar con un hombre en la improbable eventualidad de que se revele como un cerdo lujurioso? —Enarcó la ceja con maldad—. ¿Acaso no he demostrado ya que tengo un don sacándome de encima las manos de un hombre que no conoce el decoro?

—No —respondió él con una llaneza indignante—. En el caso de que hables de mí, te recuerdo que anoche podría haberte hecho lo que me hubiera dado la real gana. Ahora bien, si hablas de otro caballero que no soy yo, no puedo ofrecerte ningún punto de vista.

—Váyase al diablo.

Charles evitó que Bluebell salvara el último escalón volviendo a bloquearle el paso, en esta ocasión con su propio cuerpo y sujetándola de la cintura. La miró a través de las pestañas con gravedad.

—¿Qué te importa el género o la clase social de tu carabina, Bluebell? ¿No será que no quieres que te acompañe yo porque entonces se haría insultantemente obvio que me prefieres mil veces antes que a ese patán?, ¿porque no podrías concentrarte en lo que quiera que pretendas hacer con él?

Ella lo miró como si hubiera dicho una monstruosidad.

—Si se vanagloria porque anoche no lo eché con cajas destempladas de mi dormitorio, afirmación que de todos modos podría someterse a análisis dado que lo intenté una y otra vez con advertencias —empezó Bluebell entre dientes—, sepa que igual que le di a usted acceso a mi cuerpo, de la misma manera se lo habría otorgado al señor Pharrell o a cualquier hombre que se hubiera presentado allí.

Un brillo oscuro en los ojos de Charles la desafió.

—No digas tonterías.

—¿Se cree que es usted el primer hombre que me besa?, ¿que en Halifax no hay señores, ni labios, ni existe el deseo?

Él se quedó por completo catatónico. Tardó en recomponerse para retarla.

—Poco le gustarían los besos del fulano o los fulanos si se mudó a Canterbury en cuanto se le ofreció la oportunidad.

—No se me ofreció una oportunidad. Se me ofreció una apuesta. Y esta mañana me encamino a ganarla, por lo que le pido por última vez que se retire y...

Charles la cogió del brazo en cuanto bajó el último peldaño. Recuperaban así sus respectivas estaturas y la diferencia que había entre las dos; ella tuvo que alzar la barbilla y él debió agachar el mentón.

—Desde luego tienes un descaro impropio de una señorita atreviéndote a aceptar la invitación de un pretendiente después de lo ocurrido anoche.

—Lo único que ocurrió anoche fue que un borracho me asaltó en mis aposentos y se aprovechó de mi indefensión y de su superioridad física para someterme.

Charles le apretó el brazo, no como símbolo de protesta sino como ruego.

—¿Vas a negar que me diste tu consentimiento? —preguntó en voz baja, y en su expresión de pronto ensombrecida por la inquietud, Bluebell vio un destello de ese honor que tenía pero que raras veces sacaba a relucir. Al menos con ella, que lo que le sacaba era el mal genio.

Bluebell cuadró los hombros y se resignó a admitir en tono llano:

—No lo voy a negar, milord. Pero una mujer soltera no puede construir su futuro hogar, su tranquilidad económica y su paz mental sobre un beso aislado... por consentido o incluso anhelado que fuera. Así pues, deje de confundirme con sus visiones delirantes y recién estrenadas enemistades. El señor Pharrell es inocente de todo lo que le acusa y lo será hasta que demuestre lo contrario, cosa que no sucederá por más que insista usted. Es mi deseo averiguar si sería el candidato adecuado para convertirse en mi marido. No se atreva a intervenir —le advirtió, señalándolo ahora con el dedo—. Es mi vida y la de mi hermana lo que está en juego, Charles Witherow.

Él se enderezó como un soldado al oír su nombre completo.

También ella tuvo una reacción similar, solo que pudo disimularla.

Esquivó una réplica que siguiera entreteniéndola echando a andar hacia el recibidor, donde ya la esperaban la pertinente doncella y el señor Pharrell en persona.

Aunque había un educado caballero sonriéndole con las manos entrelazadas a la espalda y era allí a donde se orientaba su mirada, de alguna manera Bluebell se dejó los ojos, las manos, las terminaciones nerviosas y la sensibilidad física al pie de la escalera, el lugar desde el que, como ráfagas de aire caliente, le llegaban las ondas de la única mirada que quería que la persiguiera.

Un pensamiento fugaz pero desalentador le cruzó la mente.

«Todo lo que hagas será en vano, Bluebell. No es que la suerte está echada, es que la partida fue amañada antes de que te sentaras a jugar».

Pero con la terquedad que la caracterizaba, desestimó la profecía y aceptó la mano del señor Pharrell para ser escoltada hacia el carruaje.

Y al diablo con Charles Witherow.

Capítulo 18

Hacía una tarde esplendorosa. Dudaba que el sol hubiera brillado con tanta intensidad en algún otro momento de la historia. Damas y caballeros se cruzaban con con el señor Pharrell y con ella vestidos de punta en blanco y los hacían partícipes de su humor exuberante con sonrisas y venias que de ningún otro modo —y con ninguna otra compañía— Bluebell podría haber recibido. La hierba había adquirido de un día para el siguiente una tonalidad esmeralda y el lago Serpentine, que tanto la decepcionó antes de su debut, se había teñido de dorado.

Todo era perfecto.

Y, sin embargo, algo no encajaba.

Con la excusa de que debía poner la vista en donde pisaba, Bluebell solo miraba a su interlocutor a ráfagas. Conscientemente, veía su sonrisa dulce, su frente despejada; los indicios de arrugas de las comisuras de los ojos castaños que le suavizaban la expresión; la elegancia con la que paseaba, sombrero en mano; el agradable apoyo que le ofrecía con su brazo y cómo evitaba que el vaivén del caminar los aproximara más de lo que imponía el decoro. Pero a un nivel más profundo no podía jurar que estuviera sucediendo nada de esto. Lo que veía, aun con los ojos abiertos y puestos en el camino, era la mandíbula cortante de Charles, sus pupilas dilatadas por el deseo, los amplios hombros que se movían en bloque con cada uno de sus pasos firmes; sus labios mullidos, a veces curvados en una sonrisa ladina o, peor, en una sonrisa de perplejidad porque ni él entendía por qué le fascinaba tanto la mujer que tenía enfrente.

Una recóndita parte de sí no dejaba de acribillarla con una pregunta que la hacía ruborizarse, abochornada: «¿Por qué estás aquí, Bluebell? ¿Por qué no estás con él?», a lo que solo podía responderse una obviedad dolorosa por su implacabilidad: «Porque no te lo ha pedido. Quien te ha convidado a pasear, quien se atreve a exhibirte en público, es el señor Pharrell, no Charles».

«Charles nunca lo haría», remataba.

No sabía si esto la ofendía más de lo que la hería o al revés.

La mente la torturó tanto durante la primera hora de paseo que fue un milagro que hilara varias palabras seguidas para contestar a las preguntas de Richard. No se atrevía ni a mirarlo de forma directa, segura de que él podría verle pintados en la cara los besos de Charles y el espantoso deseo de regresar a sus brazos.

Bluebell estaba tan confundida y frustrada que hubo momentos críticos en los que a punto estuvo de romper a llorar. No podía aceptar que la mera existencia de un hombre —un hombre y nada más, pues no era como si hubiera pedido su mano— estuviera truncando su futuro.

En algún punto de la ruta tomaron un camino alternativo al final de Rotten Row y se internaron en unos jardines donde disfrutarían de mayor intimidad. El señor Pharrell le había confesado que le disgustaban las grandes aglomeraciones y se había mostrado entusiasmado porque Bluebell, que no hacía sino darle la razón para no contrariarlo, secundara su moción.

Acabaron llegando a la misma orilla del Serpentine donde Charles la había increpado un par de días antes. Soportó a duras penas el paralelismo de haber estado allí con él y hallarse ahora con otro hombre, el abismo de diferencia que había entre una experiencia y otra.

Abrazada a los codos, se quedó contemplando las aguas mansas con un aire melancólico.

Todos los pensamientos que había estado sofocando a lo largo de la tarde la sobresaltaron.

«Nunca serás feliz con el señor Pharrell».

«Lo que quieres de verdad está fuera de tu alcance y siempre lo estará».

«Harías bien en retirarte de la partida».

En ello andaba pensando, sintiéndose miserable por no poder concentrarse en el señor Pharrell, cuando una mano masculina le rodeó la cintura. En un abrir y cerrar de ojos, Bluebell se vio arrastrada contra el cuerpo masculino del pretendiente y sujeta con firmeza contra sus formas blandas.

Miró a Richard nadando en la confusión.

—¿Señor Pharrell? ¿Qué hace? Esto es completamente impropio, es... La señorita Oldman...

Buscó a su alrededor el vestido oscuro de la doncella. Solo le devolvieron la mirada los arbustos que convenientemente los ocultaban de la indiscreción ajena.

—No se preocupe por la señorita Oldman, querida. —Esbozó una sonrisa plácida—. No nos molestará durante un buen rato. La he remunerado como es debido para asegurarme de ello.

—¿Remunerado? Señor Pharrell —le dijo en tono de advertencia. Apoyó las dos manos en su pecho para tratar de abrir distancia. «Si ni aun así se aparta», se prometió, «le arrearé una fuerte patada»—, denota una gran... caballerosidad que le haya pagado a la señorita Oldman por su servicio..., así como por su falta de él —añadió con sarcasmo—, pero antes, quizá, debería haberme preguntado a mí si deseaba quedarme a solas con usted.

—Supuse que estarías conforme.

—¿Por qué me tutea? No recuerdo haberle dado permiso —dijo con aspereza.

—Sabes por qué te he invitado a pasear, ¿no, Bluebell? —continuó sin prestarle ninguna atención—. Para averiguar si somos tan compatibles como imaginé tras nuestro primer encuentro, el que por desgracia fue frustrado por tu protector, lord Charles Witherow. Como podrás figurarte, esta compatibilidad de la que te hablo no solo abarca los intereses comunes o el sentido del humor... —Bluebell puso los ojos como platos: Richard había guiado la mano hasta uno de sus pechos y lo había apretado. Ciñó sus caderas a las de la joven—, sino también por el aspecto físico.

Bluebell esbozó una sonrisa fría.

—Discúlpeme, señor Pharrell, pero creo que se ha equivocado conmigo...

Él la cortó agarrándola por la muñeca con la que había intentado empujarlo. Ni corto ni perezoso, y con una rapidez que sembró en ella la semilla del miedo, le condujo la mano hacia el bulto de sus pantalones.

—No lo creo, Bluebell. No lo creo en absolutol. Vamos —la animó con un guiño, todavía inmovilizándola con un brazo firme—, no seas mojigata. Es imposible que una mujer de familia pobre y sin protección no sepa a estas alturas lo que es darle placer a un hombre. Apuesto a que tuviste que hacer grandes sacrificios allí, en el norte, para llevar pan a la mesa. Seguro que intercambiaste algunos besos por dinero; algunas caricias, tal vez... Incluso tu virtud.

—¡Por supuesto que no! —jadeó ella, intentando deshacerse de él.

Pero Pharrell era más fuerte. El cambio radical de actitud la había confundido pese a las advertencias de Charles, y eso, sumado a lo débil que se sentía de entrada por sus condenados sentimientos, le impidió planificar una estrategia de huida.

—¿No? ¿Eres una dulce virgen? Mejor para mí —se relamió—. Me gusta cuando las mujeres oponen resistencia, Bluebell. Me gusta cuando están bien apretadas.

Bluebell puso los ojos como platos.

Tomó conciencia de lo que ocurriría si no reaccionaba a tiempo, y guiada por el espanto y la preocupación, intentó empujarlo de nuevo. Inicialmente no lo movió ni una pulgada, pero a fuerza de insistencia logró que trastabillase hacia atrás y a punto estuviera de caer de espaldas.

El señor Pharrell no se tomó nada bien su ataque y la agarró del cuello para no perder el equilibrio. Allí mantuvo la mano para evitar que Bluebell se negara a recibir un beso. Aterrada por si aquellos dedos implacables se proponían detenerle el pulso, decidió dejarse besar. Durante el beso ganaría tiempo para evitar todo lo que viniera después.

No fue necesario. Una figura grande y dotada de la fuerza sobrehumana que confería la ira apartó a Richard de Bluebell como quien arrancaba una raíz de la tierra. La estupefacción de la joven fue tal que por un momento creyó que Dios en persona había intervenido, pero no era el Señor, o no, al menos, la divinidad cristiana, porque algo se pareció Charles al dios de la guerra cuando acabó con las intenciones de Richard de cuajo. Le tomó tan solo un

certero puñetazo en la mandíbula que se la dislocó y lo envió de espaldas a la hierba.

Bluebell contempló el arrebato de violencia abrazándose los hombros temblorosos. Tragaba saliva de forma compulsiva y no se daba cuenta de que una lágrima de alivio y puro terror resbalaba por su mejilla.

Segundos más tarde, Charles se precipitaba hacia ella y tomaba su rostro entre las manos con una dulzura que solo acentuó su sensibilidad. El golpe, la carrera o quién sabía qué le había despeinado. Los mechones ondulados le caían sobre la frente sin orden ni concierto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, examinando cada uno de sus rasgos. La tocó en los brazos, en la cintura; recorrió con una mirada ávida toda su altura. En ninguna instancia sintió Bluebell que estuviera traspasando un límite decoroso, pues no había lujuria en su observación—. ¿Te ha herido de alguna...? —Su examen concluyó en la garganta, ahí donde Pharrell había apretado los dedos. Charles le rodeó la zona dolorida sin ejercer presión y la acarició superficialmente con las yemas. Rechinó los dientes—. Hijo de puta.

Bluebell impidió que volviera a patear a Richard cogiéndolo de la mano que aún no había apartado de su mejilla.

Charles se giró, sorprendido por su iniciativa. Se ablandó antes de que ella tuviera que murmurar:

—Por favor. Solo quiero marcharme.

Capítulo 19



Por una vez, Charles priorizó los deseos de la joven en lugar de hacer valer su orgullo. Sacó del bolsillo de la chaqueta un bonito pañuelo y se lo ató al cuello con delicadeza para ocultar las marcas rojizas de estrangulamiento. Acto seguido le ofreció su brazo para atravesar Hyde Park con la mayor de las dignidades.

Bluebell hizo el recorrido hacia el carruaje sumida en un estado de enajenación que solo se interrumpía cuando miraba el gesto preocupado de Charles. Él no dejaba de vigilarla de soslayo con miedo a que se desvaneciera. Procuró mantener la compostura y concentrarse en poner un pie delante del otro, al menos hasta que estuvieran refugiados en el landó que la escuela ponía a disposición de las alumnas.

Una vez Charles cerró la puerta del carruaje, Bluebell pudo respirar hondo y cerrar los ojos un instante.

Él tuvo la gentileza de esperar a que fuera ella la que rompiese el silencio.

—Se muere por decirlo, así que suéltelo de una vez y acabemos con esto.

—¿Me muero por decirlo? ¿El qué?

—Que me lo había advertido y que me lo tengo merecido por crédula. O por paleta —se corrigió con la voz quebrada.

—Conste que no pretendo desviar el tema a la que sea mi verdadera naturaleza, pero ¿en serio crees que te diría algo así?

Bluebell pestañeó deprisa antes de hacer contacto visual con él. Se topó con el rostro de un hombre derrotado por la pena de no ser visto por lo que era a ojos de alguien cuya opinión le importaba, y eso la conmovió irremediablemente.

—No —admitió con sinceridad—. Sé de buena tinta que no hay una gota de maldad en todo su cuerpo, milord. Pero supongo... —se miró las manos sobre el regazo— supongo que tiendo a generar conflictos cuando siento que no tengo el control de la situación... o

de mis emociones. Me es más fácil liderar una discusión, por absurda que sea, que... que...

—... que aceptar y lidiar con el sufrimiento. Lo entiendo. Solo para que quede claro, Bluebell, no solo las presuntas «paletas» se ven envueltas en esta clase de situaciones. Cualquier mujer es susceptible de protagonizar una pesadilla similar. Y te confirmo que no, no me muero por decir nada que se le parezca —agregó con impotencia—. En todo caso me muero por matar a ese bastardo con mis propias manos.

Bluebell quiso aportar algo más, pero verlo expresar sin miedo todas las emociones de rabia e injusticia que la embargaban a ella rompió algo dentro de sí. Lágrimas de sobre todo incredulidad brotaron sin control de sus ojos. Charles se percató de que había alcanzado un límite y se sentó a su lado para abrazarla con torpeza, como si no supiera si era lo indicado u otra forma de propasarse. La joven le resolvió la duda sentándose en su regazo y abrazándose a su cuello con vehemencia.

—Sé que una de las bases sobre las que hemos construido nuestra relación, sea la que sea esa, es la de no disculparnos si podemos evitarlo y no reconocerle al otro los aciertos —atinó a decir entre sollozos—, pero he de decirlo para quedarme en paz: lo siento. Usted sabía que esto pasaría y yo decidí no escucharle.

—Eso no significa que te lo merezcas —exclamó él, espantado.

—Lo sé, pero si le hubiera prestado atención...

—Me habrías prestado atención si hubieras confiado en mí, Bluebell, porque no eres estúpida —la consoló él—, pero yo no me he presentado en ningún momento como un tipo digno de confianza. No me escuchaste *precisamente* porque eres inteligente y sabes que un hombre que se cuela borracho en la habitación de una mujer no es la fuente más fiable.

Bluebell se animó a soltar una risita débil con la boca pegada a su cuello.

Charles encontró un hueco en su hombro para descansar la mejilla y le cubrió la nuca con la misma delicadeza que si fuera un recién nacido. Le acarició los vellos más sensibles con los dedos

mientras sellaba su baja espalda con el otro brazo, teniéndola así atrapada contra su recio torso.

Algo similar había hecho el señor Pharrell y, sin embargo, aquello había sido una suerte de blasfemia, un castigo divino, mientras que el abrazo de Charles era el hogar anhelado, un cobijo cálido e irreemplazable.

—Respecto a las bases sobre las que hemos construido nuestra relación, sea la que sea esa —la citó con tiento—, ¿qué te parecería que empezáramos a evitar lo de no disculparnos y no reconocerle al otro los aciertos? ¿Qué te parecería que incluso dejáramos de provocar una pelea dolorosa para ocultar lo que en realidad nos queremos decir?

Bluebell no rompió la postura para decir con la respiración suspendida:

—Suena cabal.

—¿Verdad? —musitó. Hizo una pausa para besarle el inicio del hombro que el vestido dejaba al descubierto—. No temas más. Ese bastardo no volverá a acercarse a ti.

Bluebell se separó lo justo para mirarlo a los ojos. Aunque Charles no lloraba, una emoción igual de profunda y devoradora que la pena le había cambiado la expresión haciéndole parecer otro hombre. Uno no menos atrayente, pero sí más accesible.

—¿Cómo es que has llegado a tiempo? —le preguntó ella con un hilo de voz.

—No me fiaba de Pharrell y salí en pos de vosotros. Mientras paseasteis en público mantuve un bajo perfil, pero en cuanto vi que te llevaba por la senda que toman los amantes para besarse a escondidas, me deshice del disfraz y fui detrás.

—¿Disfraz? ¿Qué disfraz?

—Un sombrero y una gabardina. Qué poco original, ¿no?

Ella trató de sonreírle, pero le temblaban los labios. Se le acabaron torciendo hacia abajo, incapaces de controlar los pucheros. Charles no dijo nada sobre su arranque emocional. Se limitó a secarle las lágrimas, primero con los pulgares y luego con besos cortos y tiernos en los que en teoría no debería haber cabido el deseo, pero es que el deseo llevaba cómodamente instalado entre

ellos desde el primer momento y no había hecho sino aumentar en tamaño y voracidad con el paso de los días. La situación actual era límite: en un espacio tan minúsculo como el carruaje, ese deseo terrible y violento volvía el aire irrespirable. Ni siquiera tras una experiencia tan desagradable podía Bluebell librarse del impulso de tocarlo.

Aceptar por fin esta debilidad incurable le formó un nudo en la garganta. Tuvo que empujarse el regazo con los puños crispados, presa de la impotencia de tener que negarse a mirar a los ojos a un hombre al que anhelaba profundamente. Dejó ir una especie de suspiro que sonó como un jadeo angustiado y, sin poder soportarlo más, le cubrió la cara con las manos, luego el cuello, el pecho, y de nuevo la cara.

Charles la miraba en silencio, sin atreverse a respirar o parpadear.

Bluebell apoyó la frente contra la de él.

—No es a Pharrell a quien temo, porque la triste verdad... la triste verdad es que yo ya estaba sufriendo antes de que me tocara —confesó entre sollozos—. Solo caminando de su brazo sentía que estaba nadando contracorriente, que estaba haciendo algo... incongruente con mi naturaleza, incluso sacrílego. Charles... Oh, Charles —suspiró, temblorosa—. Me envenena que me hable o me ponga un dedo encima un hombre que no seas tú. No lo entiendo. No lo entiendo.

Charles negó con la cabeza y le chistó dulcemente para apaciguarla, pero su confesión le había trastocado a él tanto como a ella. Lo inevitable sucedió segundos después: los labios masculinos buscaron los de Bluebell con miedo a hacer algo inconveniente, y sin embargo lo único que no convenía ya era actuar con tiento. Quedó demostrado que no habían deseado otra cosa cuando ella correspondió su avance besándolo con pasión.

Aplastó las mejillas rasuradas con las manos y se irguió sobre él tal y como se lo pidió el animal de fuego que la devoraba por dentro. Charles le rodeó la cintura y la presionó con ansia irreprimible. Recibió ese beso suyo como agua de mayo y sin miedo a delatar que había pasado la noche entera soñando con que volvía a suceder. Bluebell sacó la lengua a jugar como él le había enseñado sin

palabras. Charles la acarició con la suya y aumentó el ritmo y la intensidad del contacto ladeando la cabeza, separando más los labios, como si se la quisiera comer.

No supo cómo ni cuándo, pero no solo no se opuso al cambio de postura, sino que le facilitó lo que le pedía con el lenguaje de su cuerpo: Charles la había tendido de espaldas sobre los mullidos cojines del carruaje y se había situado encima para aplastarla con su peso. Ella intentó entrelazar los dedos con los de él, pero él tenía otros planes para sus manos, planes que consistían en recorrerle el torso entero, la cintura y las piernas como si andara en busca de un tesoro. Solo oírlo jadear con dificultad, solo atisbar su cabello despeinado, llenó a Bluebell de tantísimos anhelos que se paralizó tratando de elegir uno que satisfacer primero.

Poco importaba que capas y capas de ropa cubrieran la intimidad de la joven. Él, alumno avezado en cuestiones amatorias, halló el modo de sortear las prendas y llegar hasta el centro de su cuerpo. Bluebell se ruborizó hasta las puntas de las orejas al sentir la presión de los dedos entre sus pliegues íntimos, pero si se revolvió no fue por incomodidad o vergüenza, sino por las sensaciones explosivas que le disparó el contacto.

Charles apoyó la mano libre junto a su cabeza para no perder el acceso a sus labios, que se entretuvo besando como primera distracción en tanto que su diestra mano operaba entre los muslos.

—Ningún hombre que no sea yo volverá a hablarte o a tocarte —le dijo con solemnidad—, eso te lo puedo asegurar. Todo esto que eres y posees me pertenece; es mío y solo mío, Bluebell.

Le habría gustado responderle que estaba muy pagado de sí mismo, pero de poco servía mantener la pose defensiva cuando se estaba entregando a sus diabólicas caricias sin inhibiciones; cuando ya le había declarado que nunca podría estar en la misma habitación que él sin la esperanza de disfrutar de su cuerpo, de su lengua viperina, de su sola contemplación. Así pues, se dejó embaucar por el juramento posesivo y disfrutó de la fantasía en la que la cumplía, una fantasía en la que no tenía que volver a pisar un salón o exponerse al mercado casadero porque un hombre bello y de

temperamento volcánico la tenía día y noche encerrada en su dormitorio.

—Oh, Dios —gimoteó al sentir la suave penetración. Charles tuvo que apoyar el peso en las rodillas y un codo para poder rodearle a ella la cara, como si quisiera inmortalizar la expresión de éxtasis que le separó los labios—. Charles. Charles...

—Estoy aquí, estoy aquí —le aseguró. Hablaba con la misma agitación que Bluebell. Parecía que el deseo de la muchacha fuera inflamable, fuese también de él—. Me apasionas, mujer. Tu cara, tu cuerpo... Te deseo tanto.

Bluebell se mordió el labio para reprimir un gemido. Todo lo que impedía que saliera de sus labios se quedaba, no obstante, circulando por su cuerpo como una serpiente venenosa que lo intoxicaba todo. Le ardía el bajo vientre, tenía el pecho bloqueado, la espalda se le arqueaba en un ángulo hasta entonces desconocido; le quemaba ahí donde él reproducía un ritmo de penetración lento y persuasivo. Hasta el rostro notaba febril, hasta las orejas, hasta la garganta.

Necesitó pedirle un beso que insuflara vida a un cuerpo próximo a la muerte, pues entendía que solo la proximidad de la Parca podía causar un despertar brutal de los sentidos. Él se lo concedió volviendo a tomar su boca con una inclemencia llamativa, la de un hombre que acababa de decidir que ahí construiría su imperio.

—Córrete para mí —le pidió Charles con la mirada fija en ella—. Córrete con mi nombre en los labios.

Bluebell no supo a qué se refería hasta que la muerte que había anticipado la sorprendió en la forma de un largo estremecimiento. Todas las emociones que la estaban ahogando se cogieron de la mano para catapultarla a un momento de éxtasis; una de ellas era el miedo por desconocimiento, pues nunca antes había experimentado algo de intensidad parecida. En esta ocasión no pudo contener sus instintos y gimió en voz alta el nombre que se le había pedido, el único que había anclado a sus pensamientos. Él lo recogió letra por letra besando su labio inferior, su labio superior, cada una de las comisuras, trazando una estrella de los vientos en la boca que ya podía llamar suya.

Charles fue ralentizando las caricias a su sexo hasta que apartó la mano con una pequeña sonrisa de triunfo. Bluebell observó, catatónica, que se llevaba los dedos a la boca y los besaba con los ojos cerrados antes de lamerlos con fruición.

Aunque hubiera querido decir algo, no habría podido. Su atrevimiento la ruborizó de nuevo, y tuvo que ser este un rubor distinto, uno más inocente, porque Charles se rio y enterró el rostro en su cuello para presionarle el punto del pulso con la boca todavía ávida de arrumacos.

Bluebell le pasó los brazos por la espalda y entrelazó los dedos para mantenerlo atrapado contra sí. Se le cruzó un pensamiento patético precisamente porque revelaba el anhelo más profundo y sincero de todos: «Si tan solo ahora me dijeras que me amas...»

Lo descartó de inmediato, espantada, y trató de concentrarse en otras cosas.

Entendía por qué a las mujeres se les prohibía la intimidad antes del matrimonio. Los besos y las caricias les llenaban la cabeza de pájaros, y eran esa clase de pájaros carroñeros y peligrosos que no convenía alimentar.

Capítulo 20



—Señorita Corrin, ¿qué ocurrió con el señor Pharrell durante el paseo? —preguntó Lavinia Vallans sin rodeos—. No he querido presionarla con un reporte detallado, pero han llegado a mis oídos algunos rumores preocupantes y es mi obligación actuar conforme a su veracidad o falta de ella cuanto antes.

Bluebell depositó el perfume que acababa de aplicarse en el cuello sobre el tocador y encaró a la maestra. La señorita Vallans la miraba desde el umbral de la puerta con su habitual rigidez, aunque en esta ocasión con un perceptible deje de inquietud.

—¿Rumores preocupantes? Pero yo no he compartido ningún relato con nadie —musitó, y enseguida se acordó del segundo involucrado: Charles. Aunque quizá decir que «se acordó» sería inadecuado, puesto que el caballero llevaba deambulando por su mente desde la tarde anterior—, y dudo que el señor Pharrell estuviera interesado en que se diera a conocer su... comportamiento.

Lavinia se enderezó aún más si cabía.

Bluebell desconocía lo que era propio o no del profesorado de una institución de su categoría, pero tristemente sí estaba al corriente de que la palabra de una muchacha tenía muy poco peso y ningún valor frente a la de un flamante burgués. Y, sin embargo, la señorita Vallans no puso en tela de juicio lo que ella había insinuado. Tomó su vivencia como la única verdad posible y fue al grano preguntando:

—¿Qué le hizo con exactitud?

—No fue tan espantoso —se defendió Bluebell después de tragar saliva. Sentía que era su obligación restarle hierro a las libertades que el señor Pharrell se había tomado y evitar presentarse como una joven impresionable. A fin de cuentas, lo que le había parecido un aberrante abuso en Richard era lo mismo que había encontrado deseable viniendo de Charles—. Sobornó a la señorita Oldman para

que nos dejara a solas unos minutos y trató de besarme aprovechando la intimidad. No lo permití —le aseguró, y terminó de calzarse los guantes mientras se encaminaba hacia Lavinia—, y eso no le gustó. Pero no sucedió nada irreversible. Se lo prometo, señorita Vallans.

—La creo, señorita Corrin. Por desgracia, que sucediera o no sucediera es indiferente de cara a las consecuencias. Por lo que se ve, al señor Pharrell le ofendió enormemente su rechazo y ha contado una versión muy distinta a sus pares. Esta noche debería permanecer aquí, en la mansión —le sugirió—. Sus compañeras, algunas maestras y yo acudiremos a la fiesta a fin de valorar hasta qué punto ha afectado a su reputación.

Bluebell recibió la noticia como un jarro de agua fría.

¿Que el señor Pharrell se había atrevido a tergiversar lo sucedido? ¿Con qué propósito?

¿Con qué *derecho*?

—¿Qué interés podría tener ese hombre en que se supiera que le rechacé?

—Juzgando por la información que me ha llegado —le explicó Lavinia con pies de plomo—, no es que le rechazara lo que ha salido a la luz, sino todo lo opuesto. Se rumorea que usted se arrojó a sus brazos y él tuvo que ponerla en su sitio.

Bluebell sintió que la sangre le bajaba a los pies.

Dejó de batallar con los guantes de fiesta que le habían prestado.

—¿Qué?

—No se apure, señorita Corrin —la alentó Lavinia con una mano sobre el hombro—. Encontraremos un modo de resolver este entuerto. Por lo pronto, debe permanecer aquí, a salvo de la mala baba de los amigos del señor Pharrell. Me consta que ha recibido una invitación al baile de esta noche y no sería buena idea que los vieran en el mismo sitio.

En una primera instancia, Bluebell asintió con la cabeza, pero muy pronto tuvo que aceptar que no estaba conforme con unas medidas que se le antojaban drásticas. No estaba conforme, tampoco, con lo que se había dicho acerca de su actitud durante el paseo.

Y, sobre todo, no estaba conforme con la idea de quedarse de brazos cruzados.

Alargó el cuello y entrelazó los dedos con impaciencia para asegurarse de que los guantes quedaban encajados en condiciones.

—Señorita Vallans —empezó con seguridad—, estoy en Londres para encontrar marido. A diferencia de otras de mis compañeras, yo solo disfrutaré de una primera y última temporada para conseguirlo. Menos, si los pares del reino decidieran creer a pies juntillas la palabra del señor Pharrell. No estoy en condiciones de desaprovechar una aparición pública. Además; ¿no cree que es la perjudicada la que debe ir a probar las aguas? No me perdonaría cargarlas a ustedes con mi...

—No nos carga en absoluto, señorita Corrin. Su reputación y su bienestar se convirtió en nuestra responsabilidad, incluso en nuestra prioridad, diría, en el preciso momento en que entró a la escuela. Créame —le pidió con una larga mirada—, hemos presenciado toda clase de injusticias. Estamos curadas de espanto y sabemos cómo proceder para salvar cualquier tipo de situación.

—Si no la he convencido con mi argumento, permítame aportar este otro. Si es cierto que el señor Pharrell ha intentado arruinar mi reputación, estoy en mi legítimo derecho de confrontarlo al respecto. Si no pudiera limpiar mi nombre, al menos me quedaría tranquila habiéndole dicho exactamente lo que pienso.

—Señorita Corrin...

—¿Están ustedes listas? —intervino una voz masculina. Provenía de la escalera, donde el caballero se erguía apoyando la mano en el barandal.

Bluebell atisbó en su expresión una ligerísima turbación. Dicha turbación, cuyas causas creía conocer, se le contagió irremediablemente, que por un segundo olvidó lo que sucedía con el señor Pharrell.

Tragó saliva y le dirigió una mirada suplicante a la maestra. No tuvo que ponerle palabras a su petición. Ambas se entendieron. «No informe a milord sobre esto, se lo ruego», decía Bluebell. Lavinia no las tenía todas consigo, como demostró que hiciera un leve mohín. No obstante, debía de saber que la beneficiaría poco o nada

confesar al director de la institución que habían causado una situación muy peliaguda con su negligencia, puesto que terminó cediendo en silencio.

Bluebell se esforzó por sonreírle con agradecimiento y se agarró la falda para acudir al encuentro de Charles. No lo había visto desde que él la dejara a las puertas de la mansión unos minutos después de su arrebato lujurioso. Con los cortinajes cubriendo convenientemente las ventanillas del carruaje, ambos habían podido despedirse sin palabras, es decir; con un beso tras otro que se había ido prolongando hasta terminar de nuevo en una postura indecorosa. No fue de extrañar que Bluebell se ruborizara saludándolo con una venia, ni que él mantuviera fija en ella una mirada atormentada por el deseo.

Charles le tendió la mano para invitarla a bajar las escaleras. No osó rechazarla a pesar de que el caballero no se había puesto aún los guantes. A pesar de que Bluebell sí iba tapada, sintió la calidez de sus dedos y recordó con bochornoso detalle dónde había estado esa mano la tarde anterior.

De inmediato se impuso la preocupación que le tenía el estómago encogido.

Si de verdad se había corrido la voz de que la señorita Corrin era una descocada, nadie se estaría equivocando: era o había sido una descocada, solo que no con el hombre que se decía.

Él no abrió la boca en todo el trayecto hasta el carruaje que la había estado esperando en la puerta. No le soltó la mano ni durante el descenso ni durante el camino hasta el coche. Esto llamó la atención de un par de criados y de la discreta señorita Poitier, pero ninguno osó pronunciarse al respecto. Y aunque Bluebell debería haber impuesto su honor rechazando la galantería excesiva, no pudo. Le faltaba valor y le sobraba corazón para oponerse al contacto de Charles.

Bluebell se sorprendió de que él subiera al landó después de ayudar a la maestra de Etiqueta y Decoro y a ella misma a ponerse cómodas. Le lanzó una mirada interrogante —«¿A qué se debe el honor de tu presencia?»— que Charles contestó arqueando las cejas

con sorna: «¿Te crees que a mí no se me invita también a los bailes de temporada?»

Cuando milord le confesó, no sin dificultad, que había nacido bastardo, Bluebell no supo cómo reaccionar, quizá porque al haber crecido alejada de la aristocracia le costaba asimilar su formas de proceder, todas ellas acusadas de hipocresía o clasismo. Ya de entrada le parecía que el supuesto pecado de la bastardía no era tal, y ni mucho menos una condición por la que debiera pagar el afectado. Pero si, además, el mismísimo marqués de Tottenham le había otorgado su apellido, le había abierto las puertas de su casa, ¿por qué Charles había narrado su historia como si fuera un delito imperdonable?

Cualquiera diría que el reconocimiento paterno anularía las reservas del *beau monde*, y en cierto modo así había sido, pues se le extendían invitaciones y la escuela de señoritas no había perdido caché teniendo a Charles Witherow a la cabeza de la dirección. Pero si bien era invitado, una vez allí no se le prestaba la atención que habría recibido de haber sido distintas las circunstancias de su nacimiento. Había quienes lo miraban por encima del hombro, y aunque era obvio que las mujeres lo deseaban con fervor, ninguna osaba aproximarse por si acaso les contagiara... ¿qué?

Bluebell no entendía las medias tintas. O se le aceptaba o no se le aceptaba, pero darle la bienvenida al mundillo para torturarlo con indiferencias forzadas era una canallada. Y mirándolo bien —porque antes lo había mirado muy mal, la verdad fuera dicha—, ahora comprendía el porqué de su arrogancia. No era sino una armadura de la que se revestía para no sufrir con el desprecio ajeno; incluso para disuadir a sus detractores de intentar ponerle en el que entendían que era su sitio.

Minutos de silencio más tarde, Bluebell bajaba del carruaje con la ayuda de Charles y esperaba a la señorita Poitier para cruzar el umbral de la casa. Se notaba mareada y sin saber por qué ánimo decantarse, en gran medida a causa de las miradas que él le había estado dirigiendo durante el trayecto.

Había cometido un error convenciendo a la señorita Vallans de acudir al evento. Lo único que ella quería era quedarse a solas y

soñar despierta con las manos de Charles. O, en su defecto, quedarse a solas con él y no tener que soñarlo, sino disfrutarlo.

Muy pronto le dieron motivos de otra índole para arrepentirse de no haber obedecido.

De hecho, se los dieron nada más acceder a la mansión de los marqueses de Gloucester.

Gran parte de la concurrencia, incluidas algunas parejas que danzaban alegremente al son de una polca, frenaron sus pasos de baile y pausaron sus conversaciones para dirigir una mirada a la recién llegada. Dicha mirada cabalgaba entre la incredulidad —¿cómo se había atrevido a presentarse?— y la irritación. Había alguna que otra muchacha joven transmitiéndole con su expresión entristecida cuánto lamentaba su situación, pero no eran ni de lejos la mayoría.

En el centro de todo eso, rodeado de señores con frac que fumaban entre risas, se hallaba Richard Pharrell. Había sido de los primeros en reparar en ella.

Por si le había cabido la menor duda de que su interés se había disuelto tras el encontronazo, quedó resuelta en cuanto hicieron contacto visual.

Ni rastro quedaba de la calidez del antiguo —y por lo visto falso— señor Pharrell: si las miradas pudieran haber matado, Charles habría tenido que sacar a Bluebell de la fiesta envuelta en una mortaja.

—¿Qué ocurre? —inquirió él en voz baja. Le ofreció el codo y esperó a que ella aceptara caminar de su lado para emprender el camino hacia la anfitriona.

—Por lo que se ve —le explicó en el mismo tono, la vista clavada en el frente—, el señor Pharrell ha estimado conveniente informar a todo Londres. No de lo que sucedió entre nosotros, sino de lo que le habría gustado que ocurriera.

Notó que el brazo de Charles se tensaba, así como todo él. Bluebell lo miró de reojo con un nudo apretándole en la garganta. Sorprendentemente, no temió que la culpara o arrancase con la lluvia de reproches a la que la había acostumbrado cuando se conocieron. Fuera porque el aire de Londres le sentaba de maravilla

o porque por fin se estaban descubriendo el uno al otro tal y como eran, Bluebell ya no estaba a la defensiva con Charles.

—No me lo puedo creer —masculló, furioso.

Pero poco era lo que podía hacer al respecto en un salón abarrotado.

Confrontar al responsable no era una opción. Tampoco lo era defender a Bluebell abiertamente de los cuchicheos que fueron captando a medias en su camino hasta la anfitriona. Tanto si lo hacía él en un arrebato de caballerosidad como si lo hacía ella misma en deferencia a su propio honor, estarían cometiendo un grave error de protocolo si alzaban la voz para protegerla del escarnio.

Era de pésima educación hablar sin tapujos. Lo propio era fingir dignidad en tanto que pasaba la tormenta y esperar con paciencia a que el tiempo aburriera a los cotillas de repetir los mismos rumores.

Bluebell jamás olvidaría lo que sintió durante el trayecto de apenas cinco minutos hasta la anfitriona, lady Gloucester. Notaba la presión de todos los ojos de la sala sobre la nuca, sobre los hombros; estaba tan expuesta, y el odio y el desprecio que recibía eran de tal intensidad, que estuvo segura de que si no se hubieran jactado de llamarse damas y caballeros le habrían rasgado el vestido y la habrían humillado a pedradas.

Oía fragmentos de las conversaciones que se tenían a propósito de su bochorno y sabía, igual que sabía su nombre, que adornaban el relato de su supuesta pasión con Pharrell de adjetivos peyorativos.

¿Cómo se atrevía esa pobretona a aspirar a un hombre de su planta? La fulana se había arrojado a sus brazos con la esperanza de amarrarlo, pues de ninguna otra manera habría logrado obtener un marido de categoría. Encima ni siquiera era bonita. Fea y huérfana; Dios sí castigaba dos veces, y con bastante saña, aunque era improbable que la divinidad se hubiera cebado con ella. Bastaba con mirarla para saber que más bien la había olvidado por completo. Si Dios le hubiera prestado un poco de atención, le habría regalado alguna gracia. Así no habría sido un absoluto esperpento.

Bluebell se consideraba curada de vanidades y muy por encima de la malicia de los nobles, pero para cuando se detuvo ante lady

Gloucester, estaba temblando de forma visible y lágrimas de espanto y profunda tristeza le humedecían las pestañas.

Se hallaba en un estado catatónico. El cuerpo se le había endurecido pese al temblor; parecía la ventana acristalada de un carruaje cuando transitaba un terreno pedregoso. No se atrevía a separarse de Charles, contra el que se había ido recostando de forma inconsciente en busca de un apoyo.

Y él lo estaba siendo. Se mantenía erguido con firmeza. Había cruzado todo el salón fulminando con una mirada rabiosa a todo aquel que se había atrevido a juzgar a Bluebell con el habla o la expresión.

—Milord —se adelantó a decir lady Gloucester con una mueca de circunstancia—, no sabe cuánto celebro que haya venido esta noche. Es un honor para mí recibirle a usted y a muchas de sus debutantes, la mayoría criaturas deliciosas. Sin embargo —prosiguió. Era justo lo que Bluebell había estado esperando: el «pero»—, mis invitados no son de la misma opinión y mi responsabilidad como anfitriona es garantizar que todo el mundo se divierta y mañana hable delicias de mi organización. Estoy segura de que usted entiende mi posición.

—No, milady, no lo entiendo. Entre sus invitados figuramos la señorita Corrin y yo. Tenemos el mismo derecho a que se preocupe de nuestro entretenimiento como del de los demás.

La dama mantuvo la sonrisa diplomática intacta en los labios.

—De hecho, milord, esta tarde hice llegar a Mabry's Place una nota en la que sugería que la señorita Corrin declinara la invitación. Habría sido la opción más elegante —añadió.

Miraba en todo momento a Charles. Parecía que ella no existiera.

—En tal caso, yo también debería declinarla, pues como representante de las alumnas de la escuela me corresponde anteponer sus intereses a los míos. Pero antes de marcharme, lady Gloucester, ¿sería usted tan amable de explicarme el porqué de este desaire a mi protegida?

La estaba poniendo en un terrible compromiso. Había palabras impronunciables en el manual de la aristocracia. No podía acusarla de indigna o arribista sin más. Los de su clase estaban entrenados para agraviar al prójimo de forma indirecta y con la intención de

dejarle aturdido, preguntándose si había sido insultado, nunca tremendamente ofendido.

La dama salió del paso con sencillez.

—En mi casa son bienvenidas las mujeres virtuosas, milord.

A Bluebell se le encogió el corazón. Cierto era que su virtud como tal seguía intacta, pero había permitido que Charles tomara lo que le había apetecido sin poner trabas. A lo mejor lady Gloucester no lo sabía, pero ella sí, y eso era suficiente para interpretar sus palabras como una humillación muy merecida.

Charles no opinaba lo mismo, y fue su clarísima indignación lo que evitó que Bluebell siguiera atormentándose. Lo vio tensarse como la cuerda de un violín y encarar a la dama sin cortesías que valieran, con un desprecio que parecía un veneno mortal. Comprendió que la destrucción de su reputación no era para el caballero asunto menor y que, de hecho, se había convertido en una cuestión de importancia vital para él.

—Y no hay mujer más virtuosa que la señorita Corrin —determinó Charles con frialdad—, ¿u osa desprestigiar en modo alguno a quien será mi esposa?

Capítulo 21



Charles no había podido soportarlo. El desprecio al que habían sometido a la señorita Corrin desde su entrada al salón le había resultado tan familiar como abominable, y si bien entendía que había pocas salidas posibles —incluso ninguna— para subsanar el daño causado por la mala lengua de Pharrell, solo se le había ocurrido el modo menos obvio y casi inútil de protegerla.

Proclamándola suya.

No esperaba que lady Gloucester y todos aquellos que habían pegado la oreja a la conversación cambiaran de parecer sobre Bluebell. Una vez la alta nobleza se formaba una opinión sobre un sujeto, no había vuelta atrás. El pobre fulano quedaba señalado de por vida. Ni mucho menos se inclinarían por respetarla después de saber que él, un bastardo, pretendía desposarla, incluso si eso era mejor que nada.

O eso fue lo que pensó.

Se había equivocado.

La dama puso los ojos como platos y su expresión mudó del recelo a la alegría, como si fuera imposible que Charles se hubiera comprometido con Bluebell Corrin y que Bluebell Corrin se hubiese entregado al señor Pharrell en el curso de un mismo día. Para lady Gloucester y muchos de los que seguían la charla con interés, aquellas eran dos realidades totalmente incompatibles, pues por primera vez le dirigieron una mirada afable a la joven y la felicitaron por las futuras nupcias.

«Mejor para todos», pensó Charles con ironía. «Lidiar con imbéciles tiene sus ventajas».

Bluebell aceptó que la anfitriona le estrechara las manos, y no porque hubiera perdonado el desaire, sino porque el asombro la había paralizado. El marqués de Gloucester se unió a las felicitaciones, así como dos miembros lejanos de la familia noble y otro par de amigos cercanos. Ahí donde Bluebell se sentía

abrumada, pues Charles había aprendido a diferenciar las emociones que ocultaba con según qué expresiones, él estaba siendo tan consciente del momento y de las implicaciones de su decisión que un fuerte sentido de la responsabilidad le había llenado de orgullo.

Iba a ser su esposa.

Nada distinto de un impulso superior a la razón le había llevado a declararla su prometida. Y aunque se jactaba de ser un hombre racional, sorprendentemente celebraba que dicha racionalidad le hubiera abandonado con lo puesto nada más conocer a la señorita Corrin. Debería estar asustado, preocupado, al menos desconfiando de su criterio impulsivo, pero le había embargado tal alivio al trasladar la noticia que, al final, sentía que se había quitado un gran peso de encima. O, mejor dicho, que había derrumbado la última barrera que se interponía entre los dos.

No volvería a experimentar nunca más los celos demoledores que habían estado a punto de matarlo al ver a Bluebell reír con Pharrell, pasear con Pharrell; al ver a Pharrell rodearle la cintura con la misma posesividad con la que él lo hacía. No volvería a temer que la joven decidiera no perdonarle una afrenta y se esfumara de su realidad inmediata.

No volvería a temer que ganara la apuesta.

Apuesta que él había propuesto, por otra parte.

«En serio. Lidiar con imbéciles, yo el primero, tiene sus ventajas».

—Si me disculpan —el murmullo de Bluebell lo bajó de la nube—, necesito tomar el aire.

Sin esperarlo a él, cosa que habría convenido después del anuncio, Bluebell giró en redondo y se dirigió a las puertas por las que había entrado con una prisa sospechosa. Se llevó prendidas de la falda un coro de miradas que iban de la perplejidad a la confusión. Muchos no sabían cómo actuar a la luz del giro argumental. Pero Charles no se quedó a aclarar el asunto y salió en pos de ella con un mal presentimiento.

Tal presentimiento se confirmó cuando la vio bajar los escalones hacia la calle a toda prisa.

—Bluebell —la llamó—. ¡Bluebell!

La joven fingió no escucharlo. Charles tuvo que tener cuidado al saltar los peldaños húmedos por la llovizna para no resbalar tratando de alcanzarla. Bluebell se cubría la cabeza con los antebrazos para no mojarse; él apenas notaba que pronto empezaría a calarle, concentrado como estaba en llegar hasta ella cuanto antes.

La detuvo bajo el foco de luz de una farola, a una calle de distancia de la fiesta que habían animado con la feliz noticia. Charles pretendía ser el que tomara la palabra, pero se quedó sin aliento al instarla a girarse y ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? ¡¿Cómo que qué ocurre?! —repitió levantando la voz—. ¿Cómo se ha atrevido a tomar una decisión así sin consultarme? ¿Su futura esposa? ¿Acaso ha perdido el juicio? ¿Es que le parecía divertido? ¿O es lo único que ha pensado que podría evitarme la humillación de encontrarme bajo el mismo techo que el señor Pharrell?

Charles intentó poner sus pensamientos en orden antes de hablar.

—Soy consciente de que lo adecuado habría sido pedirte matrimonio antes de hacer el anuncio, pero no pretenderás decirme con esto que estás en desacuerdo con la solución —repuso con tiento—. Ya habrás visto con tus propios ojos que, en efecto, te he evitado la humillación del señor Pharrell. Y ¿qué otro desenlace cabía considerando lo que viene sucediendo entre nosotros? ¿Crees que pretendía tratarte de por vida como a una amante desechable?, ¿como una mujer a la que besar y olvidar después?

—¡No puede casarse conmigo solamente porque se siente atraído hacia mí y quiere evitar que la escuela sufra un revés reputacional!

—Quiero evitar que tú sufras un revés reputacional; como ya deberías saber, a la escuela no le tengo un gran afecto. ¿Y por qué debería casarme, según la señorita? Ya veo ahí más razones de peso que a las que se atienen la mayoría de las parejas comprometidas, que se preocupan fundamentalmente de la cuestión socioeconómica. Cuestión que entiendo que a ti te importe y que también quedará resuelta cuando seas mi esposa —añadió—. Mi fortuna estará a tu entera disposición, y...

—¡Me importa un carajo el dinero! —lo interrumpió con un grito quebrado. El agua había empezado a empaparle el pelo. Ríos dulces corrían por su rostro agrietando el poco maquillaje que se había aplicado en las mejillas—. ¡Y después de sufrir en mis carnes cómo pueden llegar a tratarte por un simple y estúpido rumor, me importa aún menos mi futuro matrimonial! ¡Me niego a enfrentarme a una vida en la que se me fuerza a pasearme por estos salones para soportar desprecios inmerecidos!

—Yo jamás te forzaría a pasearte por ningún lado.

—¿Y qué se supone que pretende? ¿Encerrarse en casa y no volver a alternar con sus pares?

—Esa gente no significa nada para mí, Bluebell.

Por si acaso no hubiera estado lo bastante angustiada, la muchacha empezó a desesperando mirando hacia un lado y al otro, al pie que movía con impaciencia y a la luz artificial sobre su coronilla, nunca a él.

Pensaba que la había dejado sin argumentos, pero volvía a equivocarse.

—No puedo permitir que me despose porque se ha sentido responsable de mi situación. Una situación en la que me metí yo sola pese a sus advertencias —recalcó—. Y antes de que se le ocurra aportar de nuevo el pretexto de que hemos compartido algunas intimidades, me opongo también con rotundidad. Es absurdo que se preocupe por mi virtud cuando ni yo he pensado en ella.

Charles pretendía refutar su argumento, pero ese último menosprecio hacia sí misma le hizo reconsiderarlo. Bluebell no se atrevía a mirarlo a la cara y su expresión era la de una mujer que contemplaba sus deseos como poco menos que un insulto al buen gusto.

—¿Qué me quieres decir con eso? ¿Te arrepientes?

—¡Me avergüenzo! —sollozó—. Todo lo que he oído ahí dentro, cada acusación que se ha vertido sobre mí... —perdió el hilo de lo que iba a decir, sacudida por un escalofrío—. Es cierto, Charles. Soy una pobre huérfana que no es lo bastante atractiva para tentar a un caballero. Solo echando mano de tácticas más antiguas que el

mundo podría haber amarrado a un hombre de cierto abolengo, y tú has caído en la trampa incluso sin que yo te la pusiera.

—¿De qué trampa hablas? He tomado esta decisión con seguridad, contemplando tu bienestar además del mío, y... —Se interrumpió al ver que Bluebell se cubría la cara con las manos—. Escúchame, por Dios te lo pido. Ni una sola de las viejas brujas que se han atrevido a denostarte te conocen en lo más remoto. No saben quién eres. Lo que digan está viciado por la malicia, por el aburrimiento; por el deseo de quedar por encima de quienquiera que sea la atracción de la noche. No soportan no aportar su granito de arena a la conversación pública, ¿entiendes?

—¡Es verdad! —insistió ella mirándolo a los ojos. Los suyos estaban cuajados de lágrimas—. ¡Es verdad que me he arrojado a los brazos de un hombre! ¡Puede que no fuera Richard Pharrell, pero que cambie el pecador no anula el pecado!

—¿Pecado? ¿Así llamarías a lo que hemos compartido?

—¿Y cómo lo llamaría usted, si no? No soy mejor que una fulana. Las fulanas al menos se ganan la vida proporcionando placer a su clientela; yo solo tenía una obligación, permanecer pura y virtuosa hasta el matrimonio, y, sin embargo...

No mucho tiempo atrás, ciertamente no tanto como para haberlo enterrado en la memoria, Charles había oído unas palabras similares viniendo de otros labios. Los labios de una mujer que también le había importado. Que había sido, de hecho, la persona que más le había importado en el mundo. La señora Fontana no se había atrevido a desahogarse con él, su único hijo aún menor, pero había olvidado que los niños cometían la travesura de escuchar detrás de las puertas y había oído cada acusación que se dirigió a propósito de su affaire con el marqués de Tottenham. Nada distinto del amor puro de una jovencita la había arrojado a los brazos del aristócrata; ni la coacción, ni el deseo de riquezas, ni la aspiración de convertirse en una amante frecuente a la que colmara de joyas y atenciones. Y, aun así, el mundo la convenció de que era un despojo social. Una puta.

Sumido en un silencio sombrío, Charles cogió a Bluebell de las muñecas y se las apartó de la cara para instarla a mirarlo. No separó

los labios hasta que ella superó la vergüenza e hicieron contacto visual.

—Cuando me devolviste el primer beso o alguno de los que siguieron después, ¿esperabas que yo enmendara el daño causado pidiéndote matrimonio? ¿Lo hiciste augurando este desenlace?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

—Cuando me devolviste el primer beso o alguno de los que siguieron después —repitió—, ¿lo hiciste para ganarte mi protección?, ¿para tener algo con lo que chantajearme?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar algo así?

—Yo no pienso algo así, Bluebell. Ni siquiera tú piensas algo así. Solo lo piensa aquel con la mente pervertida, porque como te dije alguna vez, el ladrón cree que todos son de su condición. Si me besaste simplemente porque me deseabas, ¿qué mal habría en eso? Yo también te besaba porque te deseo y no te veo juzgarme con la misma dureza.

Bluebell le aguantó la mirada durante unos segundos en los que Charles sintió que estaba siendo medido, cuestionado y, por último, juzgado. Fuera cual fuese la conclusión a la que la joven llegó después de bucear en sus ojos, y esto es, de ahondar en la veracidad de sus palabras, no tuvo que ser ni halagadora ni positiva, porque se soltó de su agarre y dio un paso atrás.

—Sea como sea, Charles, me has impuesto un matrimonio sin mi consentimiento. Rechazarte o huir sin dar explicaciones nos afectará a los dos. A los tres —se corrigió—, pues a mi hermana le salpicará todo escándalo en el que yo me vea inmersa.

Charles se quedó petrificado.

—¿No quieres casarte conmigo?

—¡No! —exclamó, y lo miró con tal perplejidad porque siquiera hubiera pensado lo contrario que él se sintió ridículo—. Por supuesto que no me quiero casar contigo para tratar de arreglar una situación generada por mí... por otro, qué más da —suspiró, hastiada— o porque te sientes culpable de haberme tocado. Como tú mismo has dicho, nunca te he besado o me he dejado besar con el fin de embaucarte, por lo que la solución matrimonial está de más y podría

decirse que va contra mis principios. Encontrar la salida a este callejón es una obligación que me corresponde a mí en exclusiva.

—¿Te niegas solo porque no compartes mis razones —se oyó preguntar con voz queda—, o tiene algo que ver que soy un hijo ilegítimo?

Aquel giro sorprendió más aún a Bluebell.

—Por supuesto que no tiene nada que ver, Charles. No me atrevería a desairarte por ese motivo ni si fuera una riquísima heredera con título de dama, pero menos razones tengo para creerte inferior a mí siendo una huérfana sin futuro. Eres tú quien debería considerar esta vía una auténtica locura. Somos tan diferentes como el día y la noche en todos los aspectos.

—¿Y qué? —se empecinó Charles—. No entiendo tus reticencias, Bluebell. Hace más o menos una semana hacíamos una apuesta porque estabas decidida a encontrar un marido que te diera una buena vida. Si tú misma admites que puedo dártela, ¿por qué te niegas? ¿Por qué de pronto rechazas el matrimonio de lleno? Debe de ser porque yo no te convenzo, dado que hasta el señor Pharrell te convencía como pretendiente el día de ayer...

—No es lo mismo. Usted y el señor Pharrell no son lo mismo —repetía en un murmullo angustiado. Se pasó la mano por la cara para limpiarla de la lluvia que arreciaba y se abrazó los hombros—. Arregle este desastre, se lo ruego. Yo... yo... —Miró a su alrededor con aire desamparado. Buscaba en el cielo estrellado una respuesta —. Supongo que yo regresaré a la escuela para recoger mis pertenencias, o... Me quedaré allí hasta que pase el temporal, o... No lo sé.

El impulso de tomarla entre sus brazos fue más fuerte que él. Olvidó que se encontraban en plena calle —si bien estaba vacía— y la sujetó por los hombros esperando que entrara en razón.

Nunca la había visto tan vulnerable, llorando casi sin darse cuenta por causa y efecto de la enajenación. Tampoco él se había sentido nunca tan apartado, tan aislado, y eso que había vivido situaciones de marginación iguales o aún peores que la que Bluebell había sufrido esa noche.

—Déjame ayudarte —le pidió Charles—. Es lo mínimo que puedo hacer después de haberte hecho pasar unos días infernales en la escuela. Cásate conmigo, por favor.

Ella se estremeció visiblemente y sacudió la cabeza. Charles no quiso aceptar su negativa y buscó la mirada que le estaba negando para confirmar que aún había un anhelo imposible en sus ojos; ese anhelo que él pretendía hacer realidad. Le demostró que no había nada que temer sosteniéndola por el cuello y la nuca y besándola en los labios allí mismo. Al principio fue solo una presión insistente sobre su boca, después un movimiento frenético y persuasivo que Bluebell terminó correspondiendo abrazándolo por los hombros.

—No... —decía ella, pero mantenía los ojos cerrados y aceptaba la intrusión de la lengua con alivio—. No, no...

—¿Por qué no? Sabes que me deseas. Sabes que esto fue inevitable desde el principio. Una parte de mí comprendió nada más verte que nada volvería a ser lo mismo.

—Usted y yo nos... mataríamos, usted y yo no... no nos llevamos bien.

—Eso no es cierto, Bluebell. Yo...

«Estoy enamorado de ti», estuvo a punto de decir.

Adquirir la conciencia de esta verdad suspendió todos sus movimientos y lo dejó momentáneamente sobrecogido. Reginald se lo había insinuado y él lo había negado, pero de no haber domesticado la boca para que no le traicionase, habría terminado pronunciando lo impronunciable. Y todo el mundo sabía que la boca tenía una conexión visceral con lo más íntimo de las entrañas, y que se activaba para defender los intereses racionales en los momentos en los que la emoción se imponía a la objetividad.

Miró a Bluebell conmocionado por el descubrimiento. Vio en su rostro estriado de lágrimas y gotas de lluvia algo que no había tenido nunca. Un propósito. Una cosa que, si no se merecía, procuraría merecer. Una persona que ansiaba proteger. Alguien que tenía el aterrador poder de herirlo con su rechazo cuando creía haberse curado del miedo a esto mismo transitando una y otra vez los caminos sociales en los que había sido desplazado.

Aceptar la verdad lo asustó tanto que no pudo formular una oración coherente. Intentó balbucear algo, pero nada inteligible salió de sus labios, acostumbrados a las vejaciones pero no a las declaraciones de afecto. Bluebell aprovechó esta vacilación suya para apartar las manos masculinas y retroceder de nuevo unos pasos. La casualidad se puso de su parte propiciando que un carruaje de alquiler pasara por la calle en ese preciso momento.

Charles trató de evitar que montara, pero ella fue más rápida a pesar de que el vestido empapado debía de tirar de su cuerpo débil hacia abajo.

No pudo hacer nada. Se quedó como un pasmarote bajo el halo de luz de la farola, la lluvia cayendo aún sobre su cabeza y sus hombros.

Capítulo 22

—¿Y eso fue todo?

—¿Qué más esperabas?

—Que salieras corriendo detrás de su carruaje bajo la lluvia. Como mínimo —puntualizó Reginald.

Hasta el momento, el marqués había estado tan concentrado en la inicialmente breve pero luego minuciosa exposición de los hechos que había adoptado la postura pertinente: codos apoyados en muslos, cuerpo erguido hacia delante, ojos muy abiertos y mirada fija en el interlocutor.

En vista de que su hermano exigía más y más detalle para hacerse una imagen mental acertada de lo acontecido, a Charles no le había quedado otro remedio que extender la historia.

Y eso que, a su parecer, no había mucho más que narrar.

Le había pedido matrimonio, y no contenta con haberse negado en rotundo, le había abandonado a la intemperie como si fuera un perro callejero.

—¿Salir corriendo detrás? —se ofendió Charles—. Lo que faltaba. Estaba y estoy en todo mi derecho de sentirme humillado como para colmo perseguirla tras el rechazo.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora mismo? —Señaló con el pulgar a la ventanilla por la que discurría el bonito paisaje campestre—. ¿Perseguirla, solo que con un día de retraso?

—No es lo mismo —refunfuñó Charles—. Ahora no la estoy persiguiendo como sí lo habría hecho si hubiera seguido rogando anoche. Ahora estoy yendo a la escuela de señoritas de la que resulta que soy dueño para poner en regla la situación de una de las alumnas.

—Sí, sí, llámalo como quieras —desestimó Reginald con su desahogo habitual—, pero no finjas que no es tu intención verla.

—No lo finjo. Merezco una disculpa por su desprecio y una explicación razonable a su rechazo.

—¿Una disculpa? ¿Una explicación razonable? Charles, por los clavos de Cristo, ¡anunciaste en público que os ibais a casar cuando ni siquiera se lo habías preguntado antes! No te gustaría saber cómo habría reaccionado yo a una encerrona semejante.

—Como cabría reaccionar un hombre de tu categoría, es decir; uno cuya fuente de felicidad mana del hecho de ser libre como el viento. No es el caso de la señorita Corrin, que te recuerdo que debía casarse durante esta temporada para ganar la apuesta. Y si no para alzarse con la victoria de cerrarme el pico, al menos para que su hermana gozara de un futuro mejor. Lo mires por donde lo mires, su negativa es un sinsentido —atajó, y no daría lugar a réplicas o puntualizaciones—, y es su responsabilidad otorgarle uno cuanto antes.

«Preferiblemente, antes de que me vuelva loco de remate», pensó.

Había traído a Reginald consigo para asegurarse de que no se le venía el mundo encima a lo largo del trayecto. Había pasado una noche entera en el infierno, despreciándose a sí mismo por haber revelado su debilidad hacia Bluebell de un modo tan absurdo, despreciándola a ella por haberlo despreciado a él, despreciando a su padre por haberlo reconocido o solo por haber permitido su concepción, despreciando a la sociedad entera por llevar toda la vida insistiendo en que no merecía la felicidad a la que aspiraban los demás, ni mucho menos a la que podría compartir con una mujer a la que sentía muy dentro.

Porque la sentía tan dentro que estaba seguro de que andaba sufriendo como él.

Al diablo con los que decían que el profundo conocimiento de un alma se adquiría con el paso del tiempo. Había un tipo de sabiduría que se alojaba en las entrañas y no en la cabeza, y esta no dependía del cultivo de las ciencias de la observación y la experiencia. Dependía en exclusiva de una inspiración divina, pues remitía al ámbito de la magia y al del amor, únicas glorias que abrían los ojos a colores y saberes que no estaban al alcance mortal. Charles no había necesitado más que un puñado de conversaciones con Bluebell y una caricia de sus labios para obtener una visión clarísima de su ser

que no podría revelarle ni la historia de su vida..., la que de todos modos conocía también.

—No es propio de ti actuar sobre los impulsos, hermano —dijo Reginald de repente. Reparó entonces en que lo había estado mirando con suspicacia—. ¿Qué es lo que te llevó a anunciar un matrimonio no consentido ante lady Gloucester? Más allá de la insania, claro está.

—Pretendes que te responda que fue el amor, ¿no? Pues te equivocas —zanjó sin energía. Charles clavó la vista en sus dedos entrelazados, que reposaban sobre el regazo a falta de hacer algo más, algo mejor, algo contundente que le devolviera a la Bluebell que fuera; la descarada e insolente, la que se reía, la que se enternecía con sus besos, la que abrazaba con entusiasmo para recalcar su agradecimiento—. Fue el miedo.

—¿El miedo a perderla?

—El miedo a pedírselo y que respondiera que no, porque si hubiera respondido que no, no habría podido odiarla. Te lo dije una vez, te lo dije una segunda y te lo repito ahora. Ninguna mujer, por humilde, falta de principios o cruel que sea, se merece el castigo de un marido...

—... bastardo, ya, ya. —Reginald puso los ojos en blanco—. Hermano mío, pronto se cumplirán veinte años desde que padre te reconoció como hijo legítimo. Mucho me temo que eres el único ser humano que camina sobre esta tierra al que le importan las circunstancias de tu nacimiento. Y fíjate cómo he dicho «ser humano que camina sobre esta tierra»; soy consciente de que a lady Mabry le importaban más que a ti, pero, más por suerte que por desgracia, hace tiempo que no camina sobre esta tierra, sino sobre los carbones encendidos del infierno. Claro que tampoco es que esa vieja bruja entrara en la categoría de ser humano, así que ahí llevas una doble negación. —Le lanzó un guiño canallesco—. No hay de qué.

Charles esbozó una sonrisa sincera.

No podía negarse que su hermano tuviera un don encomiable para aliviarle los pesares. Ese era uno de los motivos por los que nunca podría haberlo llamado medio hermano o hermanastro.

Ejercía una influencia tan positiva sobre él —y quería pensar que era recíproco— que no podría aceptar ninguna narrativa que no lo describiera como sangre de su sangre.

—Ella no pareció asqueada cuando se lo conté —señaló Charles—, y anoche juró y perjuró que la razón de su negativa no guarda la menor relación con la bastardía.

—¿Y por qué no te lo crees? ¿Cuesta dinero? Yo te lo presto.

Charles volvió a reírse.

—La señorita Corrin tiene algunos defectos, pero el de mentirosa nunca se lo atribuiría.

—¿Entonces? Harías bien en no colgarnos a los demás los fantasmas que te persiguen, CharChar, y te estarías haciendo un favor aún mejor si ahuyentaras a dichos fantasmas en lugar de alimentarlos para que te trunquen la vida. Eres querido —resumió, y aunque aquel era un tópico al que miles de personas habrían recurrido mil veces para consolar un malestar, sorprendentemente en esta ocasión obtuvo el efecto esperado—. Acéptalo y no des más la murga, ¿quieres?

—¿Y qué se supone que he de hacer después de ahuyentar a los fantasmas?

—¿Te refieres a qué debes hacer una vez lleguemos a la escuela? Pedirle matrimonio como Dios manda, zopenco —lo abroncó con simpatía—. A poder ser, recalcando que los motivos son que la amas y no puedes vivir sin lo que te ofrece, que, por lo visto, es una neuralgia eterna. Nunca le he pedido la mano a nadie, pero apuesto a que ninguna señorita me habría aceptado la propuesta si la hubiera empezado diciendo que «debemos resolver un problema».

—No estuve muy fino, según parece.

—No, no lo estuviste. Suerte que tienes al maestro de la *mujerología* a tu disposición.

—*Mujerología* —repitió Charles, a punto de romper a reír. Se le pasaron las ganas tan pronto como interiorizó su inminente deber y, como respuesta a dicha responsabilidad, notó una punzada en el pecho—. Reggie...

—¿Sí?

—Cabe la posibilidad —planteó con cuidado, convencido de que pronunciar su mayor temor podría materializarlo— de que ella no me ame.

La expresión divertida de Reginald se atenuó hacia la duda.

Pocas veces se paraba a meditar una respuesta antes de darla, y no porque sus aportaciones carecieran de profundidad, sino porque era tan inteligente que sus conclusiones más desternillantes —o, en su defecto, que cambiaban la vida— se hallaban en un nivel muy superficial de su mente, a donde tenía fácil acceso a todas horas. Algunos llamaban a este don «agilidad mental»; otros juraban que era simple y llano carisma. Para Charles era —y podía admitirlo para sus adentros porque su hermano no lo escucharía— una bendición tanto para sí mismo como para sus interlocutores.

Esta vez, para salirse de la norma, Reginald dejó que corriera un silencio largo y cargado de tensión.

Al final miró a Charles a los ojos.

Esperaba que le restara importancia con un ademán, como siempre que se enfrentaba a una cuestión irresoluble y rehusaba admitir que no poseía la omnisciencia divina. Diría algo como «No sé qué decirte, hermano, eso a mí nunca me ha pasado»..., pero se equivocaba.

—En ese caso —chasqueó la lengua— no te quedará otro remedio que conquistarla.

A riesgo de que causara un desmadre rodeado de tiernas jovencitas, Charles dejó a Reginald en el salón donde descansaban la mayoría de las alumnas y se encaminó a la planta superior. Esperaba encontrar a Bluebell donde la señorita Poitier le había indicado: recogiendo sus escasas pertenencias para marcharse de vuelta a la casa de su tía soltera. Por lo que le habían insinuado las maestras, no había habido manera humana de convencerla de que lo ocurrido no había sido culpa suya y de que lucharían para hacer justicia en su nombre y en el de la escuela.

Bluebell se había empecinado en que debía desaparecer para evitarle a su hermana una humillación parecida.

Charles conocía de buena tinta la testarudez de la señorita Corrin y no le extrañaba un ápice. Solo celebraba que en lugar de haber puesto rumbo a Halifax hubiera pasado antes por Arlington Abbey, o no la habría encontrado tan rápido.

Le sorprendió que hubieran ubicado a Bluebell en un dormitorio individual. Supuso que la razón radicaría en su edad. Las muchachas de quince dormían con las muchachas de quince, las jóvenes de dieciséis con las de dieciséis, y las de diecisiete y dieciocho, candidatas a debutar, juntas en una misma habitación.

Pero Bluebell tenía veinte y era una alumna becada. No se habría sentido cómoda rodeada de niñas.

No estaba allí, claro.

Ni eso iba a ponérselo fácil.

En lugar de abandonar su propósito, Charles entró, cerró la puerta tras él y tomó asiento en la cama. Acostumbrado a roncar en un colchón matrimonial tendido en vertical si se le antojaba, encontró su lugar de descanso terriblemente estrecho y desangelado. Si se recostaba, le asomarían los pies por el borde inferior. También debían asomarle a Bluebell, o casi. No habían contado con que sería más alta que la mujer promedio.

«Tendré que informar de esto a la señorita Lacraft para que invierta en camas más cómodas», pensó. «Las jóvenes vienen aquí a estudiar y deben gozar de la mayor comodidad. Sin un descanso óptimo se les dificultará asimilar las lecciones».

Si no se paró a sorprenderse porque esta preocupación relativa a la dirección escolar le hubiera asaltado, fue porque se fijó en que un cuaderno personal descansaba sobre el tocador. El hecho de que estuviera abierto de par en par y de él sobresaliera una hoja aparte parecía una invitación: «¡Léeme! ¡Léeme!»

Charles se levantó, picado por la curiosidad. Se asomó con disimulo a la estupenda caligrafía de la señorita Corrin... y su sorpresa no podría haber sido mayor.

Capítulo 23



Bluebell no había sabido cómo darle a su hermana la noticia de que se marchaba. Quizá porque ni ella misma había asimilado todavía lo ocurrido en los últimos días, empezando por la inclusión en el programa de la escuela y acabando por la terrible jugarreta de Richard Pharrell. O por lo que había venido después: una supuesta propuesta matrimonial que la había obligado a confrontar sus sentimientos.

Aun y con todo eso, había tomado la decisión de regresar con su tía con pleno convencimiento. No significaba, por desgracia, que no le resultara inconcebible separarse de Marigold por primera vez desde que la pequeña había llegado al mundo. Ni la pérdida de su madre, ni la pérdida de su padre, ni la quiebra del negocio; nada había podido alejarlas físicamente y tampoco distanciar sus corazones, que en lugar de cerrarse ante la adversidad habían encontrado consuelo el uno en el otro.

Pero Bluebell siempre había sabido que Marigold se casaría, y se casaría bien. Tarde o temprano cada una habría recorrido su camino individual.

Así era la vida.

Llevaba todo el día tratando de trasladarle el mensaje mediante carta, pero entre que la nueva no era plato de buen gusto y que Marigold seguía en Londres, tuvo que resignarse a regresar a sus aposentos. Parecía que su hermana supiera que pretendía despedirse y se lo estuviera poniendo difícil para evitarlo. No sabía que la estaba forzando a marcharse por la puerta de atrás.

La aterraba pensar que Marigold no se lo perdonara nunca..., pero se repetía una y otra vez que su hermana no era ni rencorosa ni priorizaba orgullos absurdos. Era tan distinta de ella como el día de la noche. Y menos mal, o nunca habrían conseguido sortear algunas de las pruebas que Dios les había puesto.

Bluebell entró en su dormitorio y cerró la puerta tras ella. Andaba tan distraída que en una primera instancia no se percató de que alguien había estado merodeando por allí. No tardó en sobresaltarse, sin embargo: la habitación era más bien modesta, y la presencia que la ocupaba era lo inmediatamente contrario, una suerte de energía divina que lo acaparaba todo.

Puso los ojos como platos al reconocer la figura masculina de Charles.

Tenía la cadera apoyada en el tocador que asimismo ejercía de escritorio y la miraba desde su imponente altura como tantas otras veces antes, como si meditara si era merecedora o no de su tiempo. Solo que en esta ocasión había un brillo intenso en sus pupilas que no supo si convenía temer o si era un signo de que se apiadaría de ella a pesar de su lamentable comportamiento.

Aunque lo que le correspondía era deshacerse en disculpas por haberlo abandonado bajo la lluvia, Bluebell no consiguió articular las palabras adecuadas. La sorpresa, lejos de ablandarla, había levantado sus murallas emocionales, y era bien sabido que cuando se sentía vulnerable tendía a arrojarse al ataque.

—Supongo que la señorita Lacraft en persona le ha dado permiso para infiltrarse en el dormitorio de una alumna.

—No necesito permiso de nadie para moverme por mi propiedad como se me antoja.

Bluebell cuadró los hombros.

—Muy bien. No se equivoca. Este dormitorio es enteramente suyo, sobre todo ahora que lo desocuparé. Pero que el suelo y el techo estén a su nombre no significa que también le pertenezca la mujer que está entre medias.

De un tiempo a esa parte, Charles había aprendido a ignorar sus provocaciones y anteponer las conversaciones que le interesaba tener. Un buen ejemplo de su cambio fue que se apartara del tocador y preguntara:

—¿Así es como piensas despedirte de mí, Bluebell? ¿Mostrándote tan orgullosa y distante como cuando apareciste? ¿Quieres cerrar el círculo acabando como empezaste?, ¿o es que crees que nos

resultará a ambos más sencillo decirnos adiós si te largas habiendo roto con tu infame terquedad el lazo que nos une?

Bluebell apartó la mirada y tragó saliva.

Podía decirse que era una mezcla de viejas costumbres y la segunda opción que Charles había planteado. Si se mostraba cordial en lo más mínimo, no se dijera ya cariñosa, él haría tambalear los cimientos de sus principios con un nuevo beso, y entonces Bluebell emprendería su camino con el corazón roto y lágrimas en los ojos.

No podría soportarlo.

—¿De qué lazo habla? —replicó con aparente desdén. Se obligó a caminar hasta el montoncito de prendas interiores que había doblado sobre la cama y procedió a introducirlas una a una en el estrecho baúl. Eran pocas las pertenencias que había traído consigo; a su tía no le había dado tiempo a hacerle llegar el resto de su ropero—. Hacer una apuesta y convivir un par de días no nos convierte en los mejores de los amigos, milord. Y a propósito de la apuesta, me parece de una sinvergonzonería sin precedentes que mencione mi marcha como si se tratara de un desaire personal. No me he casado ni lo haré. Dicho de otro modo, ha ganado usted, lo que significa que es cuestión de tiempo que elimine el sistema de becas y eche de aquí a todas sus beneficiadas. Solo estoy adelantándome a la humillación.

—Y deja a su hermana atrás porque quiere que ella sí sufra dicha humillación, ¿no?

—Dejo a mi hermana aquí, que no atrás, porque me pondré a trabajar tan pronto como arribe a Halifax. Desde allí le haré llegar a la señorita Lacraft el monto equivalente al primer año escolar —atajó Bluebell a la defensiva, como siempre que alguien había utilizado a Marigold como arma contra ella—. Lo he acordado con la directora esta mañana, mientras usted seguía disfrutando de la capital.

—¿Disfrutando de la capital? —repitió con una sonrisa irónica. El dormitorio gozaba de una sola ventana, y Bluebell había corrido las cortinas antes de irse para dejarlo todo en perfecto estado. La tenue iluminación, pues, le confirió a Charles un aire ominoso—. ¿Acaso has olvidado cómo me dejaste anoche? ¿Qué clase de enfermo

disfrutaría de la capital o de ninguna otra cosa después de que le rechazaran de la manera más lamentable posible?

Le costó tragar saliva al ver que Charles se cansaba del espacio entre los dos y la abordaba por la espalda aprovechando que ella se inclinaba para cerrar el baúl. Se enderezó enseguida, muy consciente del calor que emanaba su torso, y tomó aire antes de girarse a mirarlo.

—Lo siento, milord —dijo de corazón. Tenía que hacer un esfuerzo hercúleo para no huir de la presión de sus ojos, ojos de mirada exigente—. Debería haber sido más diplomática.

—¿Y qué más sientes? —insistió él verbal y físicamente. Físicamente porque avanzó otro paso, atrapándola entre el baúl y su cuerpo—. Deberías sentir el reproche velado que me has arrojado aludiendo a mi supuesto disfrute de la capital, pues parte de una flagrante mentira: me habría sido imposible disfrutar de la capital sin ti del mismo modo que me resultará imposible disfrutar de cualquier mínima cosa si te marchas. Y deberías sentir, también, haberme ganado en mi propia apuesta. Aunque no quieras casarte, has recibido una pedida de mano. Eso cuenta como victoria aplastante. Lo que significa —añadió— que tu hermana podrá quedarse sin que tengas que pagar un penique. Significa, también, que tú podrías seguir ocupando este dormitorio. A no ser que prefieras otro —insinuó. Alargó la mano hacia la barbilla de Bluebell y luego le cubrió la mejilla—. Uno que ya tenga dueño y que por eso te permita, de ahora en adelante, dormir acompañada.

Bluebell no halló el valor para insistir en sus crueles negativas. Cerró los ojos, como si no verlo fuera a hacerla olvidar el hecho de que la estaba tocando, de que estaba justo enfrente.

—Milord, no me ponga de nuevo en la tesitura de rechazarlo.

—Charles —la corrigió—. Soy Charles, ¿me oyes? Estás hablando con un hombre que te ha besado, Bluebell. Trátalo como tal.

Ella levantó la cabeza para mirarlo sin vacilar. Había olvidado por un segundo con quién estaba lidiando: con un caballero que nunca jamás aceptaba la derrota si atisbaba la menor debilidad en su contrincante.

—No voy a casarme contigo, Charles.

—¿Por qué no? Sé que estás enamorada de mí —le soltó de sopetón. Para sustentar su afirmación, sacó del bolsillo de la chaqueta un papel doblado. Lo desplegó con una parsimonia desesperante y al final lo alzó junto a su rostro de manera que se pudieran leer con claridad las frases nerviosas que Bluebell había garabateado días atrás—. ¿Cómo, si no, explicas esto?

La sangre le bajó a los pies al reconocer su caligrafía. La noche que se escabulló a la biblioteca para charlar con Richard, Charles la castigó haciéndole escribir una oración vergonzosa hasta doscientas veces. Bluebell había obedecido reinterpretando su obligación: había cumplido la parte de repetir las doscientas frases, pero en lugar de poner «No volveré a desobedecer a milord» había escrito una mucho más breve.

«Lo amo, lo amo, lo amo».

Tan abochornada que no sentía las mejillas, Bluebell quiso arrebatarle el papel de manotazo, pero Charles levantó el papel por encima de su cabeza.

—¡No tiene derecho a husmear entre mis cosas! —fue lo único que se le ocurrió decir.

Charles acalló cualquier prolongación de la protesta inclinándose sobre ella.

—Tus cosas son mis cosas, Bluebell, porque tú eres mía igual que yo soy tuyo —resolvió en un tono cortante. Fue eso lo que la confundió, la combinación de la voz imperante con lo que podría haber sido una declaración de sentimientos.

Con el pulso disparado y el cuerpo débil, Bluebell intentó apartarlo de su camino para salir de allí antes de que la hiciera sentir aún peor. Notaba las lágrimas de impotencia y de dolor quemándole en los párpados, en las cuencas de los ojos, y como no quería que él lo viera, pegó la barbilla al pecho y procuró abrirse camino empujándolo por el pecho con los codos.

—Apártese. Apártese ahora. Déjeme...

Charles la agarró de las muñecas y la sacudió lo justo para sacarla de su arranque de autocompasión. Siguió sin levantar la mirada, pero él se coló en su burbuja de tristeza agachando la cabeza hasta que le rozó la mejilla con la nariz.

—¿Cuáles son tus reparos, mi amor? —le preguntó en un tono conmovedoramente dulce—. ¿No ves que yo también bebo los vientos por ti? El día que nos miramos por primera vez me dijiste que me habías odiado nada más entrar porque entendiste con el hecho de que volviera a tomar asiento que pretendía divertirme a tu costa. Te equivocabas. —La sacudió de nuevo, aunque ahora con más suavidad—. Volví a tomar asiento porque sabía que me ibas a cambiar la vida.

Bluebell se encogió aún más sobre sí misma y rompió a llorar en silencio.

—Es imposible.

—¿El qué?

—Es imposible que me quieras —sollozó, haciéndose cada vez más y más pequeña. Apoyó la frente contra el pecho de Charles para reunir el valor de confesar su inseguridad, pero no llegó a crecerse; tuvo que decir su verdad con la vista fija en el suelo—. Soy una muchacha de veinte años sin familia que la proteja y sin un penique en el bolsillo, y, para colmo de males, ni siquiera soy lo bastante bonita para destacar en mi pueblo de origen, no se diga ya en Londres. Mi mediocridad es sonrojante, y caminar a tu lado no haría sino subrayarla. Tal vez ahora no lo veas, pero te arrepentirás de haberte vinculado a mí cada vez que mires a tu alrededor y veas a mujeres mil veces más exuberantes, mil veces más distinguidas, mil veces más...

—¿Por qué buscaría una dama distinguida siendo yo un perro del infierno? —la interrumpió—. Olvidas que entrevisté a diecinueve jovencitas de distintos perfiles antes que a ti y que llevo casi diez años dando vueltas de peonza por Almack's y alrededores. Nunca nadie ha conseguido captar mi atención como lo hiciste tú, y lo hiciste antes de delatar tu inteligencia. Lo hiciste con tus botas de montar y tu vestido corto, y con tu pelo de seda y tu mirada retadora. Bluebell —la llamó, y no se dignó a continuar hasta que ella lo miró a la cara. El corazón se le hinchó en el pecho al ver en su rostro un espejo de su amor—. Sé que esto te resultará terriblemente difícil porque la soberbia te impide respetar las opiniones y deseos ajenos, pero aun así te voy a pedir que me dejes

querer lo que yo quiera y a quien yo quiera. No olvides que estoy muy al tanto de los que son tus defectos; no nos estamos llevando la contraria cuando sostienes que puedes llegar a ser un suplicio. Solo diferimos en que tú no puedes perdonártelo y yo lo adoro tanto como a todo lo demás.

—Eso no fue lo que dijiste anoche. Sonabas... sonabas como si quisieras resolver un problema, como si... —sorbió por la nariz.

—Olvida lo que dije anoche. Estaba sobrepasado por lo que había ocurrido en la velada de lady Gloucester, por lo que Pharrell había hecho y por lo que tú estabas haciendo conmigo. Escucha lo que te digo ahora —le pidió acunando su rostro— y créeme, te lo ruego. Quiero que seas mi mujer. Si no lo eres tú, nadie lo será.

Le secó las lágrimas con los pulgares y, una vez concluida la tarea, presionó suavemente sus mejillas con las yemas para traerla hacia sí. Bluebell cerró los ojos para recibir el beso por el que había estado penando en silencio desde el último que le había dado.

La asombraba hasta qué punto podía arrinconarla el propio deseo. Se creía dueña de sus acciones y pensamientos y, de pronto, él hacía un movimiento inesperado y ella perdía el dominio de sus sentidos. Sucedió que se sensibilizó tanto a la caricia familiar de sus labios que lágrimas volvieron a brotar de sus ojos, solo que esta vez acuciadas por la inmensa felicidad que la embargaba.

En un gesto imprevisto pero anhelado, Charles la tendió sobre la cama y la acorraló situándose encima de su regazo.

—Y ahora, con tu permiso —le susurró al oído—, voy a echarte a perder del todo haciéndote el amor. Así no podrás cambiar de opinión mañana sobre nuestras futuras nupcias.

Bluebell se fingió ofendida chasqueando la lengua.

—Ah, ahí está el hombre despreciable del que me enamoré... Ya tardaba en manifestarse.

Charles soltó una carcajada. La tomó con cuidado de la nuca y la irguió lo justo para besarla con castidad en los labios.

—Me gusta ser afectuoso contigo..., pero como me dijo una sabia hace algún tiempo, si mi mujer quiere desafío, desafío tendrá.

El epílogo que en realidad es el amor



Bluebell estaba segura de desear aquello tanto o más que él. Lo demostró tratando de darse la vuelta para ofrecerle la hilera de botones del vestido y, después, los lazos del corsé. Charles le facilitó el giro y volvió a posicionarse en la postura dominante para, lenta y sensualmente, despojarla de las prendas sobrantes... que eran todas.

Aunque no podía verlo, él se las arregló para hacer del proceso una experiencia única. Acarició la piel desnuda de su espalda en cuanto pudo abrir del todo la herida del vestido y después se desplazó hacia abajo para quitarle las enaguas. De nuevo la instó a encararlo boca arriba.

Bluebell estaba deseando cruzar miradas en aquel momento tan íntimo, pero la expresión de su rostro fue aún mejor que ningún intercambio de complicidad: se había abstraído bajándole las mangas del vestido y desprendiéndola de los pololos y las medias, casi como si estuviera desenvolviendo un tesoro divino.

La intimidó una vez más la belleza aplastante del hombre que la acorralaba entre sus firmes muslos, su mandíbula afilada y sus pómulos erguidos, sus ojos encendidos. Se le olvidó cómo se respiraba cuando le tocó el turno a él: primero se quitó la chaqueta, luego el pañuelo, después el chaleco y al final la camisa, y entonces Bluebell confirmó que lo que deseaba no era un espejismo ni una fantasía.

Era un hombre de verdad.

Acarició el vello oscuro que le salpicaba el pecho y se mordió la lengua para no decir lo que pensaba. No sabía que los hombres tuvieran pelo en aquella zona, pues siempre iba prudentemente cubierta. La alarmó y estremeció a partes iguales que bajo el calzón

no llevara protección alguna, nada equivalente a las enaguas femeninos.

—No es justo que los señores sean más fáciles de desnudar —musitó con las palmas aún sobre su torso.

—Claro que es justo. Una mujer es mil veces más hermosa; es de justicia que el proceso hasta llegar a ella requiera de maña y paciencia.

—A ti no te ha tomado demasiada paciencia —se rio Bluebell con un nudo en la garganta—. No hace ni diez días que me conoces y ni veinticuatro horas que me persigues.

Completamente desnudo, Charles se tendió sobre la joven, también completamente desnuda. Cuando habló, lo hizo contra sus labios entreabiertos por la impresión de hallarse piel con piel.

—Ahí te equivocas —ronroneó—, porque te llevaba esperando los veinticinco años que tengo y esos días y horas se han sentido como milenios. A ratos pensaba que nunca lograría... —le cubrió un pecho con la mano y le frotó el pezón presionando con la palma— tenerte.

Se miraron un segundo antes de concluir la conversación con un beso que hablaba por mil palabras. Bluebell le abrazó los hombros. Se estremeció cuando Charles se abrió un hueco entre sus piernas, pero le dejó ser y no sintió miedo porque él se iba apiadando de su desconocimiento explicándoselo todo.

—Quiero sentirte. Tu piel contra mi piel —le susurró. Empezó a mover las caderas despacio para que notara contra su sexo ardoroso una delicada y caliente presión—. Siempre estás ardiendo... Me vuelve loco.

—¿Qué me vas a hacer?

—Tocarte. Acariciarte entera. —Corroboró su promesa deslizando una mano atrevida por la curvatura de su cintura y cadera. Le agarró un muslo y gimió con su tersura y dureza—. Dios santo, ¿cómo puedes decir que no eres hermosa? Estoy completamente a tus pies.

Bluebell jadeó con una mezcla de alivio y todavía sorpresa y lo estrechó aún más contra su cuerpo. Hizo algo que le pedía una fibra interna: mover las caderas para frotarse con su erección.

Sabía lo que le iba a hacer porque de niña escuchó una conversación entre dos tenderas. Ya entonces era lo bastante

espabilada para deducir a qué se referían, y en lugar de tenerle miedo al acto, recordaba haber sentido una poderosa curiosidad.

Ahora, el hombre más bello y complicado donde los hubiera le iba a revelar el placer. Se sintió absurdamente halagada, y se lo agradeció cubriéndole la cara y el cuello de besos que le robaron una sonrisa de embeleso.

No supo cuánto rato estuvieron solo rozándose, sintiéndose, besándose. El suficiente para subsanar los daños causados durante su breve enemistad, que ni con toda la crueldad vertida había bastado para interponerse entre sus verdaderos sentimientos. El odio no había podido apagar la pasión que despertó con la primera mirada, y eso quedó reflejado en el modo en que poco a poco se fueron calentando hasta perder las inhibiciones.

Bluebell empezó a jadear descontrolada; él sudaba por el esfuerzo de contenerse. Alargaron el momento de la unión hasta que ella le clavó las uñas en los hombros, señal que Charles interpretó como una exigencia apremiante.

Pensó que le dolería, pero nada más lejos de la realidad. Él mismo masculló, maravillado, una grosería en referencia a cuán resbaladiza estaba, a cuánto quemaba allí abajo, y Bluebell lo experimentó de primera mano cuando el miembro viril se abrió paso en sus carnes sin hallar resistencia de ningún tipo. Largó un suspiro de placer aliviado y estiró las piernas y la cabeza buscando alcanzar la apoteosis de aquella emoción siniestramente deliciosa.

Charles le rodeó la cabeza con un brazo y se sujetó a su cuello con una mano protectora para retirarse y empujarse de nuevo, así una y otra vez, con los ojos entrecerrados clavados en su expresión de éxtasis.

—Así que el sexo es lo único que te relaja y te vuelve manejable —murmuró él con un amago de sonrisa—. Bueno es saberlo, mi amor.

—¿Ese va a ser mi nombre ahora? ¿«Mi amor»?

—¿No te gusta?

—Todo lo que dice y hace tu boca me gusta.

—¿Sí? —Seguía penetrándola a un ritmo pausado pero constante —. ¿Te gusta esto?

—Mucho.

—¿Mucho?

—Sí, sí... —Se agarró a su cuello con fuerza—. No te detengas. Arruíname como me has prometido.

Charles esbozó una sonrisa complacida y aumentó el movimiento. Bluebell sintió que el corazón se le abría y liberaba así sus miedos e inseguridades, y solo por si acaso su mente intervenía para evitar que la pasión la volviera ligera, Charles siguió distrayéndola con besos a cada cuál más delirante.

—De todos los retos que me has lanzado, mi amor... —le dijo al oído—, este último es verdaderamente un desafío irresistible, y no dudes que lo salvaré con honores hoy, mañana y el resto de mis días.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
El epílogo que en realidad es el amor

---

[1] «La suerte está echada» en latín.